Curso de Verano

DEL BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ

50AÑOS

Curso de Verano

DEL BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ

50AÑOS

BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ

© Banco Central de Reserva del Perú, 2011
© Fondo Editorial del BCRP, 2011
Jirón Miro Quesada 543, Lima, Perú

ISBN: 987-9972-239-46-5

Depósito Legal: 2011-06842
Impreso en el Perú. *Printed in Peru.*

Primera edición: abril de 2011
Edición de: 2000 ejemplares

Edición general: David Hidalgo
Redacción e investigación: David Hidalgo y Joseph Zárate Salazar
Diseño y diagramación: Mario Segovia Guzmán
Edición fotográfica: Giancarlo Shibayama
Fotografía: Giancarlo Shibayama y Lucero del Castillo
Cuidado de edición: George Aréchaga Reyes

Impreso en: Metrocolor S.A.
Calle Los Gorriones 350
La Campiña – Chorrillos

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida,
en todo ni en parte, ni registrada o transmitida
por un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro sin el
permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

8 Prólogo de Julio Velarde, Presidente del BCRP

10 Entrevista a Renzo Rossini, Gerente General del BCRP

18 **Capítulo Uno:** La historia desde un salón de clases

66 **Capítulo Dos:** La maratón del mérito

104 **Capítulo Tres:** Alumnos aplicados: testimonios de éxito

148 **Capítulo Cuatro:** El curso en números

Prólogo

Hace cincuenta años el Banco Central de Reserva del Perú inició una experiencia educativa singular orientada a formar cuadros técnicos en el campo de la economía. Entonces, como ahora, era imprescindible contar con profesionales de sólida formación académica para la formulación y gestión de la política monetaria. En esa época, la ciencia económica en el Perú era incipiente. Todavía no estaban formadas las facultades de esta carrera en las universidades y la profesión era básicamente una rama de la contabilidad.

En ese contexto, en 1961 se inició el **Curso de Extensión Universitaria,** más conocido como el **Curso de Verano del BCR**, que ha venido difundiendo de manera ininterrumpida los nuevos conocimientos alcanzados en el campo económico y mejorando el nivel profesional de los alumnos que lo siguen. Además, ha sido y es el canal a través del cual el Banco capta a su equipo técnico.

A lo largo de estas cinco décadas, el curso ha contribuido a la formación de economistas que desempeñan o han desempeñado cargos claves en las instituciones públicas y privadas más importantes del país. Los exámenes para ingresar al programa son bastante estrictos, las materias se tratan con un alto nivel, y los profesores son elegidos entre los mejores especialistas no solamente del país sino también del extranjero. Al finalizar el curso, los alumnos más destacados se incorporan al Banco. Se da inicio así a una línea de carrera basada en los méritos.

Además, existe una política de retención de esos profesionales: dos años después de su ingreso, el Banco los apoya para seguir estudios de maestría e incluso para obtener un doctorado. Al regreso de sus estudios, dichos técnicos suelen enseñar en el curso, contribuyendo a difundir los nuevos conocimientos adquiridos, lo que propicia un círculo virtuoso, ya que muchos de los exalumnos transmitirán también esos conocimientos a través de la docencia en muchas universidades del país.

He tenido la oportunidad de enseñar en el Curso de Extensión Universitaria, la primera vez en 1980, y de colaborar en la institución como directivo en tres ocasiones. Estoy firmemente convencido de que la solidez institucional del Banco Central de Reserva del Perú descansa en la renovación y preparación de sus cuadros técnicos que se inicia con esta experiencia educativa. Por esa razón, este curso constituye un ejemplo a seguir por otras instituciones del Estado a fin de preparar a sus cuadros y lograr una administración más eficiente.

Esta publicación constituye un acercamiento a lo que ha significado el curso para la formación académica de miles de economistas y para el país, a través del testimonio de algunos de sus actores. Han sido alumnos de este programa buena parte de los que forman y han formado la estructura gerencial del BCRP. Hay que destacar, por ejemplo, que los gerentes generales del Instituto Emisor de las últimas dos décadas son profesionales que han laborado muchos años en el Banco y que ingresaron a él luego de ocupar los primeros puestos en **el Curso de Verano**.

Es importante señalar que desde sus inicios este programa ha mantenido una vocación descentralizadora. Por ello, para que los estudiantes de economía de las universidades del interior del país tengan la oportunidad de participar, el Banco Central organiza previamente un **Curso de Actualización y Selección** en el que los mejores alumnos de provincias profundizan sus conocimientos. Al finalizar este, se invita a los más destacados al curso principal junto a los estudiantes de Lima.

Finalmente, quiero expresar el reconocimiento institucional a todos los profesionales destacados que han contribuido a que este curso se haga realidad y mantenga su alto nivel académico al servicio del país. Asimismo, quiero expresar público agradecimiento a todos los que han contribuido al logro de esta publicación. ■

Julio Velarde
Presidente del BCRP

«El talento está en todo el país»

RENZO ROSSINI
Gerente General del Banco Central de Reserva del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1982

Hace treinta años usted estaba sentado en el aula que ahora ocupan los alumnos de la promoción cincuenta del Curso de Verano. Ahora ejerce uno de los cargos principales del Banco. Su experiencia resume el potencial desarrollado por el curso en quienes lo han llevado. ¿Qué idea le viene a la mente si mira hacia atrás?

La principal característica del curso es que es bastante exigente, de un nivel comparable a una maestría. Requiere dedicación exclusiva y un esfuerzo muy grande para estar al día y cubrir todas las materias. Tiene una alta calidad que se ve reflejada en los profesores. Siempre son los mejores del país y del exterior. En el verano de 1982, cuando estudié, había un profesor colombiano, graduado en Harvard, que te exponía los últimos avances en macroeconomía. En esa época lo nuevo era desarrollar los modelos macroeconómicos considerando las expectativas racionales. El curso de Microeconomía estuvo a cargo del profesor Folke Kafka, de la Universidad del Pacífico, que antes había sido mi profesor, pero en el Curso de Verano no repetía lo que enseñaba en la universidad, sino que daba clases mucho más intensas. Y el profesor José Valderrama, de la universidad Católica, dictó temas de economía internacional fundamentales para entender la situación de ese momento. Se discutían temas como el tipo de cambio y los flujos de capitales.

«A lo largo del verano se desarrolla un ciclo de seminarios sobre economía aplicada. La idea de este curso es que la economía sirva como una herramienta para entender lo que está pasando y formular soluciones».

foto

Y recuerdo también que había temas que no parecían tan relevantes y después terminaron siendo fundamentales para el país.

De hecho, la historia del curso es casi una radiografía de la evolución económica del país. Es como una lectura en tiempo real de cada época y la capacitación que demandaba para asumir los retos.
Esto no solo se da a nivel de las asignaturas, sino que además se desarrolla a lo largo del verano un ciclo de seminarios sobre economía aplicada. En mi época, el debate más candente en la escena económica nacional era la apertura del comercio exterior, la reducción de aranceles y la eliminación de una serie de restricciones a las importaciones. Por ejemplo, el viceministro de Comercio Exterior en ese momento era Roberto Abusada[1] y estuvo en una de esas mañanas de los viernes en las que se dan esas charlas. El mismo presidente del Banco, Richard Webb, también estuvo con nosotros hablando de la coyuntura económica. La idea de este curso es que la economía sirva como una herramienta para entender lo que está pasando y formular soluciones. En ese sentido, uno va asimilando una característica de la cultura del Banco Central: la meritocracia, la idea de que sólo el esfuerzo y el trabajo fuerte va a ser recompensado. No es apenas un tema de notas, sino que al final los cinco primeros puestos se quedan en el Banco y acceden a becas de especialización.

Varios de los egresados entrevistados para este libro tienen esa percepción. La pregunta que surge es qué elementos han hecho posible esa cultura meritocrática en el BCRP, que suele atribuirse a la actividad privada, pero es inusual en la administración pública.
Para empezar, hay que decir que la labor del Banco se orienta a evitar dislocaciones o problemas en el funcionamiento del sistema monetario y financiero. En ese sentido, se hace lo que llamamos gestión del riesgo.

«La posibilidad de que el dinero funcione requiere mucha labor de prevención para atacar ciertas vulnerabilidades. Afrontar eso requiere información, buena base analítica, capacidad de previsión y de formular soluciones que se puedan ejecutar».

1. Egresado de la promoción 1969 del Curso de Verano del BCRP. Nota del editor.

La posibilidad de que el dinero funcione bien requiere mucha labor de prevención para atacar ciertas vulnerabilidades. Y, cuando surgen eventos negativos, la actuación del Banco se aboca a resolver el problema y poner a la economía en una situación normal. Ambos casos implican que nuestros funcionarios estén continuamente tratando de adelantarse a los acontecimientos del entorno, como corresponde a una economía engarzada en el ámbito internacional. A manera de recuerdo: el año en que yo llevé el curso, 1982, empezó una serie de eventos a nivel internacional que arrancó con una moratoria en México y se desencadenó como una gran crisis en toda América Latina. Ahora conocemos a ese periodo como "la década perdida". Una década que empezó con muchos augurios: la democracia regresaba, la economía crecía, pero rápidamente vino esa sucesión de eventos catastróficos, incluyendo el recordado Fenómeno del Niño de 1983. Y al año siguiente, el Perú terminó declarando también la moratoria en el pago de su deuda. Afrontar todo eso requiere mucha información, una buena base analítica, capacidad de previsión y de formular soluciones que se puedan ejecutar. Porque uno puede tener muchas ideas, pero hay que convencer de ellas a una jerarquía que toma las decisiones. De nada sirve que seas un gran académico o economista si no llegas a convencer de que hay un peligro y de que tienes propuestas para enfrentarlo. Por eso los funcionarios del Banco deben tener una formación completa.

Usted ha mencionado un punto central: esa cultura interna que permite mantener ciertos estándares, como se evidencia en el Curso de Verano y en todo el sistema del Banco. Sería bueno entender cómo se construye un espíritu institucional de esa naturaleza.
Primero por el sentido de la responsabilidad. El Banco Central de Reserva tiene el deber de preservar la estabilidad monetaria. Quiere decir que trabajamos para defender la capacidad adquisitiva del dinero. El dinero tiene que funcionar y eso supone que el público lo acepte para ahorrar, para llevar sus cuentas, sus balances. Para que eso suceda, se requiere que haya confianza en la moneda nacional. Esa es la misión del Banco. De lo contrario, si la confianza se pierde, se genera inflación, distorsiones financieras, devaluaciones. En otras palabras, tratamos de no fallar, porque fallar tiene altísimos costos.

Esa desconfianza en nuestra moneda ha sido un mal endémico de la historia nacional.
La experiencia peruana con su moneda ha sido traumática, desde la Independencia, cuando se creó un papel moneda que se desvalorizó rápidamente: los billetes de Monteagudo, durante el gobierno de San Martin; o por el empapelamiento con los billetes que el fisco emitía para cubrir su déficit a fines del siglo XIX; a eso se agrega el gran desorden monetario que se produce después de la Primera Guerra Mundial con la pérdida del patrón oro, que nunca se llegó a restablecer; y, para hablar de tiempos más recientes, la hiperinflación de los ochenta. Por

eso, al hablar de la cultura interna del Banco, no nos referimos a una serie de papeles escritos o al conocimiento de un grupo de iniciados. Lo que hay es una tradición oral muy fuerte, la memoria viva de los problemas y las soluciones que se encontraron en eventos anteriores.

¿Cómo se conectó su propia experiencia con esa tradición?
En 1982 el déficit se había desbocado y había distorsiones en la economía. El reto para una persona que estudiaba esta carrera era entender lo que estaba en debate: inflación, devaluación, crisis de la balanza de pagos, estado de desconfianza total. La única profesión que ofrecía respuestas era la economía. Era un tema fundamental de la época. En el curso veíamos análisis de la inflación y de las expectativas. Nos parecía lejano el uso de ciertos instrumentos como los conocemos hoy. En ese tiempo eran como de laboratorio. Por ejemplo, hablar de tasas de interés y expectativas parecía de otro mundo. Es lo que decíamos al inicio: el curso va cambiando los temas y su aplicación. El Banco siempre ha preparado a su personal con los últimos conocimientos. Y eso se evidencia en los programas de becas para maestrías en Economía, y ahora incluso para doctorados.

¿Hay alguna forma de cuantificar en qué medida lo invertido por el Banco en capacitar a estudiantes y funcionarios es beneficioso para la institución o para el país?
Cuando uno habla con funcionarios de otros bancos centrales del mundo, uno debe tener un alto nivel de conocimientos, no sólo de macroeconomía, sino de temas como la gestión de reservas internacionales, las operaciones del banco, por decir, la gestión de billetes y monedas, y una serie de actividades que son muy especializadas. Además, el BCR participa en foros internacionales que ayudan a establecer relaciones importantes y acceder a información necesaria para los análisis. Ser

«Al hablar de la cultura interna del Banco, no nos referimos a papeles escritos o al conocimiento de un grupo de iniciados. Lo que hay es una tradición oral, la memoria viva de los problemas y las soluciones a eventos anteriores».

parte de esto requiere un nivel óptimo de preparación, pues permite que el Banco proceda de un modo adecuado ante un evento externo que puede afectar al país. La alternativa a esto es tener un banco aislado que falla constantemente. Una muestra fue la crisis financiera que se desató el 15 de setiembre del 2008. El BCRP tiene protocolos adecuados para evitar el drenaje de liquidez, que deben ser flexibles, de acuerdo a los acontecimientos. Son temas complejos, pero lo concreto es que si no hubiéramos estado preparados, hubiesen pasado dos cosas: o nos quedábamos paralizados o sobreactuábamos. Sin embargo, el Banco sabía qué hacer y la prueba de eso es que fuimos uno de los países menos afectados. No se puede decir que salimos ilesos, pero sí que el impacto fue menor al experimentado por otras economías.

Es un logro paradójico: la labor del Banco es más eficaz en la medida en que el ciudadano de la calle note menos su intervención.
En efecto, es un tema que no resulta obvio, salvo en la sensación de confianza que se genera.

Ahora, lo interesante de esta experiencia es que demuestra que la meritocracia no es una idea filosófica o demagógica, sino que en verdad es posible.
Cuando yo ingresé al Banco, lo primero que nos decían los funcionarios era que uno debía estar preparado para salir, ser de un nivel tal que siempre fuera solicitado para trabajar en otros lugares. Eso no significaba que nos fuéramos de verdad, sino que debíamos estar en un nivel máximo de preparación. El Banco es un buen sitio para estar, porque siempre vas a ser visto por el mercado. Aquí se sabe que lo mejor que uno puede hacer por su personal es volverlo "empleable". La meritocracia no radica en ser el mejor estudiante o el mejor economista. La principal habilidad en un sistema como este es ser capaz de desarrollar las habilidades de los otros, saber impulsar el desarrollo del capital humano. Nosotros captamos lo mejor que tiene el Perú. Y si algo queda claro es que hay talento en todo el país. El Curso de Verano lo ha demostrado, acá llegan alumnos de Ayacucho, de Ica. Al principio pueden tener ciertas debilidades, pero el curso trata de compensarlas. Lo bueno es la diversidad. Al ser de distintos orígenes y realidades, llegan economistas jóvenes con diferentes enfoques y perspectivas, algunos son más analíticos y sociológicos, otros son más técnicos y tirados a las matemáticas. Eso enriquece el curso. La responsabilidad del Banco está en eso: captar el talento, desarrollarlo y conservarlo. ■

1.
LA HISTORIA DESDE UN SALÓN DE CLASES

Cincuenta años en busca de talentos

El primer curso de extensión del BCRP, en 1961, tuvo apenas diez alumnos. Con los años, más de mil ochocientos estudiantes han pasado por esas aulas. En el grupo de egresados se cuenta a varios que llegarían a ser ministros, funcionarios internacionales y académicos destacados en distintas partes del mundo. Estas clases ayudaron a que muchos estudiaran de primera mano la evolución económica del país en el último medio siglo.

La mañana del 28 de abril de 1961 una muchedumbre entusiasta se trasladó al Aeropuerto Internacional de Lima-Callao[1] para recibir al billarista peruano Adolfo Suárez Perret, que venía de coronarse campeón mundial de su especialidad durante un torneo en Holanda. Era viernes. Los titulares de los diarios de Lima[2] informaban sobre manifestaciones en Nueva York a favor del naciente régimen de Fidel Castro, del cruento debelamiento de una rebelión militar en Argelia contra el general De Gaulle y del lanzamiento en Cabo Cañaveral del primer «telescopio del espacio», un satélite que debía poner a los Estados Unidos un paso adelante en la carrera espacial frente a la Unión Soviética. En el Centro de Lima, la sesión del Consejo de Ministros terminó entre intensos rumores de renuncias que los miembros del gabinete apenas se molestaron en aclarar ante los periodistas. Ese mismo día, en una sala de directorio del jirón Lampa con Ucayali, se realizó una reunión que iba a determinar el inicio de una de las experiencias más interesantes en la historia económica nacional. La cita estaba encabezada por Enrique Bellido, entonces presidente del Banco Central de Reserva. Entre los puntos de la agenda figuraba una propuesta que había surgido en conversaciones informales entre un sector de analistas del Banco: iniciar un programa de capacitación para estudiantes universitarios, quienes debían ser la generación de recambio en el manejo del Estado. Los especialistas del Departamento de Estudios Económicos, que por su trabajo estaban en contacto permanente con centros de investigación y universidades de todo el Perú, habían detectado una situación preocupante: ni siquiera en los ambientes académicos afines había una idea clara del trabajo del BCRP, en una época especialmente crítica en la que el país estaba entrando en un proceso de cambios.

Como se indica en un documento interno de esos años: «No solamente se desconoce la naturaleza de sus funciones, sino también el porqué de ciertas medidas que toma el BCRP para cooperar al desarrollo económico de la Nación (...). Es evidente que similar desconocimiento de las funciones de los bancos centrales existe en otros países del mundo, pero en el Perú la situación asumía características muy peculiares»[3].

1.El futuro Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, que recibiría ese nombre tras completarse su construcción, en 1965.

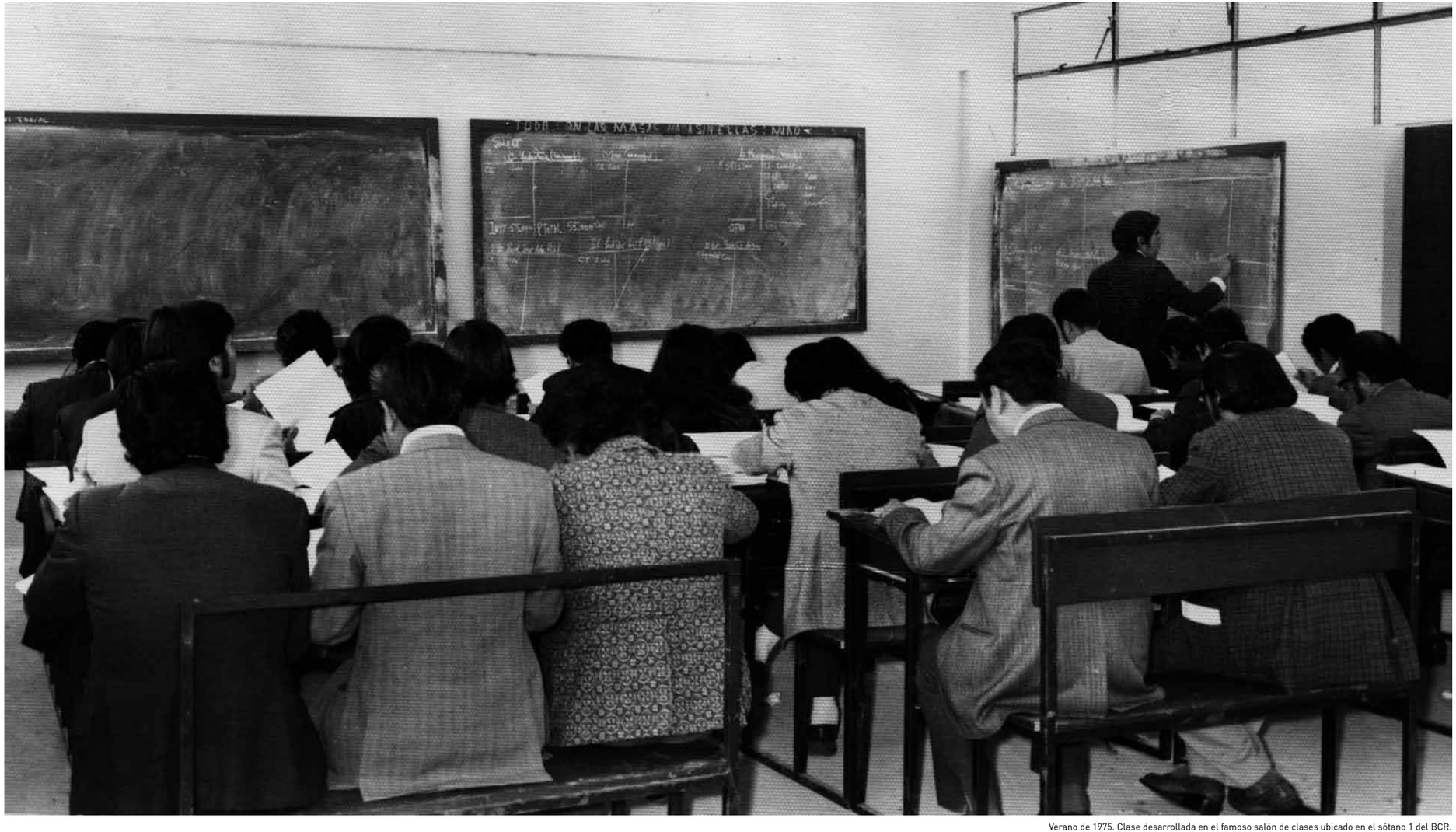
2. Diario El Comercio, 28 y 29de abril de 1961.

3.FERRERO C., Carlos. «El cursillo para universitarios del Banco Central de Reserva del Perú». Documento interno. Diciembre, 1965.

Eran tiempos de ajustes. Dos años antes, entre 1958 y 1959, el país había atravesado por una fuerte crisis económica motivada por el déficit fiscal en que había incurrido el gobierno del presidente Manuel Prado. Un programa de estabilización –dirigido por el gabinete del ministro Pedro Beltrán– había permitido equilibrar el presupuesto fiscal mediante el aumento de la recaudación de impuestos (gracias al *boom* de la explotación de cobre en Toquepala y la naciente prosperidad por la exportación de harina de pescado) y la reducción en el ritmo del gasto público. El escenario económico de esos tiempos conducía al país hacia una modificación en su modelo de desarrollo. Para afianzar las reformas, el gobierno promulgó la denominada Ley de Promoción Industrial, mediante la cual ofrecía incentivos para la compra de maquinaria y otros bienes, a la vez que estimulaba a la reinversión de utilidades libres de impuestos. Según el investigador Carlos Parodi, «[...] se habían sentado las bases para la introducción del modelo de industrialización por sustitución de importaciones»[4].

El Perú no era ajeno al debate internacional acerca del desarrollo. Una de las premisas dominantes era que los países pobres estaban en una periferia

4.PARODI TRECE, Carlos. Perú: 1960–2010: Políticas económicas y sociales en entornos cambiantes. Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2010.



Verano de 1975. Clase desarrollada en el famoso salón de clases ubicado en el sótano 1 del BCR.

cuya economía estaba limitada a la exportación de materias primas, mientras que los países desarrollados estaban consolidados en un centro que gozaba de los beneficios de la tecnología y mantenía al resto en una situación de dependencia. Para solucionar esta situación de desigualdad, los países en desarrollo debían apostar por establecer una industria propia, que les permitiera crecer sin estar sujetos a la importación de manufacturas y equipos y a los cambios bruscos de los precios internacionales de las materias primas. Este enfoque –principalmente impulsado en la región por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), un organismo adscrito al sistema de las Naciones Unidas, que a lo largo de la década brindaría asesoría a varios gobiernos del continente– era parte de un debate que tenía su correlato interno en una crítica hacia el carácter dual de la economía, según el cual unos sectores se beneficiaban más que otros del modelo primario-exportador: los exportadores de materias primas se modernizan, con apoyo del capital extranjero, mientras que los sectores de la economía tradicional se mantienen en el atraso y ajenos a los beneficios. El modelo de industrialización por sustitución de importaciones suponía una nueva estrategia para alcanzar el desarrollo mediante una redefinición del papel del Estado (que debía intervenir de manera más decisiva para equilibrar las fallas del mercado), impulso a la inversión mediante financiamiento externo (endeudamiento) y la concentración de aquella en el sector moderno de la economía (que al crecer debía captar la demanda de empleo del sector tradicional).

Esta coyuntura impregnaba el ambiente político, en el que habían aparecido nuevos interlocutores: sectores de población urbana informal surgida a raíz de las migraciones del campo a la ciudad y nuevos partidos políticos que pugnaban por un espacio en un escenario de tensiones cada vez más agudas[5]. Como explica Parodi: «En la década de los sesenta,

Los especialistas del Departamento de Estudios Económicos, en contacto permanente con centros de investigación y universidades, habían detectado que ni siquiera en los ambientes académicos había una idea clara del trabajo del BCRP, en una época en que el país estaba entrando en un proceso de cambios.

5.Los partidos más representativos de ese momento eran el APRA, la Unión Nacional Odriísta (UNO) y el todavía reciente Acción Popular. Sin embargo, a las elecciones de 1962 se presentaron siete agrupaciones políticas.

gradualmente fue surgiendo un consenso en torno a que las dificultades del Perú se debían a la existencia de dos grupos: las compañías extranjeras, que desplazaban al capital peruano y extraían los recursos del país, y el estrato superior de la élite local (denominada oligarquía), que era acusada de frustrar los intentos de transformaciones sociales que distribuyeran mejor los frutos del crecimiento. La agricultura de la costa estaba en manos de la oligarquía (élite local), la minería y el petróleo, en manos del capital extranjero y la industria a cargo de los inmigrantes.

En el ámbito ideológico, predominaban los modelos estructuralistas de desarrollo económico, de acuerdo con los cuales el desarrollo económico y social solo se lograría a partir de profundas transformaciones. La reforma agraria, el control del capital extranjero y, en resumidas cuentas, la supresión de la oligarquía y sus aliados extranjeros, formaban parte de la visión estructuralista»[6].

El debate político de esos días se concentraba en las reformas en salud, educación y agricultura planteadas por distintos sectores. «Fue la estructura de la economía y la sociedad, tanto como las intenciones de los actores políticos relevantes, las que mejor explican la creciente presencia del Estado peruano en ese período», asegura la politóloga Carol Wise[7].

Al igual que lo ocurrido en otros países de la región –Chile, Argentina o Brasil–, el país se encaminaba a un modelo de intervención estatal directa. Sin embargo, «[...] el Perú marchaba hacia su principal esfuerzo modernizador sin contar con ninguna entidad planificadora o financiera que fuera capaz de asumir el liderazgo en la generación y consecución de las metas de las políticas del Estado», a decir de Wise[8].

A inicios de los años sesenta, la responsabilidad de la política económica recaía en cuatro instituciones: el Ministerio de Hacienda (actual Ministerio de Economía y Finanzas), el Instituto Nacional de Planificación (INP), el Ministerio de Fomento y Obras Públicas y el Banco

6. PARODI, Carlos. Óp. cit. p. 92

7. WIESE, Carol. «Reinventando el Estado: Estrategia económica y cambio institucional en el Perú». Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2010.

8. Idem. p. 95

Ceremonia de clausura, 1971. Octavio Chirinos (quinto de la izquierda), Harry Heldren (excoordinador del curso), Luis Nosiglia (exgerente) y Emilio Barreto (expresidente del Banco).

Central de Reserva. Estudios relativos a esta época refieren que la elaboración de políticas se concentró en el Misterio de Hacienda, mientras que el INP no pudo articular una estrategia de planificación entre los organismos del Ejecutivo y el Ministerio de Fomento y Obras Públicas se convertía en el principal foco de presiones de los intereses privados, especialmente durante el impulso constructor que se iniciaría en esos años[9]. En un país que no tenía tradición de servicio público, el perfil técnico del personal público que debía implementar las reformas estaba bajo cuestionamiento. Wise estima que existían «bolsones de fortaleza» en los niveles más altos de la burocracia, es decir, funcionarios con adecuada formación académica y profesional, pero que no fueron aprovechados, mientras que en los niveles inferiores de la administración pública la selección de personal mantenía prácticas (clientelismo político e influencias familiares) que distorsionaban el sistema de concursos establecido desde los años cincuenta.

En ese contexto, el BCRP inició un programa de capacitación inédito. Durante tres meses, un grupo de estudiantes universitarios de los dos últimos años de la carrera de Economía llevarían cursos dictados por los propios funcionarios del Banco, que contaba con una plana técnica de alto nivel (de

9. Los trabajos de WISE y PARODI, citados en este libro, coinciden en esta idea.

hecho, el BCRP sería la primera institución, de las cuatro mencionadas líneas arriba, en presentar un plan formal de desarrollo para el Gobierno; lo hizo en 1962, al año siguiente de iniciado el curso). Una Junta Académica, designada por el Departamento de Estudios Económicos, recibió el encargo de organizar el programa: aprobar los lineamientos generales de los cursos, nombrar a los profesores y determinar el número de alumnos conveniente. La Junta, nombrada por la Gerencia General, funcionaba «con la autonomía necesaria para llevar adelante su labor»[10]. Para la plana docente, seleccionó a los funcionarios con experiencia universitaria y dispuso de un coordinador para las tareas administrativas y el contacto directo con los alumnos.

El ciclo inicial duró seis meses, de julio a diciembre de 1961. En la primera clase hubo apenas diez estudiantes. Tres venían de la universidad de San Marcos y tres más de la universidad Católica, por entonces los centros de estudios más prestigiosos del país. A ese grupo se sumaron cuatro empleados del BCRP[11]. De acuerdo con el reglamento establecido por la Gerencia General, todos debían destacar por su alto rendimiento académico y ser menores de 25 años. Los elegidos recibirían una asignación mensual de mil soles para sus gastos esenciales.

Tres meses después de iniciado el programa, las expectativas se habían elevado tanto que el directorio aprobó una propuesta para ampliar la capacitación: el 20 de octubre de ese mismo año expidió nuevas bases que extendían el beneficio a alumnos de provincias. La decisión abría horizontes en un momento en que la oferta académica de nivel superior en todo el país resultaba insuficiente en número y deficiente en calidad. Como explica Guerra-García: «¿Cuál era en concreto la situación universitaria a comienzos de los sesenta? Los datos disponibles señalan que era una institución que se había movido muy poco en comparación con los cambios producidos en la década precedente.

10. FERRERO C., Carlos. Óp.cit.

11. Luis Bordo, Guillermo Bernón, Luis Gatica y Rafael Villavicencio. Los nombres figuran en El Banco Central de Reserva y la economía peruana, Teodoro Hampe Martínez, Fondo Editorial del Banco Central de Reserva, Lima, 1995.

Sólo existían ocho universidades en todo el país y la población universitaria era de treinta mil estudiantes. Pero el egreso masivo de jóvenes que habían terminado la secundaria, y que pugnaban por ingresar a la universidad, hacía imposible el mantenimiento de sólo ocho universidades. Además, las universidades no habían ampliado su oferta académica, mientras que en el país la modernización, aun cuando incipiente y aplicada sólo en determinados sectores, generaba una demanda de conocimiento y de especialidades que la universidad no estaba en capacidad de proveer»[12].

El análisis realizado en esos años por Ferrero confirma esa lectura. «La enseñanza universitaria en nuestro país aún dejaba mucho que desear, principalmente en el campo de los estudios económicos. Las universidades peruanas tienen escasos recursos materiales y pedagógicos que limitan considerablemente su tarea y además en los últimos años la creación de universidades insuficientemente planeadas ha traído consigo que los esfuerzos se dispersen en vez de concentrarse, y esto indudablemente debilita la calidad de la enseñanza»[13].

El programa de capacitación del BCRP se proponía «llenar los vacíos» y «completar y profundizar los conocimientos esenciales de economía y particularmente aquellos más vinculados a las características del Perú».

El reglamento del nuevo curso mantenía los requisitos académicos y el límite de edad para todos los candidatos, aunque se contemplaba beneficios compensatorios para quienes venían del interior. «Tanto los estudiantes limeños como los provincianos recibirán una asignación mensual para su subsistencia, además de lo cual se reembolsará a quienes provengan de fuera de la capital sus gastos de viaje», indicaba. No era la única diferencia. Los estudiantes de Lima participarían a medio tiempo durante seis meses, en la segunda mitad del año, mientras que los universitarios del interior accederían a un curso de tres meses, a

Una Junta Académica, designada por el Departamento de Estudios Económicos, recibió el encargo de organizar el programa: aprobar los lineamientos generales de los cursos, nombrar a los profesores y determinar el número de alumnos conveniente. Funcionaba «con la autonomía necesaria para llevar adelante su labor».

12.GUERRA-GARCÍA, Roger. «Discurso de orden: 50 años de la universidad peruana. Homenaje al CLXXXV Aniversario de la Independencia Nacional». Academia Nacional de Medicina, 20 de julio del 2006.

13. FERRERO, Carlos. Óp. cit.

Ceremonia de clausura, 1969. Profesor Guillermo Calvo (segundo de la izquierda) y los alumnos Roberto Abusada (exdirector del BCRP, cuarto de la izquierda), Javier de la Rocha (exgerente general del BCRP, séptimo de la izquierda), Ricardo Llaque (exgerente de Operaciones Internacionales del BCRP, octavo de la izquierda).

tiempo completo, durante las vacaciones de verano. El programa ofrecía una experiencia de primera mano, en la que cada alumno se sujetaba al horario y los reglamentos del Banco «(...) y a la natural reserva que debe guardarse sobre el material de trabajo y otras informaciones que lleguen o puedan llegar a su poder en el desempeño de las prácticas que se le asignen».

A las ocho y treinta de cada mañana, el grupo de estudiantes iniciaba sus clases en la que entonces era la sede del BCRP, entre los jirones Lampa y Ucayali en el Centro de Lima: un edificio de dos pisos, de estructura metálica, levantado por una empresa estadounidense a fines de los años veinte. Las sesiones de estudio duraban hasta el mediodía. Sin embargo, los participantes del curso tenían la obligación de permanecer en la biblioteca del Banco hasta por lo menos las tres de la tarde, para continuar con sus investigaciones académicas bajo la tutela de uno de sus profesores. El ritmo de instrucción era intenso. Para evaluar el progreso de los alumnos, los profesores estaban obligados por reglamento a tomar una prueba cada quince días, sin contar con el examen de medio curso y el examen de fin de curso. En ese mismo lapso, un sistema de asambleas de alumnos permitía que los participantes expresaran sus opiniones sobre cualquier aspecto del programa, que luego serían transmitidas a la Junta Académica por medio de un coordinador. De este modo se conseguía que

los alumnos se sintieran partícipes del proceso a la vez que se hacían los ajustes necesarios. Una vez a la semana llegaba al salón de clases un economista de reconocida trayectoria para dictar una charla bajo el sistema de mesa redonda. Lo mismo ocurría con expertos internacionales que llegaban al país, a los que el Banco invitaba a exponer especialmente para los alumnos del curso. El objetivo era «(...) no solamente observar puntos de vista que pueden ser distintos a los expuestos en clase, sino acostumbrarse a conocer expositores y temas diferentes a aquellos que son centrales en el cursillo, pero que sin embargo guardan relación evidente con la economía en general»[14].

Los alumnos no debían ser ajenos a la coyuntura local, contexto de los frecuentes seminarios de investigación y análisis económico a cargo de un profesor designado por la Junta Académica. Por esos días, la propia naturaleza del BCRP sería materia de ajustes: en enero de 1962 el Congreso aprobó la segunda Ley Orgánica que regía la existencia de la institución. Allí se redefinía su papel en la economía nacional, que había sido motivo de debates entre distintos sectores. Meses después, en junio, se realizaron elecciones generales que resultaron en un entrampamiento entre las tres principales fuerzas políticas de la época: el APRA, Acción Popular y la Unión Nacional Odriísta. Al mes siguiente, en medio de alegatos de fraude, las Fuerzas Armadas dieron un golpe de Estado que inauguraba un periodo de inestabilidad política. La democracia se restablecería un año más tarde, cuando otro proceso electoral llevó al arquitecto Fernando Belaunde a la presidencia de la República, aunque sin mayoría en el Congreso que le permitiese implementar varias de las reformas ofrecidas en su campaña. De cualquier modo, el devenir político generaba cambios económicos de ineludible análisis. Según Parodi: «Durante el gobierno de Belaunde se puso en marcha en el Perú la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Para ello, la expansión del mercado interno (a partir de aumentos en la demanda interna y, más específicamente, en el gasto público) y un papel más activo del Estado en la economía eran elementos esenciales de la estrategia. […] el sector público se transformó, pues se pasó de un Estado pequeño con finanzas sólidas (durante la década previa) a un Estado muy grande, con un inadecuado soporte fiscal»[15]. La transformación económica del país acentuaba la relevancia del programa de extensión académica impulsado por el Banco.

Entre 1962 y 1965 se realizaron dos cursos por año. Además de los dos programas regulares, el BCRP ofreció tres ciclos de extensión dirigidos especialmente a los miembros de la Marina de Guerra, el Ejército y otras instituciones públicas. De esa manera, se realizaron doce ediciones del programa en un plazo relativamente corto. A partir de entonces, el curso se realizaría solo una vez al año, durante los meses de verano. Era un esfuerzo considerable: solo en enero de 1966 el BCRP destinó una partida de 170 mil soles (más de 26 mil dólares de la época) en los pasajes, estadía y becas de todos los alumnos.

Fue por esos años que se produjo un giro fundamental en la historia del programa, una reforma gestada por un joven economista que había regresado de estudiar en Estados Unidos para trabajar en el país: Richard Webb. El Departamento de Estudios Económicos al que fue asignado contaba con una veintena de empleados, entre los que apenas había dos o tres con formación en economía, varios contadores y abogados y un matemático, además de algunos asistentes. Webb, doctorado en la Universidad de Harvard, inició gestiones ante la Fundación Ford –conocida por su apoyo a la educación de alto nivel– para obtener ayuda financiera que permitiera reforzar el nivel técnico del curso. Como recordaría Webb muchos años después: «La fundación aceptó cubrir el costo anual de un profesor extranjero y de varias becas. Por su lado, el

Como explica Guerra-García: «¿Cuál era en concreto la situación universitaria a comienzos de los sesenta? Los datos disponibles señalan que era una institución que se había movido muy poco en comparación con los cambios producidos en la década precedente. Sólo existían ocho universidades en todo el país».

14.FERRERO, Carlos. Óp. cit.

15. PARODI, Carlos. Óp. cit. p. 81

Ceremonia de clausura, 1968. Alumnos Jorge Osorio, Hugo Moreno, entre otros, junto al profesor José Luis Ramírez.

Banco aceptó convertir el curso, que hasta entonces servía mayormente a un objetivo de relaciones públicas, en un mecanismo para reclutar y formar jóvenes con estricto criterio de mérito académico»[16]. Aquel paso suponía un mayor rigor en la selección de los alumnos: en adelante, el ingreso se realizaría mediante un examen, que se tomó por primera vez para el ciclo de 1966.

La ayuda de la Fundación Ford permitió al Banco contar con profesores de prestigio internacional. Uno de ellos fue el catedrático estadounidense Shane Hunt, autor de varias investigaciones pioneras sobre la historia económica del Perú. También Mario Corbo, economista chileno que se desempeñaba como catedrático de la Universidad de Chicago. Los egresados de esos años recordarían que una de las asignaturas estuvo a cargo de un profesor argentino apenas mayor que ellos, de 26 años, pero que se perfilaba como una de las voces más destacadas de la economía en América Latina: Guillermo Calvo[17]. De la plana docente extranjera, Calvo era quizás uno de los que mejor comprendería el impacto del

16. WEBB, Richard. «La ONG del BCRP». Diario El Comercio, Lima, 24 de setiembre del 2007. Pág A6.

17. Guillermo Calvo ha sido economista jefe del Banco Interamericano de Desarrollo (2001-2006), presidente de la International Economic Association (2005-2008) y profesor de la Universidad de Columbia, entre otras posiciones destacadas a nivel internacional.

curso en los alumnos que tenía al frente. Durante su propia formación universitaria, había participado en un seminario reservado a alumnos escogidos en el que, a través de sesiones de estudio alrededor de una mesa, se profundizaba temas de economía avanzada. «Lo que eso me ayudó a apreciar es cómo poniendo en una sala a muchachos que tienen ganas de aprender y para quienes la economía significa algo, se puede hacer tanto progreso», recordaría años después[18]. Cuando le tocó enseñar en el curso aún no había culminado sus estudios en la Universidad de Yale. Su participación se iba a limitar al tiempo que duraran sus vacaciones, pero la experiencia fue tan rica que le hizo considerar una prórroga de su estadía. «Uno sentía que había mucho talento en el país, pero que había una deficiencia importante en la calidad de las universidades. Este era un proyecto muy lindo, muy joven. Y la gente que vino tenía un entusiasmo maravilloso». Los cuatro mejores alumnos recibirían las becas Ford para seguir una especialización en el extranjero, bajo el compromiso de regresar luego a verter su experiencia en el Banco.

Pronto la apuesta rindió frutos. «Gracias a la alta calidad de los alumnos seleccionados y al magnífico nivel académico del personal docente, tales cursos se constituyeron de inmediato en semilleros de economistas distinguidos, técnicos que al concluir su formación universitaria eran incorporados al plantel de investigadores del Banco Central», refiere el historiador Teodoro Hampe[19]. Entre esos estudiantes con carreras prometedoras estaba Germán Suárez, quien luego tendría una de las trayectorias más interesantes: no solo perteneció al primer grupo de jóvenes que accedió a trabajar en el banco a través del filtro que representaba el curso, sino que, con los años, llegaría a ser presidente del BCRP. Durante su gestión, de más de nueve años, la tasa de inflación en el Perú llegó a un nivel similar a la de los países desarrollados.

18. Entrevista personal a Guillermo Calvo.

19. HAMPE, Teodoro. El Banco Central de Reserva y la Economía Peruana. Fondo Editorial del Banco Central de Reserva, Lima, 1995. p.197

Germán Suárez integró la promoción de 1964. Venía de la universidad de San Marcos, que por esa época era una de las primeras universidades en aplicar una nueva currícula a la enseñanza de las ciencias económicas. «Antes, las escuelas estaban más orientadas a la contabilidad. Los cursos eran del tipo Estadística Básica. Pero en los años sesenta hubo un cambio en la enseñanza de la economía en América Latina. El curso, por ejemplo, fue un acercamiento al tema de las cuentas nacionales. Nos enseñaban cosas que no habíamos visto de política económica, política monetaria», recuerda[20]. La transformación incluía nuevos planes de estudio, nuevo métodos matemáticos y su aplicación a las políticas públicas. Se empezaba a hablar de macroeconomía y microeconomía, materias que figuraban en el programa curricular del BCRP.

En el Perú, los cambios eran impulsados por una generación de profesionales educados en el extranjero que, sin embargo, tuvieron no pocas resistencias en el ámbito académico nacional. Como explica Francisco Verdera, los cambios –que se realizaban tardíamente respecto a Argentina, Chile y Brasil– consistían en pasar de la economía discursiva tradicional a la economía analítica y positiva moderna. «En general, se generó una tenaz resistencia del antiguo cuerpo de catedráticos en contra de las nuevas ideas y métodos y de sus propulsores. Como resultado, en la gran mayoría de universidades del país, los avances en materia de economía tardaron en arribar»[21]. Verdera incluso cita el caso de una universidad privada en que los catedráticos de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales, en su mayoría abogados y contadores, se opondrían a la propuesta de conformar una escuela de Economía en 1968 (sólo un año después, una nueva ley universitaria crearía departamentos de Economía independientes de las otras ciencias económicas, lo que sería el nacimiento académico de las ciencias administrativas o contabilidad).

Entre 1962 y 1965 se realizaron dos cursos por año. Además, el BCRP ofreció tres ciclos de extensión a los miembros de la Marina de Guerra, el Ejército y otras instituciones públicas. De esa manera, se realizaron doce ediciones del programa en un plazo relativamente corto.

20. Entrevista personal con Germán Suárez. Lima, 20 de enero del 2011. Suárez ya se retiró de la función pública. Ahora es miembro del directorio de Minera Buenaventura, del Banco de Crédito, Credicorp, entre otros.

21. VERDERA, Francisco. «La investigación en economía en los últimos 25 años. Un esbozo preliminar». Lima: IEP/Consorcio de Investigación Económica, 1994. (Documento de trabajo 60, Serie Economía 20).

El BCRP, en cambio, llevaba varios años asimilando las nuevas metodologías por medio de una plana calificada de funcionarios, como el propio Richard Webb, Javier Silva Ruete o Pedro Pablo Kuczynski. «La gente que manejaba el Banco era técnica, no política. Su principal preocupación era hacer lo más eficientemente su trabajo. Se buscaba gente idónea para hacerlo», recuerda Suárez. El curso era una muestra. Su organización requería una búsqueda permanente de expertos en el ámbito internacional.

La inversión del programa estaba pensada a todo nivel. Germán Suárez, quien fue reclutado para trabajar en el Banco el mismo día en que terminó el curso, sería enviado poco después a realizar una maestría en la Universidad de Columbia. Compañeros suyos partieron a programas similares en las universidades Johns Hopkins, Cornell y Princeton. Todos tenían un contrato firmado para regresar a las filas del Banco. «Había preocupación de algunos directores por incorporar economistas que hicieran con eficiencia los estudios para dar apoyo al Directorio», comenta.

Eran tiempos de creciente inestabilidad en el país. En 1967 las reservas internacionales habían disminuido, la balanza de pagos atravesaba por un déficit estimado en sesenta millones de dólares y el presupuesto terminaría con un saldo negativo de casi dos mil millones de soles de la época. Para el ciudadano de la calle significaba que los precios de los productos nacionales se habían incrementado

Clase de microeconomía, 1979. El profesor Folke Kafka y sus alumnos: Alvaro Salazar, Pedro Morán, Gastón Pacheco, Alfredo Dancuart, Teresa Lamas, Julio Kanashiro, Carlos La Rosa, Esperanza Chávez, Doris Cárdenas, Javier Portocarrera, Fernando Hernádez, Raúl Lozán, Manuel Chau, Cloaldo López y Eugenia Pereyra.

hasta un sesenta por ciento desde 1960, mientras que los precios de los productos importados se mantenían en su nivel. El equipo técnico del BCRP preparó informes dirigidos al presidente de la República Fernando Belaunde y sus ministros, en los cuales se analizaban las causas y consecuencias de la crisis. Entre estas últimas, se anunciaba una inminente devaluación. Pero con el Congreso dominado por la oposición, el Gobierno tenía poco margen de maniobra. «Las discrepancias entre los poderes Legislativo y Ejecutivo no permitieron tomar las medidas que las circunstancias aconsejaban», señala el historiador Teodoro Hampe. Con todo, se aplicó un severo plan de ajuste que empezaba a mostrar resultados cuando se produjo el golpe de Estado de octubre de 1968. Se iniciaban doce años de gobierno militar y nuevas transformaciones que tendrían al Banco en el centro de la coyuntura nacional.

El nuevo régimen implementaría profundos cambios en la estructura económica, empezando con la Reforma Agraria hasta la expropiación de bancos y la nacionalización de las empresas extranjeras que explotaban el petróleo y los yacimientos mineros. El gobierno aplicó lo que se ha denominado un «capitalismo de Estado», caracterizado por una abierta intervención de la actividad productiva y fuerte control de la propiedad. Los estudiantes del curso del BCRP acudían a clases en el mismo edificio en que, desde otras oficinas, se trataba de controlar los trastornos generados en el proceso. «Frente al antiguo régimen de control de la política económica, en que primaban esencialmente (y según ley) las directivas del Banco Central de Reserva y del Ministerio de Hacienda, se produjo durante la «primera fase» igualmente una modificación. Los funcionarios del Instituto Nacional de Planificación y de los ministerios de Agricultura e Industria ganaron terreno en el campo del diseño macroeconómico, originándose así ciertas divergencias entre los técnicos de uno y otro grupo, porque las metas estructurales (a largo plazo) no coinciden siempre con los métodos ortodoxos en el manejo de las finanzas públicas», refiere Hampe en su estudio acerca del papel del BCRP en la evolución económica nacional.

Por esos años se produjo una reforma gestada por un joven economista que había regresado de Estados Unidos: Richard Webb. Doctorado en Harvard, inició gestiones ante la Fundación Ford para obtener ayuda financiera que permitiera reforzar el nivel técnico del curso.

Las grandes discusiones se reflejaban en el salón de clases. César Peñaranda, quien llevó el curso en 1965, recuerda los intensos debates de entonces: «Algunos [alumnos] estaban más sesgados a [favor de] la presencia del Estado [en la actividad productiva] y otros no. En esa época, la economía del mercado todavía no se había introducido con la fuerza de hoy. [Predominaba] un enfoque keynesiano, de presencia fuerte del Estado. Me acuerdo que los debates iban por ahí»[22]. Peñaranda, quien fue enviado a estudiar su maestría en la Universidad de Cornell, regresó a trabajar en el área promotora del curso, el Departamento de Estudios Económicos, que en los últimos años había realizado varias investigaciones fundamentales para el manejo de la macroeconomía del país, como las estadísticas de las cuentas nacionales, monetarias y la balanza de pagos. Pero el pujante egresado del Curso de Verano volvía en condiciones que reflejaban el progreso profesional al que apuntaba el programa: poco después de su retorno fue nombrado jefe de Investigaciones Económicas. Su ascenso había sido decidido por el hombre que durante veinte años había impulsado los esfuerzos técnicos desde esa misma área: Emilio Barreto, quien en la época ya era el presidente del Banco Central de Reserva.

La muestra de confianza era significativa para quienes conocían la trayectoria del jefe del Tesoro Público. Muchos años atrás, Barreto había llegado al BCRP en calidad de asesor, a sugerencia de un ministro interesado en sus afinados análisis económicos; había dirigido el departamento técnico que en 1962 produjo el que se considera el primer plan integral de desarrollo nacional; y en su historial previo figuraba el hecho de haber integrado la delegación peruana en todas las reuniones

22. Entrevista personal a César Peñaranda. Lima, 17 de enero del 2011. Peñaranda es ahora Director de Investigaciones y profesor de ESAN y catedrático de la PUCP, U. del Pacífico y U. de Lima.

Verano de 1973. Arturo Handabaka, Raymundo Morales, Arturo García, Zoila Documet, Federico Romero, Rosa Pareja, Christian Edison, Alejandra Benavides, Marisa Vittes, Enrique Acha, Francis Lapouble, Mariano Capcha, Jesús Neira, Isabel Tamayo, Chela Armas, Pacífico Huamán, Esther Llontop y Harry Heldren.

de la conferencia de Bretton Woods, el legendario encuentro multilateral que en 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, dio origen al Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Que Barreto designara para ese cargo a un funcionario joven, con una formación de primer nivel propiciada bajo el riguroso sistema meritocrático de reclutamiento del Banco, era una evidencia de su seguridad en la inversión que se estaba haciendo y en las herramientas metodológicas que ésta garantizaba a la institución. Así lo pondría de manifiesto él mismo, tiempo después, en un análisis en que atribuía cierta aparente recuperación económica durante la fase inicial del régimen militar «[...] principalmente a la aplicación de nuevas técnicas y mecanismos para mejorar la estructura del sistema financiero nacional, con el propósito de lograr el desarrollo económico y social del país»[23]. Sin embargo, tanto Barreto como Peñaranda, y los alumnos que irían pasando por las aulas del curso, comprobarían de primera mano que la tranquilidad no duró demasiado.

Desde mediados de los años sesenta, el programa se había ajustado a las necesidades de los tiempos e incluía las asignaturas de macroeconomía (referida a las cuentas nacionales, modelos de crecimiento, entre otros puntos), microeconomía (sobre la demanda,

23. HAMPE, Teodoro. Óp. cit. p. 122

producción, competencia imperfecta) y teoría monetaria (dinero, oferta y demanda monetaria, equilibrio y desequilibrio global, etc.). De manera que las clases, en un aula ubicada en uno de los epicentros de la economía nacional, brindaban valiosas herramientas para analizar por qué el modelo de crecimiento hacia adentro aplicado por el Gobierno pronto generó distorsiones.

Para citar algunas medidas: el control de precios a los productos agrícolas, destinado a estimular el consumo de la clase media, generó desabastecimiento y la necesidad de recurrir a importaciones para cubrir la demanda; el tipo de cambio atrasado, dispuesto para estimular a los sectores industriales, perjudicó a los exportadores y generó un déficit creciente en la balanza de pagos; la fijación de una tasa de interés nominal, dirigida a incentivar el crédito para el sector industrial, desincentivó el ahorro interno. «Como consecuencia del desigual crecimiento de los sectores primarios y secundarios de la economía, la deuda pública externa estaba financiando la falta de divisas. Dado que los sectores primarios crecían menos que los secundarios, la única manera de mantener el crecimiento de los secundarios (es decir, la manufactura) era consiguiendo financiamiento de otras fuentes. El gobierno militar optó por elevar la deuda externa, es decir, tomó la misma opción que Belaunde en el gobierno anterior. De esta manera, el objetivo del Gobierno Revolucionario, de eliminar la dependencia externa no se cumplía», explica el investigador Carlos Parodi[24].

Para 1975, el país había entrado en una crisis profunda, que dio pie al golpe institucional del general Morales Bermúdez. Las drásticas medidas de ajuste aplicadas para sincerar la economía no surtieron efecto y, por el contrario, acentuaron el malestar social. Los titulares de los diarios intercalaban renuncias frecuentes de ministros con huelgas generales. Aunque en esta segunda etapa, el BCRP recuperó su espacio en el manejo de la política económica, la inestabilidad quedaría evidenciada en el despacho que Emilio Barreto había ocupado en el periodo anterior: en el lapso de tres años, el Banco tendría tres presidentes sucesivos. Como explica el historiador Teodoro Hampe: «Uno tras otro, todos ellos debieron reconocer la desalentadora realidad de que las medidas de emergencia orientadas a la estabilización fiscal no habían conseguido los frutos deseables, quizás por su carácter tardío e insuficiente respecto a las deficiencias estructurales de la economía peruana». Una misión de expertos holandeses llegada por esa época calificó la situación del país como «al borde de la bancarrota».

El aporte técnico del BCRP volvería a manifestarse a medida que el país iniciaba el retorno a la democracia con la Asamblea Constituyente de 1978. Por esos mismos días, Javier Silva Ruete, uno de los funcionarios más experimentados del instituto emisor, fue nombrado ministro de Economía. Y entre sus primeras medidas estuvo la designación de Manuel Moreyra a la presidencia del Banco. Con él trabajó estrechamente para mantener el equilibrio de la política económica hasta la transferencia del poder al gobierno civil.

En los años ochenta el curso sería alcanzado por las repercusiones de la crisis económica nacional e internacional. El efecto más evidente fue la disminución de la ayuda financiera al programa para la contratación de profesores y financiamiento de becas que a lo largo de la década anterior habían brindado instituciones como la Fundación Ford, el Consejo Británico o el Banco Interamericano de Desarrollo. Lejos de restringir los recursos del programa, el BCRP optó por mantenerlos, e incluso ampliarlos: instituyó un fondo especial para estudios

Las grandes discusiones se reflejaban en el salón de clases. César Peñaranda, quien llevó el curso en 1965, recuerda: «Algunos estaban más sesgados a [favor de] la presencia del Estado y otros no. La economía de mercado no se había introducido con la fuerza de hoy».

24. PARODI, Carlos. Óp. cit. p. 113

de posgrado de sus empleados. La primera partida consistió en ciento veinte mil dólares que permitieron enviar a ocho funcionarios a realizar estudios de especialización en el extranjero.

Los encargados del área establecieron normas más estrictas para la selección de los becarios. «Quedó determinado entonces que, para beneficiarse con el apoyo institucional del Banco, el empleado debía poseer un mínimo de dos años de servicio, contar con el bachillerato (y, eventualmente, con la licenciatura) y debía acreditar que los estudios a seguir tuviesen directa relación con las funciones que cumplía en el BCRP»[25]. Los que accedían a una beca obtenían de inmediato una licencia con goce de haber de hasta veinticuatro meses. Entre 1980 y 1984, el BCRP invirtió más de un millón de dólares en enviar a cincuenta y dos funcionarios a realizar posgrados fuera del país.

El curso siguió reclutando talentos de todo el Perú. En el verano de 1983, la oportunidad alcanzó a dos jóvenes de Ayacucho, el departamento donde se había iniciado la guerra interna y que ese mismo año sería asolado por los episodios más violentos. Uno de esos alumnos, Waldo Mendoza, había intentado ganar el cupo un año antes, sin éxito; pero la convocatoria había vuelto a ser publicada en un periódico mural de la universidad y dos profesores de la carrera lo conven-

25. HAMPE, Teodoro. Op. cit. p. 199

Imagen sin identificar. Corresponde a una sesión de estudio durante los años setenta.

cieron de intentarlo de nuevo. «Hasta ese año nunca había clasificado un alumno de Huamanga al curso del Banco Central de Reserva» recuerda Mendoza[26]. De manera que volvió a prepararse, mientras sus maestros alentaban a otro de sus compañeros, un modesto muchacho de gestos amables, que trabajaba como jefe de prácticas: Zenón Quispe. «Era algo grande, sabíamos que era un curso que había empezado en los años sesenta y tenía mucho prestigio», comenta Quispe sobre lo abrumador de la meta[27].

Ambos confirmarían por un aviso de periódico que habían aprobado el examen de ingreso. Al llegar a Lima, compartieron hospedaje en La Victoria. En ese lugar pasarían desvelos para sobreponerse a una desventaja que no habían considerado hasta entonces: su condición de alumnos destacados en Ayacucho no alcanzaba el nivel académico de sus nuevos compañeros de Lima. «Nuestro primer mes fue traumático. Ambos habíamos sido primeros puestos en Huamanga, pero acá empezamos sacando 05 en un curso, 08 en otro, unas notas terribles. Y luego nos enteramos que habíamos entrado con las justas al programa, por decir, en los puestos 27 o 28 de 30 cupos», recuerda Mendoza.

El mayor reto de esos días fue aprobar la asignatura de Macroeconomía, que ese año estuvo a cargo del catedrático estadounidense Thomas Reardon. Los nuevos conceptos y ejercicios matemáticos de macroeconomía avanzada ya eran suficiente problema para ambos alumnos ayacuchanos cuando, en la primera clase, se enteraron de que los dos libros básicos estaban en inglés. Reardon, por entonces candidato a PhD de la Universidad de California, había traído las últimas novedades del ambiente académico estadounidense, que ni siquiera estaban traducidas. Ni Mendoza ni Quispe tenían las nociones suficientes del idioma para seguir el ritmo. «Al principio, un compañero de Lima aceptó darnos una mano con la traducción, pero luego ya se le complicaba con sus propios estudios y no podía seguir», comenta Quispe. Para no abandonarlos a su suerte, les recomendó un amigo suyo que sabía inglés. Ahora tenían que convencerlo de brindarles su ayuda y, sobre todo, de hacerlo en un tiempo récord. Fue este muchacho quien tuvo una ocurrencia que permitió a Quispe y Mendoza superar semejante obstáculo: en lugar de complicarse con la transcripción, tradujo uno de los libros en voz alta mientras una grabadora iba registrando todo en un casete. Así, con el texto convertido en una voz reconocible, pudieron estudiar macroeconomía dinámica de un nivel que no habían visto en su experiencia universitaria. «El solo hecho de recibir una respuesta de ese tipo nos daba aliento para seguir», dice Quispe.

En los años ochenta el programa sería alcanzado por las repercusiones de la crisis económica. Lejos de restringir los recursos para contratación de profesores y becas, el BCRP optó por ampliarlos: instituyó un fondo especial para estudios de posgrado de sus empleados.

El curso de extensión de ese año transcurrió en un contexto de apremios: una fuerte recesión internacional y los efectos de la crisis de la deuda del año anterior. Como explica el investigador Carlos Parodi: «Los indicadores macroeconómicos a fines de 1982 mostraban una situación grave. La economía tenía que ajustarse, pues las brechas externa y fiscal se encontraban en niveles alarmantes. Como consecuencia de la crisis de la deuda, el financiamiento externo se había cortado. Nuevamente el Perú había pretendido vivir más allá de sus posibilidades; ahora había que pagar»[28].

Semanas antes del inicio del curso de extensión, en diciembre, se había producido la sonada renuncia del ministro Manuel Ulloa a la cartera de Economía. El cargo lo había asumido Carlos Rodríguez Pastor, ex funcionario del BCRP, quien llevaría a cabo un severo plan de ajuste en el marco de un acuerdo con el FMI cerrado en febrero de 1983, un momento especialmente difícil debido a los estragos causados por un intenso Fenómeno del Niño. La eliminación de subsidios tuvo efecto inmediato en las calles. Los carteles de los grifos tuvieron que ser cambiados tres veces tan solo en el verano: la gasolina de

26. Entrevista personal a Waldo Mendoza. Lima, 21 de enero del 2011. Mendoza es ahora Director de la Facultad de Economía de la PUCP.

27. Entrevista personal a Zenón Quispe. Lima, 8 de enero de 2011. Actualmente es jefe del Departamento del Programa Monetario del BCRP.

28. PARODI, Carlos. Óp. cit. p. 167

Foto grupal de los años noventa, tomada en el patio principal del Banco Central de Reserva.

84 octanos subió 11% en enero, 16% en febrero y 12.1% en marzo, en una tendencia alcista que se prolongaría hasta agosto. «Como consecuencia, los precios de muchos productos aumentaron siguiendo la misma secuencia», precisa Parodi. Por primera vez en el Perú, la inflación pasó de dos a tres dígitos: llegó a 125.1%.

Una de las clases del curso, Teoría monetaria, permitía analizar lo que estaba sucediendo con la economía nacional. La dictaba Iván Rivera, catedrático de la Universidad Católica. «El objeto de la política monetaria es la estabilidad de precios y por primera vez me explicaron por qué: a mayor inflación hay gente que se empobrece más rápidamente, en especial los que tienen menos ingresos, pues los destinan a consumir y no pueden ahorrar, de modo que nunca tienen forma de protegerse cuando sube el costo de vida; y por otro lado, el que tiene ahorros va a cuidarlos para no quedar desprotegido», comenta Zenón Quispe, para explicar en términos sencillos lo que era un aprendizaje fundamental (miembro de una familia de doce hijos, tenía una idea bastante cercana del primer caso). Sería el curso que transformó su vida: con los años, se dedicaría a esa línea de los estudios económicos.

La tercera asignatura, Microeconomía, también impactó a los alumnos del programa de 1983, un momento de frecuentes ajustes para los bolsillos peruanos. Ese año, el jefe de prácticas fue Roberto

Chang –considerado primer puesto histórico de ingreso a la universidad Católica–, quien dejaría grabado en la memoria de varios de los asistentes su estilo didáctico para explicar los conceptos complejos. Zenón Quispe, por ejemplo, recuerda la clase en que se trabajó el principio del *óptimo paretiano*. «Significa que tú puedes hacer que alguien esté mejor, pero esto no puede ocurrir a costa de que alguien esté peor. Lo ideal es hacer que alguien esté mejor, pero que los otros también sean beneficiados, al mismo tiempo», refiere.

En la primera mitad de los años ochenta, ese principio no parecía aplicable a la realidad peruana. Así puede verse en el panorama que Parodi reconstruye de esos días: «El grado de dolarización de la economía en 1983 fue de aproximadamente la mitad de la liquidez total, lo que refleja un alto grado de desconfianza frente al programa económico. Thorp denomina a este proceso de refugio en la compra de dólares 'mecanismo de defensa'». Se incubaba un escenario de indicadores alarmantes: los bancos internacionales llegarían a retirar 739 millones de dólares en créditos comerciales, la fuga de capitales superaría los 600 millones de dólares y hacia finales de año se estimaría que las reservas internacionales habían caído en 700 millones de dólares[29].

Así estaba el clima del verano en que Zenón Quispe y Waldo Mendoza terminaron el curso, en marzo de 1983. Ambos, junto a un alumno de la Universidad de Piura, ocuparon los primeros lugares entre el grupo de dieciocho alumnos de provincias. Los tres recibieron una beca para estudiar una maestría en la universidad Católica. «Fue algo impensable para mí, hijo de una madre campesina y un policía de rango bajo, con cinco hermanos por educar», recuerda Mendoza. «Fue como sacarse la lotería». Lo mismo pasaría por la mente de Quispe cuando, años después, pudo hacer su doctorado en la Universidad de Oxford.

El curso siguió reclutando talentos de todo el Perú. En el verano de 1983, la oportunidad alcanzó a dos jóvenes de Ayacucho, el departamento donde se había iniciado la guerra interna y que ese mismo año sería asolado por los episodios más violentos. «Era algo grande», comenta Zenón Quispe.

29. WISE, Carol. Óp cit. p. 192.

Aunque la crisis se acentuó en la segunda mitad de los años ochenta, el programa de extensión del BCRP mantuvo su política de mejoras. La más notable fue que en 1986, mientras el país experimentaba los alcances de un plan de emergencia lanzado en los inicios del gobierno aprista, el Banco complementó su programa de capacitación con un curso previo de nivelación académica para estudiantes de provincias, destinado a compensar el atraso comparativo que solía separar a los seleccionados para este grupo de los alumnos de Lima. El primer ciclo de esta clase benefició a los becarios de tres ciudades: Cusco, Huánuco y Piura. La idea inicial era que, tras una primera evaluación, los seleccionados se reunieran en una de esas ciudades para recibir la capacitación previa al curso principal en la capital. Al año siguiente se hizo lo mismo en otras tres ciudades. Pero a partir de 1989, el precurso de nivelación fue trasladado a Lima, donde, entre otras facilidades, el BCRP disponía desde los años sesenta de una de las bibliotecas especializadas en temas económicos mejor provistas del país.

A lo largo de esta etapa, el Perú había pasado por un breve periodo de reactivación inicial y el posterior «colapso de las finanzas públicas»[30]. En el ámbito internacional, el país había sido declarado «inelegible» para recibir financiamiento por el FMI. En el ámbito interno, casi todos los indicadores macroeconómicos (inversión pública, consumo privado y exportaciones) estaban en negativo. La moratoria unilateral en el pago de la deuda y un posterior intento de estatización de la banca habían terminado por aislar al Gobierno tanto fuera como dentro del país. Para campear los efectos de la crisis, la administración del presidente Alan García aplicó una política de ajustes graduales en el tipo de cambio, los ingresos reales y las tarifas públicas, que no tuvo el efecto deseado. Por el contrario, ocasionó el aumento de la inflación, mayor déficit fiscal y la virtual desaparición de las reservas internacionales, entre otras distorsiones.

30. WISE, Carol. Óp. cit. p. 216.

Verano de 1996. Alumnos atentos a una conferencia sobre tópicos de economía.

Hacia el final del periodo, se hacía evidente la necesidad de una reforma estructural. El gobierno iniciado en 1990 por el presidente Alberto Fujimori se encargaría de aplicarla en la línea de otros países de la región, como Argentina y Brasil: liberalización, privatización y desregulación en el marco del Consenso de Washington[31].

«Estudiar Economía en ese tiempo era un poco arriesgado, pero muy interesante, porque lo que se lee ahora acerca de algo tan dramático y complicado como una hiperinflación, nosotros lo estábamos viviendo en realidad [en paralelo a los estudios sobre el tema]. Era una experiencia en vivo y en directo», comenta Hugo Perea, quien estaba en el penúltimo año de carrera en la universidad Católica cuando le tocó llevar el curso, en enero de 1991, en plena resaca del programa de estabilización[32].

Pocos meses atrás, en agosto, el Gobierno había anunciado un severo programa de ajuste que eliminó de manera abrupta los subsidios a productos como la gasolina, el arroz, el azúcar y las medicinas. Las tarifas de los servicios públicos habían sido sinceradas: la electricidad aumentó en 5.270 por ciento, el agua en 1.318 por ciento y el teléfono en 1.295

31. Ídem. p. 233.

32.Entrevista personal a Hugo Perea. Lima, 24 de enero de 2011. Perea es ahora Gerente de Estudios Económicos del BBVA.

por ciento[33]. Para febrero de 1991, el curso transcurría en simultáneo a la aplicación, en el escenario nacional, de una serie de impuestos de emergencia y medidas que debían incentivar las discusiones en clase: un nuevo sistema administrado de tipo de cambio flotante, restricciones al crédito doméstico y la eliminación de topes para las tasas de interés[34]. Ese año, el programa incluyó las asignaturas de Econometría (a cargo de Jorge Cortez, entonces funcionario del BCRP), Microeconomía (dictado por Alberto Pasco-Font, catedrático de la Universidad del Pacífico), y Macroeconomía (por Roberto Hidalgo, de la universidad Católica). «Veíamos cosas que no entendía muy bien en la universidad y [gracias al programa] llegué a entender con mucha mayor claridad. Sentía que realmente estaba aprendiendo. Era un tiempo de mucha exigencia, pero muy bien invertido», refiere Perea.

Uno de los atractivos del programa era, como desde hacía décadas, la posibilidad de que los alumnos más destacados entraran a trabajar al Banco, según su ya conocido sistema meritocrático de reclutamiento. Ese año, sin embargo, el proceso sufrió una postergación. «Era un momento complicado, se estaban haciendo reformas en el sector público», comenta Hugo Perea. En la primera etapa del nuevo modelo económico, esas reformas se enfocaron en las dos instituciones esenciales para la recuperación: el Ministerio de Economía y el BCRP[35]. Por esa razón, Perea, quien terminó en el segundo lugar de méritos de la promoción de 1991, tuvo que esperar un par de años, hasta 1993, para ingresar al Banco. La espera quedaría compensada con otro logro suyo facilitado por la gestión del talento del ente emisor: llegado el momento, fue enviado a realizar su maestría en la London School of Economics, en Inglaterra.

La oportunidad le permitió observar con nuevas herramientas la estabilización. «El país estaba otra vez empezando a salir adelante, y el BCRP tuvo un papel protagónico. Era la época de los programas con el FMI, nos reinsertábamos a la comunidad financiera internacional», cuenta. La reinserción llegaría a su punto culminante en 1996, cuando se renegoció la deuda con el Club de París.

Algunos destellos de la expectativa generada por ese proceso alcanzaron al programa. Entre 1994 y el 2000, el BCRP recibió la cooperación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para traer profesores y expertos en macroeconomía, política monetaria y econometría. Entre los visitantes estuvo Thomas Lewing, consultor del Fondo Monetario Internacional, quien justamente dictó la asignatura de Programación Financiera el mismo año en que el país intentaba recomponer su relación con las agencias multilaterales[36]. También se pudo traer a los profesores Jorge Quiroz y Carlos Budnevich, de Ilades, que dictaron Macroeconomía, y al profesor Gonzalo Sanhueza, del Banco Central de Chile, que desarrolló el tema de Política Monetaria. El financiamiento del BID permitió contar además con catedráticos de la Universidad Católica de Chile y del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), cuyas lecciones no debían pasar por alto el impacto de las sucesivas crisis externas que se produjeron en ese periodo: en especial la crisis asiática (1997), la crisis rusa (1998) y la crisis brasileña (1999)[37], que afectaron más directamente la economía peruana.

En 1986, mientras el país experimentaba los alcances de un plan de emergencia lanzado en los inicios del gobierno, el Banco complementó su programa con un curso de nivelación para estudiantes de provincias, destinado a compensar el atraso que solía separar a este grupo de los alumnos de Lima.

Para el cambio de siglo, el Curso de Extensión Universitaria ya había acumulado historia suficiente como para producir círculos virtuosos. En el año 2001, por ejemplo, la asignatura de Macroeconomía estuvo a cargo de Luis Carranza, posteriormente ministro de Economía[38], quien participara del programa en 1988, cuando todavía era un estudiante de la universidad Católica. Poco antes, la clase de Econometría había tenido al frente a

33.PARODI, Carlos. Óp cit. p. 264

34. WISE, Carol. Óp cit. p. 239

35. Como relata Carlos Parodi: «En 1992 se aprobó la nueva Ley Orgánica del Banco Central de Reserva (Decreto Ley 26123), que entró en vigencia el 1 de enero de 1993. Mediante ella se definió como finalidad única del Banco Central preservar el valor de la moneda (la ley anterior le otorgaba otras funciones, como por ejemplo propiciar las condiciones para lograr altos niveles de crecimiento y de empleo). Igualmente, se estableció la prohibición de que el Banco Central financiara al sector público, se estableció el impedimento de otorgar financiamiento a instituciones financieras estatales de fomento y la prohibición de fijar regímenes de tipo de cambio múltiples». Loc. cit. Pág. 287.

36. Lewing tuvo a cargo ese curso de 1996 al 2000.

37. También se cuentan la crisis de México, Venezuela y Turquía (1994) y la crisis argentina (1995).

38. En el periodo 2006-2008 y luego a lo largo del 2009.

Ceremonia de clausura, 1971. María Angélica Borneck recibiendo su certificado de manos de Luis Nosiglia, en presencia de Harry Heldren y del entonces presidente del BCRP, Emilio Barreto.

Edmundo Murrugarra, economista del Banco Mundial, que perteneció a la promoción de 1990. Y desde el verano del 2007, uno de los ejemplos más recurrentes de ese efecto de retroalimentación académica es Zenón Quispe, aquel becario ayacuchano de 1983 que luego llegó a Oxford, quien dicta Teoría Monetaria. Varios exalumnos más han regresado como profesores, en paralelo a sus carreras como funcionarios del BCRP o de otras instituciones públicas o privadas. Todos forman una suerte de reserva meritocrática en la que además figuran varios viceministros de Estado de distintas épocas, gerentes y directores de empresas, consultores de organismos internacionales, investigadores y catedráticos de universidades del Perú y el extranjero.

Guillermo Calvo, uno de los profesionales más distinguidos que ha enseñado en el Curso de Verano, explica que el plan de estudios parte de una distinción fundamental entre dos tipos de enseñanza de la economía: «Uno, supone crear un economista que tenga las nociones básicas, que puede ser muy útil en muchas posiciones de la actividad privada (incluyendo a gente que sabe de finanzas, econometría, cosas que le permiten penetrar en la realidad mucho mejor que una persona que no tiene esa formación; pero después está lo que en inglés se conoce como el *policy maker*, el responsable de formular políticas, que no puede tomar la economía simplemente como un dato. Quien diseña la política monetaria y fiscal, necesita entender la estructura y [tener claro que] si cambio una variable puede cambiar

el equilibrio general de la economía. Para entender eso es necesario tener mucha más profundidad en esos temas. Es lo que hace el Banco Central».

Se trata de la experiencia más antigua de su tipo en el Perú. «Por años ha sido uno de los eventos más importantes en la comunidad de economistas peruanos», comenta Roberto Chang[39], el antiguo jefe de prácticas que ahora es investigador de la Universidad de Rutgers y profesor emérito de la Universidad de Princeton. «Es un filtro muy eficaz para identificar nuevos economistas con talento». Para Richard Webb, expresidente del BCRP y uno de los mayores impulsores de esta cultura de eficiencia, el mayor logro del programa es servir como sistema de captación de personal con base al mérito, «en un país donde se acostumbraba, y se sigue recurriendo a la selección y contratación de funcionarios en base a criterios personales de amistad o de relación familiar o política»[40].

Una evidencia de ello es que los gerentes generales del Banco de los últimos veinte años fueron en su momento alumnos del Curso de Verano[41]. Otra muestra es la conformación actual de la Gerencia de Estudios Económicos: de los setenta y nueve economistas que trabajan allí, nueve tienen título de doctor y treinta y dos han culminado estudios de maestría en el extranjero[42]. Este nivel de calificación ha permitido mantener estándares de calidad en el trabajo especializado del Banco, lo cual se refleja en la percepción que rodea a la institución: una encuesta del 2006 entre ejecutivos peruanos ubicó al BCRP como la institución pública con más alto rendimiento, con el 92 por ciento de aprobación. Un reconocimiento que se extiende al ámbito académico, donde el Curso de Verano y el programa de formación de analistas suelen ser mencionados como experiencias destacables de capacitación profesional. «Debe realzarse que estos dos programas incorporan a un número importante de economistas de universidades de capitales departamentales –destacando Piura, Arequipa y Cusco–, y que al concluir sus estudios, estos economistas regresan a sus universidades y centros de investigación», explica un documento del Instituto de Estudios Peruanos (IEP)[43].

En el año 2011, cincuenta años después de la primera clase, un nuevo grupo de treinta y cinco alumnos baja todos los días al sótano de la sede principal del Banco, en el Jirón Miró Quesada, para enfrascarse en nuevos cálculos y teorías. La cooperación de la Secretaría de Estado para Asuntos Económicos de la Confederación Suiza ha permitido reforzar la destacada plana de docentes peruanos con expertos de la Universidad de Columbia, el MIT y otros centros de prestigio internacional. Por los pasillos del BCRP camina la futura generación que dirigirá la economía del país y al verlos así, entre libros y cuadernos trajinados, se comprueba la sensación de Guillermo Calvo cuando recuerda su experiencia de profesor en esa aula: «El punto no es tanto lo que uno enseña, sino lo que uno inspira». ■

39. Cuestionario respondido para este libro por Roberto Chang.

40. Cuestionario respondido para este libro por Richard Webb.

41. Entre ellos destaca Javier de La Rocha quien fuera Gerente General del BCRP por más de 10 años. Luego le seguiría Henry Barclay, también ex alumno del Curso de Verano. El actual Gerente General Renzo Rossini y la actual Gerente Central de Operaciones Marylin Choy también ingresaron al Banco luego de llevar el Curso de Extensión.

42. Estos funcionarios realizaron su especialización en las universidades de Wharton, Nueva York, Michigan, Boston, Duke o la London School of Economics, entre otros centros académicos de prestigio.

43. VERDERA, Francisco. Óp. cit.

ESPAÑA · 1994

2.
LA MARATÓN DEL MÉRITO

En el Curso de Verano no existen los domingos

35 estudiantes de todo el Perú. 231 horas de clases intensivas. Tres meses de convivencia (y competencia) bajo el agotador entrenamiento de una plana de maestros con el más alto nivel académico. Esta es la historia de la primera semana de estudios de la Promoción 2011 del Curso de Verano del BCRP: una nueva élite de futuros economistas en el trimestre más intenso de sus vidas.

1.

Luis Ricardo se ha levantado de la cama más temprano que de costumbre. Es enero, el verano en Lima acaba de empezar y es imposible permanecer demasiado tiempo dormido debido al terrible calor que se siente. De hecho, Luis Ricardo no ha logrado conciliar el sueño, pero no sólo por la incómoda temperatura: toda la noche ha pensado en cómo será su primer día de clases en el que, según le han dicho, es el mejor curso de extensión universitaria del país. Luis Ricardo Céspedes –piurano, 21 años, delgado, cara de adolescente de dieciséis y curioso acento norteño– sabe que no la tendrá fácil. Hoy se ha vestido con el mejor traje que tiene: corbata oscura, terno azul marino, zapatos negros perfectamente lustrados. Debe lucir elegante para la inauguración del Curso de Verano del BCRP: un programa educativo con más de medio siglo de historia, reconocido por reunir a los mejores estudiantes de economía del país y por ser el «semillero» de mil ochocientos destacados profesionales que hoy trabajan en varias de las instituciones más respetables del Estado, el sector privado y organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial (BM), entre otros. El curso, en rigor, está diseñado para elegir a los mejores entre los mejores. El *non plus ultra* de la profesión. Luis Ricardo lo sabe pero trata de no presionarse: si todo sale bien, en los próximos tres meses su vida profesional y personal podría dar un giro tan rápido como el valor de las acciones en la bolsa o una curva de demanda en tiempos de bonanza.

Para ingresar al curso, al igual que para correr una maratón, hay que prepararse mental y físicamente. En el 2010, más de ochocientos alumnos dieron el examen de ingreso en el campus de la universidad de San Marcos.

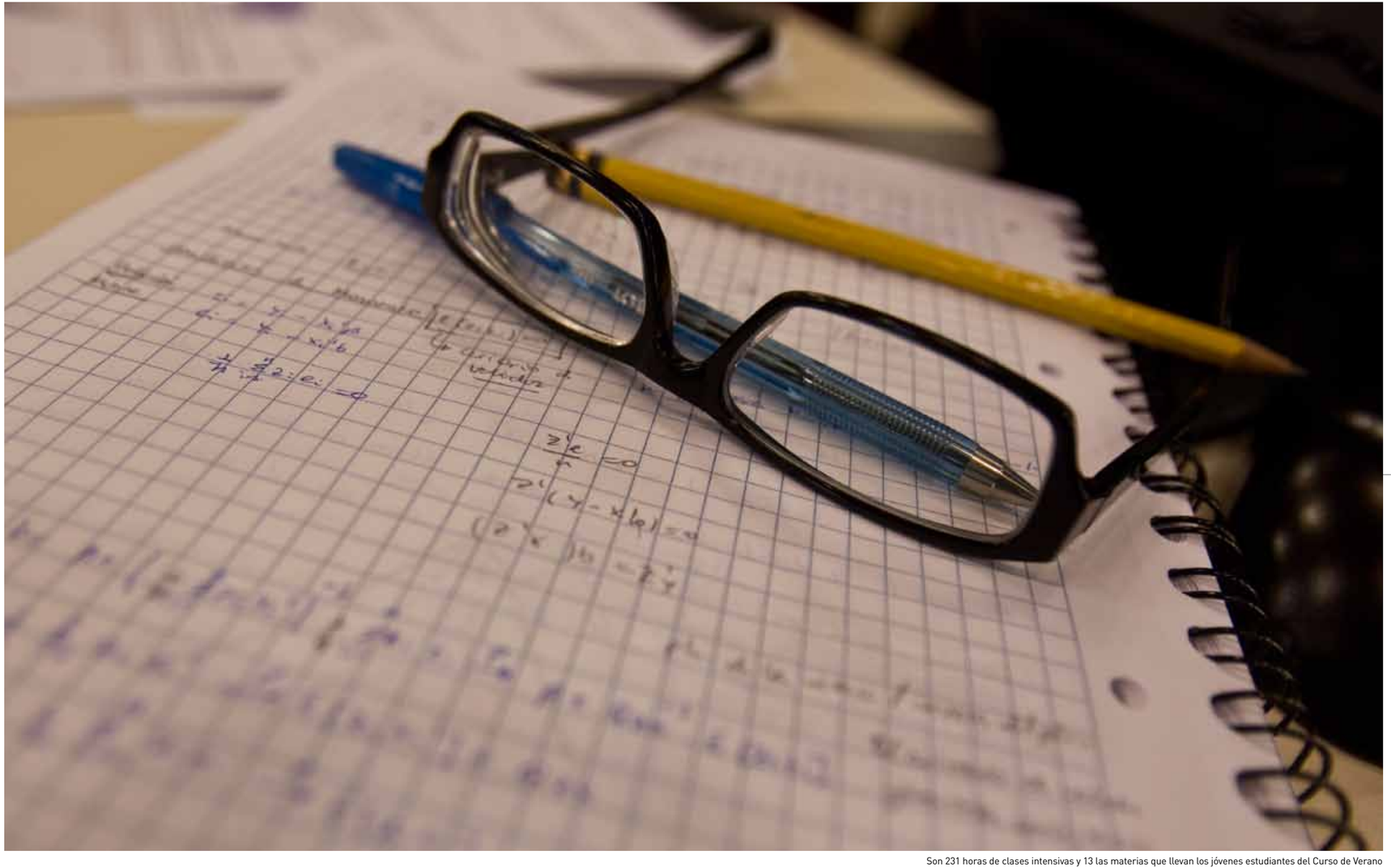
El salón de clases está ubicado en el sótano 1 de la sede principal del BCRP en el jirón Miro Quesada, del Centro Histórico de Lima: un edificio rectangular que irrumpe como un gigante de concreto entre calles de arquitectura colonial, y que alberga las oficinas encargadas de preservar la estabilidad monetaria del país. Son las 8:20 a.m. Por suerte, el hotel Continental donde está hospedado Céspedes junto a otros estudiantes de provincia, está a solo cuatro cuadras del Banco, así que no ha tenido problemas para llegar temprano a clase. Durante los últimos cuarenta años de historia del BCRP –salvo un par de excepciones cuando recibía mantenimiento o estaba ocupada para otras tareas–, el Curso de Verano se ha realizado exactamente en el mismo lugar. Céspedes quizá no lo sabe y ni siquiera ha reparado en ello. Si uno mirara el aula del sótano 1 en las fotografías de cursos pasados (un salón amplio de paredes blancas y techo de madera, que casi no ha modificado su arquitectura), es probable que donde él y sus treinta y cuatro compañeros están ubicados ahora, se haya sentado también algún muchacho talentoso que luego fue ministro de economía, un exitoso gerente de banco o un académico de renombre. Quién sabe. Por ahora, Céspedes prefiere distraerse

con un compañero de la Universidad San Antonio Abad del Cuzco, hablando de lo apurada que anda la gente por las calles de Lima y de lo lindo que hubiesen sido unas soleadas vacaciones en la playa.

Esta mañana, el aula del sótano 1 está adornada con globos dorados que parecen brillar más al lado de los múltiples focos fluorescentes que cuelgan del techo. Al lado de cada computadora y en los asientos de los alumnos, hay sombreros de cartón y cornetitas también doradas. La decoración no es caprichosa: este año se celebran las bodas de oro del curso. Han sido más de cincuenta promociones las que han pasado por él y para el Banco es una fecha digna de celebrarse. El curso tiene cada vez más acogida y los estudiantes son cada vez más jóvenes. El de este año, por ejemplo, se trata de un grupo especial de chicos y chicas entre los 20 y 24 años, los mejores estudiantes de economía de un universo que involucra a cuarenta universidades de todo el país (veinticuatro de provincias y dieciséis de Lima), y que además de haber destacado en el examen de selección, cumplen con los siguientes requisitos:

1. Son estudiantes de economía del octavo al décimo ciclo o egresados de los dos últimos años.
2. Pertenecen al tercio superior en sus facultades (si son del quinto superior, mucho mejor).
3. Saben inglés (o pueden aprender el idioma rápidamente).
4. No han participado en otro Curso de Extensión del Banco.

El resto corre por cuenta del BCRP y no se paga inscripción de ningún tipo. El examen, aseguran quienes lo han dado, no es muy difícil que digamos: es más bien un balotario de preguntas objetivas de opción múltiple sobre macro y microeconomía de nivel universitario. El problema, más bien, es la competencia, ya que estrictamente no entran los mejores pun-



Son 231 horas de clases intensivas y 13 las materias que llevan los jóvenes estudiantes del Curso de Verano del 2011. La competencia es dura: solo los cinco mejores lograrán ingresar al Banco.

tajes de Lima, sino que hay cupos. Cada universidad tiene hasta cuatro vacantes como máximo (uno de los objetivos del curso es descentralizar el conocimiento a toda las universidades peruanas). No es exagerado decir entonces que, al igual que para correr una maratón, hay que prepararse mental y físicamente con algo de anticipación. En el 2010, por ejemplo, fueron más de 800 alumnos los que dieron el examen de ingreso en el campus de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, como es la costumbre. Sin duda, una cantidad importante si consideramos la poca cantidad de facultades de economía de buen nivel que existen, sobre todo, en el interior del país.

De ahí que la selección de alumnos de provincia sea más ardua. Antes de que el Curso de Verano propiamente dicho inicie, el Banco realiza un precurso de actualización para ellos en agosto del año anterior. Durante todo ese mes, los treinta y cinco mejores alumnos de economía de provincias, previamente seleccionados, se preparan y compiten otra vez por obtener uno de los quince cupos que se reservan por norma para ellos en el programa de verano. Los que pasan este nuevo filtro se suman, en condiciones ya más equilibradas, a los veinte mejores alumnos escogidos de universidades de Lima (que ingresaron por el examen tradicional). De este modo se completa el grupo que durante tres meses se jugará todo para ocupar los primeros puestos. El premio es más que atractivo: los cinco alumnos con la mejor calificación ingresan al equipo técnico del BCRP. El alumno que ocupe el primer lugar, además, obtiene una beca para realizar estudios de maestría en el extranjero, a la vez que el mejor alumno de provincias gana una beca para estudiar una maestría en cualquier universidad del país. Sabiendo todo esto, es natural sentirse especial en un grupo como este.

Céspedes recuerda la vez en que le contaron del programa. Él estaba en octavo ciclo de la Universidad Privada de Piura (sede Piura) y se enteró del examen para el precurso de estudiantes de provincia, solo dos días antes. Dos amigos suyos, mayores que él, se estaban preparando con obsesión durante meses para dar esa prueba y lo animaron a que se uniera al grupo de estudio. Luis Ricardo no perdía nada, después de todo era aplicado en su clase. Así que se preparó lo necesario pero no se desveló, incluso «me fui a una fiesta un día antes, pero no me amanecí porque tenía que dar el examen», cuenta sonriendo. De manera curiosa, al ver los resultados, sólo Luis Ricardo había ingresado.

–No me enteré de la noticia hasta que vi los mensajes de felicitación en el Facebook. No me lo esperaba, la verdad –dice Céspedes con un efusivo acento norteño.

Tras ese mes de estudio en el curso de nivelación, Céspedes pudo obtener suficiente calificación para ingresar al programa de verano. No supo en qué puesto ingresó, ni quiso saberlo: su objetivo inmediato era ingresar y lo logró. De hecho, gracias a sus dotes de comunicador, tuvo el honor de dar el discurso de clausura del precurso. «Además de contar las cosas chistosas que nos pasaron ese mes, di gracias al BCRP por habernos dado la oportunidad a los estudiantes de provincia. Fue un mes muy duro, pero gracias a la paciencia de los profesores y a la motivación del equipo encargado de curso, pudimos sacar el máximo provecho», dice Céspedes y de pronto vuelve su atención a la persona que se ha parado frente a la clase. El curso, tal parece, va a empezar de manera oficial.

–¡Bienvenidos, chicos!–, dice una dama de cabello claro, voz amable y modernas gafas de carey. Se llama Mirtha de Torres y es pieza clave del equipo encargado de coordinar los aspectos administrativos referentes al curso. En rigor, la confidente, psicóloga y amiga de los estudiantes. Durante 35 años ha visto pasar por el aula del sótano 1 a decenas de alumnos, talentosos profesionales que ingresaron al curso siendo jóvenes universitarios y que años más tarde se convirtieron en ministros de Estado, académicos o funcionarios de nivel internacional. «Querer es poder», dice siempre para motivar a los alumnos. Su imagen está siempre presente en los que han llevado el curso durante los últimos años.

De Torres ha comprado unos chocolates con forma de ranitas que ha regalado a cada uno, y una varita de Harry Potter que sorteará al final del curso. Sumados a los globos, los sombreros y las cornetas doradas, da la impresión de ser una fiesta de cumpleaños y no el primer día de un intenso curso de extensión universitaria. Pero es un estímulo: los próximos tres meses serán de tensión y deben aprender a relajarse. El BCRP, como organización exigente, sabe que si estos estudiantes (que en el futuro podrían convertirse en importantes funcionarios del Banco) viven desmotivados e insatisfechos, la productividad puede caer. Por ello, al igual que en una maratón, los alumnos son capacitados en los primeros días del curso para soportar altos niveles de presión y agotamiento. Sólo llegan a la meta, aquellos que saben dosificar sus energías hasta el final. Hasta la forma en

Han sido más de cincuenta promociones las que han pasado por el curso. Este año, se trata de un grupo especial de chicos y chicas entre los 20 y 24 años, los mejores estudiantes de economía de un universo que involucra a cuarenta universidades de todo el país.

El economista Diego Winkelreid (exalumno del Curso de Verano, promoción 2000) dicta una clase de Panel Data ante los alumnos del 2011.

que respiras es decisiva en la carrera. Estar motivado en ese proceso es clave. De ahí que los alumnos también lleven un par de breves talleres sobre liderazgo e inteligencia emocional. Hoy tendrán su primera clase.

Mediodía. De acuerdo con el protocolo, la ceremonia oficial de inauguración es en el auditorio principal del Banco: un amplio salón ubicado en el cuarto piso, de techo alto enchapado en madera y en cuyas paredes cuelgan los retratos al óleo de los veintiséis presidentes que el BCRP ha tenido hasta la fecha. En esa habitación histórica, donde se han graduado todas las promociones del Curso de Verano, los retratos de estos renombrados economistas parecen una suerte de jurado que da la bienvenida a cada nueva generación de estudiantes. Esta tarde, los 35 alumnos de la promoción 2011 visten impecables con sus trajes de oficinistas, escuchando atentos al actual gerente general del Banco, Renzo Rossini, quien también es un destacado exalumno del curso.

–Ustedes han decidido hacerse la vida difícil. Esa es la gente que buscamos y queremos para el Banco –dice Rossini–. El Curso de Verano va a requerir mucho de su esfuerzo. Habrá mucha tensión. Pero no dejen que ningún problema se acumule. El banco estará pendiente de ustedes.

El BCRP, como parte de su misión de proyección social, les brinda todas las facilidades necesarias a los alumnos durante los tres meses que dura el curso: almuerzo todos los días, hospedaje (a los de provincia), un aula de clases equipada con proyector multimedia, pizarras acrílicas y computadoras con Internet para cada uno, dinero para copias y libros, bonitos maletines grises para llevar sus cuadernos, café caliente para vencer el sueño, servicio médico para cuando se enfermen, caramelos de limón para la ansiedad. Y todo sin costo alguno. Con todo ese apoyo, los mejores estudiantes de economía del país, se supone, no deberían tener excusa para no estudiar. El estrés, sin embargo, siempre puede jugarte una mala pasada. Y es necesario aprender a combatirlo.

2.

Luego de la ceremonia y el almuerzo de rigor, la primera clase del curso de extensión universitaria para economistas, curiosamente, no es sobre economía. Se trata más bien de un taller sobre Desarrollo de Competencias de Eficacia Personal. La maestra se llama Patricia Kamisato, MBA del Tecnológico de Monterrey (México) y licenciada en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Durante los dos últimos años, Kamisato viene dictando este taller que permite a los estudiantes sobrellevar tres meses de esfuerzo, a razón de más de seis horas diarias de clase, por lo menos una práctica calificada a la semana, conferencias, amanecidas de estudio, libros enteros para leer, exámenes difíciles, trabajos en grupo y un ritmo implacable de exigencia académica. Por ello es muy fácil caer en tardes de ansiedad, depresión y estrés. No es novedad: según la OMS, en las ciudades el 50% de las personas (sobre todo estudiantes y profesionales) tienen algún problema de salud ocasionado por el estrés. Y una persona estresada suele estar menos motivada, reduce hasta un 40% su productividad y la entidad para la que trabaja suele tener peores perspectivas de éxito en un mercado competitivo. En términos económicos, vivir así tiene un precio muy alto.

De eso sabe bastante Luciana Velarde. Tiene 20 años –risueña, cabello castaño, ojos pardos brillantes– y está a solo dos semestres de terminar la carrera de Economía en la Universidad del Pacífico. Aunque vive con su hermano mayor en Las Lomas, un exclusivo barrio residencial de La Molina, ha decidido mudarse por estos tres meses a la casa de una amiga de su madre en Lince para llegar temprano al curso. Le estresa el tráfico de la ciudad y dice que su ingreso fue inesperado. Mientras hacía sus prácticas en el Instituto Libertad y Democracia (ONG fundada por el economista Hernando de Soto), fue convocada para practicar en el BCRP. Al mismo tiempo, se enteró del examen para el Curso de Verano en su universidad. Postuló pero no ingresó, dice, por solo milésimas de puntos. Más tarde, el día de Navidad, recibió una llamada a manera de regalo: había sido seleccionada para ingresar al curso. De manera inexplicable, uno los chicos de Lima había decidido no entrar al curso. «Fue suerte», dice Luciana sonriendo.

Durante los primeros días, los alumnos son capacitados en breves talleres sobre liderazgo e inteligencia emocional para soportar los altos niveles de presión y agotamiento que enfrentarán durante todo el verano. El Banco lo sabe: estar motivados en ese proceso es clave.

–Yo me estreso mucho antes de un examen. Me gusta sacar buenas notas, aunque a veces soy un poco insegura de lo que sé –cuenta Luciana, quien sueña con trabajar en el Banco Mundial, hacer su doctorado en London Bussiness School y ser ministra de Economía algún día–. Lo chistoso es que luego veo mi nota y descubro que aprobé con puntaje alto. La gente dice que soy teatrera porque saco buena nota al final. Pero no lo hago a propósito. Siento que es inseguridad.

El cuadro es típico de los estudiantes jóvenes, sobre todo de quienes tienen un perfil tan competitivo como el de Luciana. No sorprende por eso que desarrollar inteligencia emocional en el Curso de Verano sea tan importante para el estudiante (y para el Banco) como aprender sobre macroeconomía o teoría monetaria. Por suerte, Kamisato, *coach* certificada por la International Coaching Community y experta en diseñar programas de capacitación y consultoría para las empresas y organizaciones más importantes del país, sabe bien cómo llevar el tema. Antes de empezar, invita a todos a ponerse de pie y a presentarse ante los demás, diciendo su nombre, su edad y la universidad de donde viene. Luego de eso, Kamisato empieza la clase. «Cómo manejar el estrés» es el tema de hoy.

–Si bien este curso no tiene nota –explica Kamisato, ante un auditorio de rostros silenciosos–, quien te va a decir si realmente aprendiste lo que se te enseñó, es la vida misma. En un curso de Habilidades Gerenciales o de Liderazgo para Eficacia Personal como este, yo te puedo poner 20 pero nadie me dice si en una reunión de directorio serás capaz de exponer bien tus ideas. Te van a poner el puesto de gerente, pero recuerda: una

buena nota en un curso no te dice cómo te vas a desempeñar como jefe.

Kamisato es clara. Desarrollar lo académico pero acompañado de capacidades de liderazgo es una suma esencial para un economista que piense en asumir un cargo gerencial o directivo. De hecho, evaluar y mejorar la calidad de los gerentes se ha convertido en una pieza clave de la gestión de los recursos humanos en el mundo de hoy. Desgraciadamente, pocas instituciones del Estado son conscientes de ello.

El sector privado es el que lleva una amplia delantera. En Microsoft, por ejemplo, esa transnacional dedicada a la informática, todos los empleados deben evaluar el desempeño de su jefe directo dos veces al año. Telefónica de España, por su parte, envía a sus gerentes a formaciones de liderazgo en la Universidad Francisco de Vitoria y, en el caso de altos directivos, a la Universidad Columbia de Estados Unidos. Entre sus herramientas de formación, Kellogg's, una compañía cuyos cereales se devoran en desayunos de todo el mundo, realiza dinámicas en las que los gerentes y colaboradores, o empleados, intercambian su posición para que estos últimos puedan asumir el papel del jefe y que, de esa manera, estén preparados para posiciones de liderazgo en un futuro. Quien piense, entonces, que ser un ratón de biblioteca asegura el éxito profesional en pleno siglo XXI, está terriblemente equivocado.

Las clases suponen arduas sesiones de estudio. El dialogo entre el profesor y los alumnos es vital y constante. Así ha sido durante más de cincuenta años.

Después de casi una hora de entretenida exposición sobre los efectos del estrés y la manera en que se puede lidiar con él, Kamisato rompe la formalidad e invita a los alumnos a subir al auditorio del piso cuatro para pasar una tarde de dinámicas. Kamisato lleva una gran bolsa con 300 pelotitas plásticas de colores que piensa usar para los juegos que realizará. ¿El objetivo? Aprender a relajarse, a encontrar formas creativas para resolver problemas y a trabajar en equipo.

Agrupados de dos en dos, Kamisato empieza con un juego de coordinación: los alumnos deben pasarse una pelota lo más rápido que puedan usando un solo brazo. La idea es competir y establecer un récord de velocidad trabajando en equipo. Minutos después, empieza otra dinámica: la de pasar de un extremo del salón al otro pero de manera creativa (unos pasaban caminando, otros saltando de un pie, otros bailando). Los juegos pueden parecer absurdos pero no lo son: el simple hecho de cómo pasas una pelota a tu compañero o de trasladarte de un lugar a otro de una manera distinta puede revelar el nivel de concentración que posees y tu capacidad para proponer una solución novedosa ante un proyecto o cierta dificultad. Los economistas y líderes del futuro, asegura Kamisato, deben estar preparados para eso y mucho más.

Cindy Cahua, una simpática trujillana de 22 años, es consciente de ello y acaba de establecer un récord en el juego de pasar las pelotitas de colores con Jhoan Flores, un compañero de la Universidad Nacional del Callao: 32 pelotas en menos de un minuto. A diferencia de Luciana, Cindy ya terminó la carrera hace un año en la Universidad Nacional de Trujillo, vive con su mamá, su padrastro y su hermano menor en un barrio humilde cerca del puerto de Salaverry, y cuenta que ha pasado por tantas dificultades que «si no fuera por la fuerza que Dios me da, jamás hubiera podido ingresar al curso».

–Antes de ingresar a la universidad, solo pensaba en estudiar algo para trabajar y ayudar a la familia. No tenía dinero para venir a estudiar a Lima, así que me metí a una academia cerca de mi casa. Mi madre quería que estudiara Derecho, yo quería Medicina, pero como era una carrera cara me decidí por Economía. Luego convencí a mi mamá de que podía ganar más que un abogado –cuenta y lanza una carcajada.

Cuando estaba en cuarto ciclo, Cindy recuerda que un profesor que llevó el precurso de agosto del BCRP, empezó a animarla a ingresar al curso de extensión del Banco. «Él hacía mucho análisis. Sus preguntas eran noticias de los diarios y tenías que sacarle el concepto económico y aplicarle las matemáticas y analizarlo. Eran bien locos sus exámenes», recuerda. En esa época, Cindy apuntó en una hoja de su cuaderno todas las metas que quería alcanzar: tener una casa propia, entrar al BCRP, tener un colegio para niños pobres. «Siempre me gustó la idea de ayudar a niños que no tienen dinero. Cambiar a un grupito y que éste genere un efecto multiplicador cambiando una realidad en la zona en que yo vivo, que es bastante pobre. La economía me gustó por eso: porque sentía que sabía algo que podía cambiar esa realidad», confiesa. Pero luego las cosas se pusieron difíciles y esa hoja pegada en la pared de su habitación, simplemente desapareció.

La universidad le aburría: los cursos eran fáciles y ella no se sentía desafiada. «Llevaba una vida muy depresiva», dice. Luego se enteró de que su amigo, el primer puesto de su salón, había ingresado al curso del BCRP. Entonces se dio cuenta de que también podía. «Fue en ese momento en que conocí a Dios y mi vida se ordenó. Él fue mi motor para seguir adelante». Cindy recuerda que acompañó a su madre a una iglesia evangélica cierto domingo por la mañana. «El predicador habló sobre ser valientes para emprender cosas, salir adelante y superarnos. Esas palabras me impactaron, las necesitaba», recuerda. A pesar de ese inicio de cambio, la familia de Cindy seguía pasando por apuros económicos. «Incluso tuve que vender mi computadora para pagar una deuda. A pesar de ello, comencé a estudiar de nuevo para ingresar al precurso del BCRP.

6 p.m. El taller ha terminado. Cindy se ha quedado encantada con el curso de la profesora Kamisato. Ya lo tiene planificado: «Después de mi maestría en Economía en Chile, pienso hacer una maestría en Antropología, como la profesora Patty», dice confiada. «No solo tengo la motivación de que Dios está conmigo: tengo mucha necesidad de saber más de mi carrera». Después de las dinámicas todos están agotados y se despiden con un abrazo. Ahora todos se conocen. Los de Lima se van a sus casas. Los de provincia, al hotel Continental. Ha sido un largo día y hay que descansar. Mañana, les espera una «maratón».

El sentimiento de cooperación es una característica muy fuerte de la cultura interna del curso. Como si se tratara de una cofradía o hermandad, los recién egresados que ahora trabajan en el banco sienten la responsabilidad de asesorar ad honorem a los nuevos alumnos.

3.

El profesor Ramón García-Cobián es considerado uno de los mejores matemáticos del país. Tiene un Ph.D en esa materia por la Universidad de Southampton, una de las más prestigiosas del Reino Unido, y desde hace casi diez años viene dictando Métodos Cuantitativos, una clase de matemáticas para economistas que, en palabras de quienes la han llevado, es complicada pero llevadera gracias al estilo del profesor. Es el segundo día de clases en el Curso de Verano y García-Cobián lleva gafas de carey, el cabello canoso y el aspecto grave pero amable de un profesor de escuela secundaria que lleva sesenta y tantos años encima. Quienes lo conocen, aseguran que García-Cobián es tan didáctico que puede explicar conceptos tan complejos como el hiperespacio o la quinta dimensión de manera tan sencilla como si se tratara de resolver una ecuación de una sola variable.

–En Economía, las matemáticas sirven para entender y darle una interpretación adecuada a los resultados cuantitativos –explica el profesor, para empezar su clase. Su voz es pausada y poco audible para la mayoría, así que se hace escuchar gracias a un micrófono y un pequeño altoparlante que Mirtha le ha conseguido.

García-Cobián explica algo sobre sistemas de ecuaciones diferenciales, nociones de equilibrio, de estabilidad asintótica y de inestabilidad y los alumnos –se nota en sus caras–, hacen un esfuerzo por seguirle el ritmo. Ya ninguno de ellos lleva trajes elegantes. Ahora, vestidos con camisetas, suéteres, blusas y jeans sencillos, ofrecen una típica imagen de salón universitario: los alumnos tomando notas en silencio y el profesor exponiendo, sin detenerse, los ejercicios que escribe en la pizarra acrílica. Nadie imaginaría que estos chiquillos, en unos años, podrían tomar decisiones sobre el rumbo económico de toda una nación.

–Si no entienden algo, por favor, no cometan el típico error del estudiante peruano: quedarse en silencio y no preguntar absolutamente nada –advierte el maestro. García-Cobián es la referencia de cómo, más o menos, se va a desarrollar el curso: te familiariza con el lenguaje que van a utilizar los profesores, que pueden ser tan o más estrictos y exigentes que él.

Cada año, el currículo del Curso de Verano es diseñado por un comité académico formado por siete funcionarios importantes del Banco y que han sido exalumnos del curso. Ellos se encargan de elegir las materias y los profesores ideales para cada una, tomando en cuenta las necesidades técnicas del Banco y los programas de las mejores maestrías en Economía del mundo. Este año, por ejemplo, los alumnos llevarán trece cursos, distribuidos en tres áreas temáticas que son los pilares de la carrera: Métodos Cuantitativos y Econometría, Microeconomía y Macroeconomía.

–Escogemos a los mejores profesores del mercado local e internacional. Las encuestas que realizamos a los alumnos y el contacto que tenemos con las diferentes universidades nos permiten lograrlo –explica Paul Castillo, subgerente de Diseño de Política Monetaria del BCRP y presidente del comité académico del curso este año–. De hecho, para nosotros no solo es importante que dominen su tema sino que también sean buenos expositores.

Para Castillo, quien también es exalumno, el curso es considerado como una maestría corta. Un *quick master*, que le dicen. En los cursos básicos, los docentes elegidos suelen ser los mejores catedráticos de las universidades peruanas. Pero también el BCRP suele disponer sus propios técnicos (sobre todo, del Área de Investigación), varios de los cuales acaban de terminar sus Ph.D en Economía, para dictar algunas clases. Del mismo modo, el Banco procura contar con profesores extranjeros de renombre gracias al financiamiento de organismos internacionales como el Consejo Británico, el Banco Mundial, el BID, entre otros. Este año, por ejemplo, la Secretaría de Estado para Asuntos Económicos de la

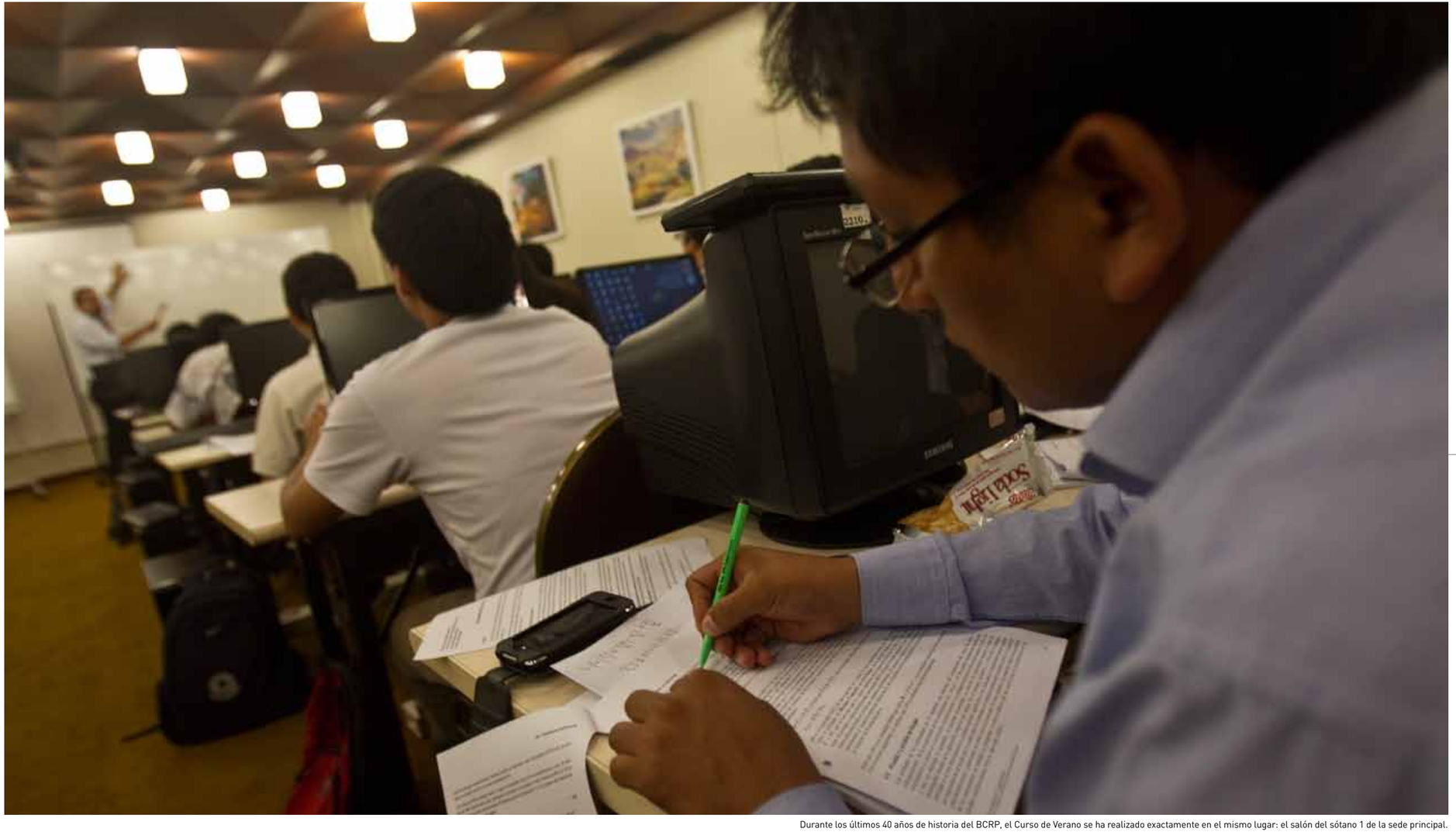
El BCRP brinda todas las facilidades a los alumnos: almuerzo todos los días, hospedaje, un aula de clases con proyector multimedia, pizarras acrílicas y computadoras, dinero para libros, servicio médico, café para vencer el sueño, caramelos para la ansiedad.

Confederación Suiza (SECO), ha financiado la participación de tres profesores de gran nivel académico y de las universidades top en Estados Unidos: Lawrence Christiano (Ph.D por la Universidad de Columbia), Roberto Rigobón (Ph.D por el Massachussets Institute of Technology) y Phillipe Bacchetta (Ph.D por la Universidad de Harvard). Con profesionales así, la calidad del curso está por demás asegurada.

–Incluso, para monitorear la enseñanza, al finalizar cada curso los profesores son evaluados por los mismos alumnos. Así que los maestros también tienen su nota –dice Paul Castillo, casi a manera de broma–. Curiosamente, García-Cobián, por ejemplo, es uno de los que siempre se saca 20.

Pero también la evaluación de los alumnos es ardua. Si bien los profesores tienen su propio criterio para evaluar a los estudiantes y establecer sus exámenes, el BCRP desde el primer día establece las reglas del juego para que surja una carrera por las posiciones. Los diplomas se diferencian en «aprobados con distinción» (los cinco primeros, que han aprobado todas las materias), «aprobados» (quienes lograron un promedio aprobatorio superior a 11) y «participantes» (es fácil imaginar quienes). Tradicionalmente, los aprobados con distinción se quedan a trabajar en el banco, alternativa bastante respetable para un joven egresado.

El problema, sin embargo, es la competencia desigual entre los participantes. Es como si algunos



Durante los últimos 40 años de historia del BCRP, el Curso de Verano se ha realizado exactamente en el mismo lugar: el salón del sótano 1 de la sede principal.

competidores (de las universidades Católica y Pacífico sobre todo) partieran con 100 metros de ventaja en una carrera de 400 metros planos. Son diferencias establecidas a lo largo de toda su formación previa, que a veces resultan insalvables en solo tres meses. Sin embargo, el esfuerzo del BCRP por acortar esa brecha académica y el empuje que despliegan todos los alumnos para lograr superarse a pesar de las desventajas, es más que admirable. De nuevo es válida la metáfora: cuando a uno le llevan 5 km de ventaja en una maratón faltando 30 km, lo más sencillo es tirar la toalla. Pero aquí todos sin excepción no bajan su desempeño, sino todo lo contrario: lo refuerzan para llegar a la meta en la mejor forma posible.

Melissa Caballero es una de esas «atletas» incansables. Ella es de Ayacucho, tiene 22 años y está en el décimo ciclo de Economía en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Hija de un policía y una obstetra, Melissa se enteró del curso cuando conoció a Youel Rojas, un talentoso economista ayacuchano que, contra todo pronóstico, logró la hazaña de quedar en tercer lugar de la promoción 2007 del Curso de Verano, superando en nivel académico a varios estudiantes de Lima.

–Youel regresó a la universidad para contar su experiencia en el BCRP y animarnos a postular. Desde antes que llegara, todo el mundo hablaba de él. Gracias a ese alboroto pude enterarme del curso –cuenta Melissa.

También recuerda que postuló cuando estaba en el sexto ciclo de la carrera. A pesar de que logró ingresar, no pudo llevarlo porque debía estar en octavo ciclo como mínimo. «No sabía que existía ese requisito, pero no me hice problemas. Al año siguiente volví a postular y la agarré», comenta. Para lograrlo, Melissa pensó en una estrategia: como la preparación no era suficiente en su universidad, convenció a su papá de venir a Lima durante sus vacaciones y prepararse en Lambda, una academia fundada por exalumnos del Curso de Verano y que prepara a estudiantes de economía exclusivamente para postular al BCRP.

El esfuerzo rindió frutos. Melissa logró ingresar al precurso de actualización y luego al Curso de Verano con muy buenas calificaciones. Como era de esperarse, al regresar a la Universidad San Cristóbal de Huamanga, era tratada casi como una *rockstar*. «En mi universidad todos me felicitaban y querían hablarme. Compartí mi experiencia y toda la información que tenía sobre el curso, todos mis materiales, hasta mi block con apuntes», comenta ella, riéndose de lo que se acuerda. «Es bueno que ellos se enteren del curso. No quisiera que les pase lo mismo que a mí, que tuve muy poca información al principio».

Ese sentimiento de cooperación es una característica muy fuerte de la cultura interna del curso. Como si se tratara de una cofradía o hermandad, los recién egresados que han entrado al banco (los del 2009 y el 2010, por ejemplo) sienten la responsabilidad de asesorar *ad honorem* a los nuevos alumnos. «Muchos de ellos sacrifican el sábado y domingo para venir a enseñarles y reforzar los temas que los chicos necesitan», comenta Mirtha de Torres, la coordinadora académica. Es más: hubo casos en que los alumnos que tienen mejor preparación asesoran a los alumnos de provincia que están en clara desventaja. Competir por los primeros puestos queda en segundo plano. El curso, entonces, se convierte en una experiencia en la que se gana más amigos que conocimiento.

El profesor García-Cobián termina su clase y los alumnos lucen asustados. Ya se han dado cuenta de que el ritmo de estudio es muy intenso (un tema que suele desarrollarse en dos meses de universidad, aquí lo ven en sólo una semana), y tendrán que anticiparse a los temas que va a desarrollar el profesor, «Tiene que ser así. Si no, te quedas y de pronto no entendiste nada», dice Luis Ricardo Céspedes, el muchacho piurano, que hoy ha sido elegido como delegado del salón. Les han dicho que pueden quedarse a estudiar en el banco hasta tarde. Céspedes, al parecer, lo tiene decidido.

Los cinco alumnos con la mejor calificación son contratados por el BCRP. El alumno que ocupe el primer lugar, además, obtiene una beca para estudiar una maestría en el extranjero, mientras que el mejor alumno de provincias, gana otra para hacer una maestría en el Perú.

4.

Ha pasado una semana desde aquel primer día de clases en el banco. Es lunes, mediodía y en las calles del Centro de Lima el calor imposible continúa. Los chicos del Curso de Verano acaban de dar el examen final de matemáticas. El amable profesor García-Cobián se ha marchado y los alumnos comentan entre ellos las respuestas del examen. Algunos salen del Banco apurados y no quieren hablar del tema. Están cansados y tienen hambre. Han estudiado todo el fin de semana; unos en el edificio del banco, otros en el hotel donde se hospedan los alumnos de provincia y otros pocos en sus propias casas. El sábado, por suerte, Miguel Ángel Cabello, un exalumno del programa y hoy empleado del BCRP, se ofreció como asesor voluntario para reforzar algunos temas.

–El pata del banco nos ayudó un montón –comenta Jack del Águila, estudiante de noveno ciclo de la Universidad Federico Villarreal–. Por desgracia, el aire acondicionado del banco estuvo apagado. Todos empezamos a sudar. El calor no dejaba que uno se concentre.

A pesar de ello, Jack cuenta que él y un grupo de estudiantes de Lima y de provincias se quedaron hasta la medianoche del domingo, estudiando para el examen en el sótano 1 del banco, llenando de ecuaciones las pizarras acrílicas del salón. Ya les habían advertido: en el Curso de Verano, literalmente, no existen los domingos.

–Nos dividimos en dos grupos para resolver los ejercicios y luego exponíamos las soluciones unos a otros. Era la mejor forma de aprender y estar despiertos –dirá Luis Ricardo, el delegado piurano, días después, con evidentes ojeras y una sonrisa en el rostro–. Pero valió la pena. Todo el grupo aprobó.

El Curso de Verano es considerado como una maestría corta. Un quick master, que le dicen. En los cursos básicos, los docentes elegidos suelen ser los mejores catedráticos de las universidades peruanas y economistas con Ph.D que forman parte del cuadro técnico del Banco.

Pero no todos correrán la misma suerte. Mientras salían a almorzar a unas cuadras del BCRP luego del examen, algunos lucían un semblante angustiado. Parecían asustados. Quizá por el resultado que pensaban tener. Quizá porque no estudiaron lo suficiente. O porque tal vez no debieron dormir tanto. El caso es que en un par de días, cuando hayan recibido sus calificaciones, muchos no sabrán lidiar con el hecho de haber reprobado el primer curso. Algunos, por la presión, caerán enfermos o deprimidos o soñarán que resuelven exámenes infinitos o, simplemente, querrán tomar un bus y marcharse a casa. Mirtha de Torres, experimentada en lidiar con estas crisis emocionales universitarias, los animará para impedir que desistan. Ahora mismo ellos no son conscientes de que eso ocurrirá. Pero lo sospechan.

El almuerzo ha terminado y el segundo módulo del curso debe comenzar. Se llama Econometría y dicen que es la materia más complicada de todas. Pero sobre todo que el profesor es de temer. Gabriel Rodríguez, el maestro en cuestión, es doctor por la Universidad de Ottawa, catedrático principal de la universidad Católica y coautor de varias investigaciones junto a Pierre Perron, considerado entre los cinco mejores econometristas del mundo. Rodríguez –gafas de carey, camisa gris y cabello corto salpicado de canas– presenta el sílabo del curso proyectando el documento sobre un ecran.

–Asumo que han aprobado los cursos de Econometría 1 y 2 en sus universidades. Eso significa que deben tener conocimiento sobre estadística, cálculo matemático y manipulación de matrices, así que no me detendré a explicar en detalle esos temas. Consideren que este curso es, esencialmente, una carrera. Pero no hay que estresarse por eso.

Rodríguez no es irónico. En su condición de egresado del Curso de Verano del BCRP, promoción 1993, sabe muy bien de qué está hablando.

–Hay que dosificar bien las energías. Los que llegan al final son los que saben hacer eso. No se gastan todas las energías el primer mes. Aunque, en realidad, yo sea el primer encargado acá en agotarlos lo más posible.

Empieza la clase. Primer tema: Revisión del modelo clásico de regresión lineal múltiple. Rodríguez, con voz entonada y enérgica, expone el tema, habla de variables, de datos y de ecuaciones. Los alumnos

toman notas apresuradas en hojas cuadriculadas casi sin quitar la vista de la pizarra. Todos saben que la materia de Econometría (así como la de Macroeconomía) es una especie de filtro: debido a su exigencia y peso en el porcentaje de la nota final, sirve para deducir quiénes ocuparán los primeros lugares de la clase o a quienes les irá mejor que a otros.

–Nos está haciendo sufrir con las raíces unitarias, unos modelos matemáticos bien complejos –dirá más tarde Diego, estudiante de la Universidad San Antonio Abad del Cusco, ligeramente preocupado–. La gente ya está volando.

5 p.m. La primera clase de Econometría ha terminado. Si con las matemáticas la cosa ya era fuerte, ahora con el curso de Rodríguez el ritmo de estudio se ha incrementado de manera exponencial. En el tercer piso del banco, la coordinadora parece inquieta. Ha hablado por teléfono con algunos alumnos hace unos minutos. Ellos le han solicitado desesperadamente un libro sobre la materia que acaba de empezar: dicen que necesitan estudiar con urgencia. Los chicos están preocupados por el ritmo abrumador del profesor Rodríguez. Es en momentos como este que el apoyo de los recién egresados del curso, hoy funcionarios del Banco, es invalorable.

Miguel Ángel Saldarriaga y Javier Romero llevaron el programa el 2009 y 2010, respectivamente. Trabajan en el Departamento de Estadística, que es el área por donde empiezan todos aquellos que ingresan a trabajar al BCRP. En el salón del sótano, cada uno de los estudiantes tiene un gesto grave en el rostro y muchas

Durante los tres meses de formación académica, los alumnos tienen el mismo acceso a la biblioteca que los funcionarios del BCRP.

preguntas en la cabeza sobre lo que les espera. Javier y Miguel Ángel han llegado para intentar responderlas.

–¿Cuál ha sido la nota más baja que han sacado? –pregunta un alumno de Cerro de Pasco, ligeramente preocupado.

–Me saqué 11 en matemáticas, otro amigo sacó 15, pero al final yo ingresé al banco y él no. Así que tranquilos: es por la constancia. Nada está dicho aún –responde Miguel Ángel, joven economista piurano, tratando de calmar a su auditorio.

–Lo que importa acá es tener esa muñeca para que después de sacarte un 11, un 10, o un 9, puedas sacarte un 18 en el siguiente examen y levantar tu promedio –añade Javier, su compañero–. Así que si no les va bien en la primera semana no importa. Estudien mucho, pero no exageren o acabarán colapsando, tirados por ahí. Si estudian con estrategia, tendrán más posibilidades de entrar al BCRP.

Lo que no les dicen es que entrar al Banco no es necesariamente un alivio.

Los estudiantes que son contratados entran como analistas júnior o también llamados «especialistas» del Departamento de Estadística, en el sexto piso del edificio. En esa área, los novatos son entrenados recopilando información de todo tipo: producción, precios, comercio, manufactura, entre otros rubros. «Tienen que estar en contacto con otras instituciones para recabar toda esta información, analizarla e interpretarla para que las gerencias puedan tomar decisiones», dice Javier Romero, el veterano. «Todo eso te da cancha». Sólo tras pasar por Estadística durante dos años en promedio, los cinco estudiantes que ingresaron al Banco ejecutan su derecho de realizar su maestría en cualquiera de las cien mejores universidades del mundo. El primer puesto se la gana automáticamente. Los otros cuatro deben concursar para ver quién se va a estudiar. En ambos casos, el BCRP financia todo. La única condición: regresar después para quedarse a trabajar en el banco el doble del tiempo que se fueron. Para quienes están interesados en hacer investigación, la oportunidad es única.

Desde que el Curso de Verano fue creado, el BCRP procura contar con profesores extranjeros de renombre gracias al financiamiento de organismos internacionales como la Fundación Ford, el Consejo Británico, el Banco Mundial, el BID, la Cooperación Suiza, entre otros.

–Terminas, sacas tu maestría y, si quieres seguir en la rama de educación, sacas tu doctorado y te dedicas a investigar, a crear nuevos modelos. Ellos son los que se convertirán en jefes o gerentes del BCRP en el futuro, dependiendo de su línea de carrera –explica Miguel Ángel, uno de los «hermanos mayores» de la clase.

Lo interesante, sin embargo, es lo que pasa con los que no ingresan al Banco. Es clásico: casi inmediatamente después de que termina el curso, el Ministerio de Economía y los bancos de inversión llaman para pedir los datos de los alumnos que no ingresaron para contratarlos. Se da por hecho que, tras una experiencia tan intensa, los egresados están más que capacitados para trabajar en instituciones muy prestigiosas o incluso para ejercer la docencia universitaria. Es como una carta de recomendación.

Existen varios casos que lo evidencian. Jymdey Yeffimo, por ejemplo, una estudiante piurana de la promoción 2003. Ella no ingresó al Banco, pero después de ese verano fue contratada por el MEF para trabajar como analista y, años más tarde, ganó una beca para hacer un Ph.D en la Universidad de Harvard. Hoy, Jymdey es investigadora del BID, en Washington DC. Otro caso notable es el de Juan Aguilar, un exalumno de la Universidad Nacional del Altiplano, en Puno, que inmediatamente después de terminado el programa regresó a su universidad como catedrático. Años más tarde, hizo un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, España, y se graduó con honores en el primer puesto de su clase. Ahora sigue enseñando en su universidad porque siente el compromiso de compartir ese conocimiento con la nueva generación de estudiantes. El curso, no hay duda, genera un efecto multiplicador. De hecho, Juan Aguilar quedó tan agradecido con el BCRP que hace poco redactó un mensaje de ánimo para los nuevos alumnos, con el que plantea revertir algunos supuestos tradicionales de la teoría económica. En él les dice:

1. No miren las «ventajas comparativas» de otros, más bien apuesten por las VENTAJAS COMPETITIVAS de cada uno, para así lograr un mejor desempeño.

2. En lugar de los «rendimientos decrecientes» piensen más bien en RENDIMIENTOS CRECIENTES cada vez que pongan mayor esfuerzo al estudiar.

3. En vez de la «utilidad marginal decreciente», piensen que estudiando más tendrán una UTILIDAD MARGINAL CRECIENTE que se reflejará en mejores notas.

4. En lugar de mantener «constante el factor capital», AUMENTEN SU CAPITAL HUMANO con más y mejor preparación.

5. Que el planteamiento de Keynes: «En el largo plazo todos estaremos muertos», se convierta en otro del tipo: «EN EL CORTO PLAZO ESTARÁN MUCHO MEJOR SI APROVECHAN EL CURSO».

Existen varias historias parecidas a la de Aguilar en la promoción de este año. A Álex Rengifo, por ejemplo, le gustaría dedicarse también a la docencia y a la investigación al terminar el verano. Natural de Moyobamba, Álex es un economista recién graduado en la Universidad Nacional Agraria de la Selva, en Tingo María. Es el mayor de toda la clase del Curso de Verano (26 años) y el primero en llegar al salón todos los días (7:15 a.m. en promedio) para ubicarse en la primera fila. «Si no llego temprano, no puedo agarrar sitio adelante. Como soy corto de vista, si me siento atrás es casi seguro que no voy a aprender nada», explica con ese dejo alegre y amable del Oriente peruano.

Recuerda que postuló al Curso de Verano dos veces, y que tiene una desventaja por su salud: sufre de presión alta y no puede quedarse demasiado tiempo estudiando. «Sufrí un derrame cerebral a los 19 años, que me mantuvo en coma durante un año en un hospital de Lima. Mis padres se habían divorciado y mi abuelo había fallecido, todo casi al mismo tiempo. El estrés casi acaba conmigo», cuenta. Por fortuna, Álex volvió a la universidad al año siguiente, y aunque tenía cuidado de no exigirse demasiado, quedó primer puesto de su promoción. «Después del derrame, yo seguí: nunca he dejado de estudiar aunque sea una hora o dos al día antes de irme a dormir». A pesar de ello, su objetivo final no es ingresar al Banco. «Lo que yo quiero es aprender

Ya sean de Lima o del interior del país, la participación de las estudiantes mujeres es destacable. Cada año es más frecuente que ocupen los primeros lugares.

Luis Ricardo Céspedes es piurano y es el delgado del curso 2011. Su plan, al igual que el de la mayoría de sus compañeros de provincias, es contribuir con el desarrollo de su región.

El esfuerzo del Banco por acortar la brecha académica y el empuje que despliegan todos los alumnos para superarse a pesar de las desventajas, es admirable. Nadie, sin excepción, baja su desempeño: más bien lo refuerzan para llegar a la meta en la mejor forma posible.

más cosas e irme a la universidad e impartir esos conocimientos», cuenta Álex, con seguridad. Tiene previsto regresar a su tierra en abril, para incorporarse como profesor contratado. «Estoy contento por eso, porque es lo que me gusta hacer».

En el salón del sótano 1, los alumnos llevan más de veinte minutos sin parar de hacer preguntas a los «veteranos».

–¿Si en el curso tengo que hacer trabajos y no me alcanza tiempo para terminarlos, obligado tendré que amanecerme? –pregunta uno con cara de quien disfruta dormir mucho.

–Es casi imposible no amanecerse. Tendrías que ser extremadamente organizado con el estudio, un maniático. Lo que sí puedes hacer es darle más importancia a lo que tiene más importancia –explica Javier Romero, también «veterano» del curso–. Sería

Existe un sentimiento de cooperación y amistad casi inmediato entre los estudiantes. A pesar de la competencia, el ambiente es cordial, y se establecen lazos que se fortalecen a lo largo de sus carreras.

una pésima estrategia utilizar toda la semana en un trabajo, incluyendo la noche anterior al examen, sabiendo que pesa el 20% y luego ir a dar el examen que pesa 80% sin haber estudiado nada. La clave está en organizarse bien. No hay otro secreto.

–Una última pregunta: ¿Cuánto ganas en el banco? –le pregunta un muchacho de la universidad Católica, con una risa irónica en el rostro.

De pronto se hace un silencio incomodo.

–En promedio ganas más que cualquier recién egresado de Economía –dice Miguel Ángel, sin dar más detalles–. Pero ya te enterarás. Si ingresas, claro.

7 p.m. El edificio del BCRP, ese coloso de concreto del jirón Miro Quesada, está vacío y a oscuras. Casi todos los funcionarios del banco se han marchado. Los chicos del sótano 1 –que es como suelen llamarlos los vigilantes de seguridad– son los últimos en salir. Para los oficiales es sencillo reconocerlos: no visten traje y son demasiado jóvenes para ser economistas profesionales. En la puerta, un policía ha escuchado comentar a un grupo de alumnos de provincia que irían al hotel a pedir una pizza familiar para compartir, antes de ponerse a estudiar toda la noche. Otros se han ido a sus casas, exhaustos. Unos cuántos se tardan en abandonar las instalaciones, pero los vigilantes no se inmutan. Saben que, mientras dure el Curso de Verano, las luces del sótano 1 siempre serán las últimas en apagarse. ■

3.
ALUMNOS APLICADOS: TESTIMONIOS DE ÉXITO

Memorias de un verano inolvidable

En cinco décadas de aprendizaje se han acumulado muchas historias que comparten un mismo sentido: la idea de que el esfuerzo siempre rinde los mejores frutos. Doce egresados de distintas promociones -doctorados en las mejores universidades del mundo- cuentan su experiencia de aquellos días que transcurrieron entre ejercicios matemáticos, madrugadoras sesiones de estudio, profesores prestigiosos y el inicio de amistades duraderas. Historias que hablan de lo mismo: pasión por la economía y el desarrollo del país.

Roberto Abusada

Economista, académico, consultor y director del Instituto Peruano de Economía (IPE)
Pontificia Universidad Católica del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1969

En la época en que ingresé al curso yo apenas tenía 21 años y acababa de terminar el bachillerato. Confieso que lo que más me atraía era la posibilidad posterior de hacer cursos fuera del país o encontrar empleo en el Banco Central de Reserva. Pero también sabía que el programa era prestigioso, pues en ese tiempo el Banco estaba trayendo profesores de primer nivel para cada uno de los tres cursos: Microeconomía, Macroeconomía e Historia Económica.

Mi profesor de historia en el curso fue Shane Hunt, un economista muy conocedor del Perú y catedrático de la Universidad de Princeton. Hunt tuvo como asistente a Rufino Cebrecos, un extraordinario economista peruano que luego se convirtió en uno de mis más grandes amigos. Mientras duró el Curso de Verano, los treinta estudiantes que integraban el salón estudiaban de manera frenética. El grupo estaba formado por alumnos de la Católica, San Marcos, algunos estudiantes de universidades de provincia y funcionarios del BCRP. Hubo muchas clases, muchas lecturas, sufríamos con el inglés, teníamos la exigencia de una universidad norteamericana o europea y los profesores eran de primer nivel. Recuerdo que el curso de Microeconomía lo dictó José Luís Ramírez, un economista que venía de la tradición de las escuelas que se formaron en Chile a comienzos de la década de los sesenta, con Arnold Harberger y Tom Davis. El profesor de Macroeconomía fue Guillermo Calvo, de la Universidad de Columbia, quien hoy es una autoridad mundial en ese tema. De hecho, en esa época Richard Webb estuvo buscando profesores para el curso y entrevistó a muchos economistas del extranjero. Como finalistas quedaron un prestigioso economista que luego sería presidente de Chile y Guillermo Calvo. Al final se escogió a Guillermo, quien nos dio un nivel académico muchísimo mayor al que habíamos tenido en la universidad.

Al terminar el curso, quedé en primer puesto y obtuve el primer trabajo remunerado de mi vida: asistente de investigación de Richard Webb, mientras él elaboraba su tesis. Pero también obtuve el premio que le daban al que ocupaba el primer puesto del Curso de Verano: la beca de la Fundación Ford. Fui aceptado en la Universidad de Cornell para obtener el doctorado. Así que gracias a esa beca supergenerosa (que hoy equivaldría a trescientos mil dólares) pude estudiar cómodamente, pues me financió la universidad, la vivienda y hasta la ropa de invierno.

Yo tenía mucha curiosidad por lo que estaba haciendo el gobierno del general Velasco con el tema de la propiedad social, y quise ver cómo funcionaba ese sistema en Yugoslavia. Así que estuve en una universidad de ese país y me gradué en la maestría allí. Como me sobró un semestre de beca, postulé a la universidad de Harvard, me aceptaron y empecé a preparar mi tesis para Cornell. Ese año en Harvard contacté a mucha gente que estaba interesada en el tema que estaba desarrollando (la experiencia peruana en la industrialización) y tuve la suerte de que, mientras escribía mi tesis, me invitaron a enseñar en la Universidad de Boston, en un centro latinoamericano de investigación económica fundado por Paul Rosenstein-Rodan, autor de la teoría económica del «Big Push» o «Gran Empuje», quien también fue asesor del presidente Kennedy. Tuve mucha suerte: enseñaba en una superuniversidad, tenía tiempo para realizar mi tesis y además tenía un salario.

Es curioso: antes de llevar el Curso de Verano en 1969, yo sólo pensaba en trabajar en una empresa o con mi familia. Pero luego llegó la experiencia del Banco y todo cambió. Gracias al curso pude estudiar en el exterior. Estoy convencido de que esa oportunidad no hubiera sido posible sin el trabajo de Richard Webb para sacar adelante ese programa. Webb tuvo una visión de largo plazo: de formar jóvenes en la disciplina económica para sacar adelante al país. Creo que el Perú le debe muchísimo. Es la figura que más ha contribuido para formar esta isla de calidad que es el BCRP.

10
estudiantes participaron del primer Curso de Extensión Universitaria, en 1961. Tres venían de la universidad de San Marcos y tres más de la universidad Católica. A ese grupo se sumaron cuatro empleados del BCRP.

Oscar Hendrick

Representante del Perú en el Directorio del Fondo Monetario Internacional (FMI)
Universidad del Pacífico
Curso de Verano BCRP / Promoción 1981

Fue al terminar el cuarto año de mi carrera, cuando me enteré del curso leyendo un afiche del Banco pegado en una pared de mi facultad. Como estudiante de provincia (Piura), tenía una gran presión por conseguir trabajo cuanto antes, pues el apoyo que me daba la familia en Lima solo era hasta terminar la universidad. La formación de la Universidad del Pacífico es muy buena y tenía la esperanza de conseguir trabajo pronto, aunque ello no estaba garantizado. El BCRP era un lugar natural de interés para los economistas egresados en el Perú de los ochenta: la competencia del sector privado era casi inexistente y existían pocos centros de investigación y análisis como GRADE, Apoyo y Macroconsult. Así que ingresar al Banco era mi meta personal.

A pesar de ello, debo confesar que no me preparé para ese curso de forma especial. Por suerte, mis calificaciones eran muy buenas. La carga de estudio de la universidad y las responsabilidades académicas que tenía durante el octavo ciclo no me dieron tiempo para una preparación extra para el examen de ingreso. Pero los maestros nos explicaron que dado ese entrenamiento no debíamos tener problemas en ser admitidos.

El curso fue muy intenso pero, gracias a Dios, supe manejar el estrés. El nivel de las clases me pareció bastante bueno, los profesores fueron excelentes, muchos de los contenidos del curso ya los había visto en diferentes grados en la universidad, pero también hubo bastante material nuevo e interesante. El curso de Microeconomía es el que más recuerdo. El profesor Folke Kafka tuvo una extraordinaria capacidad para explicar y comunicar los temas más complejos de la manera más simple e intuitiva posible. Se esforzaba por explicar la utilidad práctica y cotidiana de muchos conceptos que a primera vista parecen abstractos o muy teóricos.

Otra cosa que noté in situ fue la diferencia abismal de los niveles académicos entre las universidades de provincia y las de Lima. Muchos compañeros no sabían ni siquiera de qué estaba hablando el profesor. No obstante, también fui testigo de la gran función social y educativa que el curso de extensión cumple con los estudiantes de las universidades de provincia, particularmente con aquellos que tienen muchas ganas de aprender. De hecho, hubo honrosas excepciones: algunos alumnos de provincia también eran muy buenos en relación con los estándares de las universidades de la capital.

También hice excelentes amigos. Los más cercanos fueron Renzo Rossini, José Arista, Ana Miriam Neyra, Javier Oyakawa, Carlos González, Rafael Tenorio y Socorro Heysen: profesionales de alto nivel que no necesitan presentación. Casi siempre estudiábamos juntos. A pesar de estar en competencia, el ambiente fue siempre muy cordial y de mucho humor. Creamos lazos que se hicieron más fuertes a lo largo de los tres meses que duró el curso.

Al terminar el Curso de Verano en el Banco con excelentes calificaciones, mi imagen y posición en mi universidad dio un giro: el prestigio del curso de extensión es tan alto que la imagen y reputación de los alumnos también se incrementa notablemente. Ingresé a trabajar al BCRP ese mismo año, en el Departamento de Análisis del Sector Externo, y con ello sentí que mi futuro estaba totalmente asegurado. Me sentí la persona más feliz del planeta, trabajaba en el lugar más codiciado por los economistas del Perú, haciendo cosas interesantes y ganando un sueldo bastante decente para alguien que aún era alumno de universidad. Esa experiencia complementó mi currículum con excelencia y jugó un rol importante cuando en 1985 apliqué y obtuve becas de la Comisión Fullbright y de la Fundación Ford para seguir mis estudios de doctorado en Rice University, Houston-Texas. Parece mentira que hayan pasado treinta años desde entonces.

170
mil soles (más de 26 mil dólares de la época) invirtió el BCRP en el pasaje, estadía y becas de todos los alumnos del curso de 1966. A partir de entonces se realiza una vez al año.

41
becas ha otorgado el BCRP en los últimos 30 años a estudiantes destacados de universidades del interior del país para maestrías en economía o finanzas.

Limberg Chero

Oficial Nacional de Programa para el Perú de la Secretaría de Estado para Asuntos Económicos de la Confederación Suiza.
Universidad Privada de Piura (Campus Piura)
Curso de Verano BCRP / Promoción 2004

Todo economista interesado en la macroeconomía y el servicio público llega a conocer el prestigio del curso del BCRP. De hecho, en los pasillos de mi facultad todo el mundo hablaba de eso y de la reputación de los alumnos que lo habían llevado. Eso me motivó a postular. Yo cursaba el cuarto año en la universidad y sabía que el examen sería una forma de saber qué tan bien había llevado la carrera.

Estuve nervioso la noche antes del examen de selección, pues llegué a sentir que no sabía nada de economía. No es fácil someterte a una prueba en la que «todo el mundo» sabrá si te fue o no te fue bien. En provincia el universo de un chico es reducido, pero influyente. Esa noche, entonces, no me quedó otra que revisar los libros básicos de macro y micro y dormir tarde. Al día siguiente estaba listo para el examen. En la antesala a los salones en los que rendiríamos el examen podía ver a mis jefes de práctica y otros alumnos graduados, algunos, tan preocupados como yo. Se podía sentir la presión y la adrenalina en el ambiente. No recuerdo haber estado totalmente seguro de mis conocimientos, pero sí de dar lo mejor de mí.

Me enteré de que había ingresado vía Internet. Sabía que había dado un gran paso, pero lo que seguiría sería mucho trabajo. El siguiente reto fue aprobar el curso de invierno, de nivelación para los alumnos de provincia. Luego vino el Curso de Verano, en donde los cursos eran ya de nivel de postgrado, un *quick-master* como dicen por allí, y los profesores eran aún más exigentes.

Todos los chicos de provincia nos hospedamos en el mítico Hotel Maury. En los corredores del hotel solíamos darnos un break para relajarnos como a las 11 pm y a las 2 am, después de estudiar. En esos momentos podías departir con los de tu región de procedencia o de nacimiento (reunión de «piuranos», «chiclayanos» o «norteños»), o con tus patas afines a algún tema (reunión de «cuasipoetas», de «seudohistoriadores de economía»). Pero las memorables eran las reuniones de «locos», en las que los temas eran libres y en el pasillo contábamos cualquier locura. También teníamos reuniones sibaritas: elegíamos un lugar para ir a probar el mejor caldo de gallina, lomo saltado, adobo, arroz con pato, entre otros platos que se nos ocurrían de lo que cada uno contaba como especialidad en su región. Además, nos impusimos reuniones de grupo obligatorias, para conocernos y saber de cada parte del Perú. Esos momentos de amena conversación y risas eran los que hacían más llevadero el ritmo de estudio. Por supuesto, eso no sucedía en la época de exámenes parciales y finales de cada curso: allí todo era silencio. A veces llegaban los compañeros de Lima al hotel y nos amanecíamos estudiando y compartiendo, como amigos de toda la vida.

Ahora me cruzo regularmente con casi todos los chicos del curso, todos amigos cercanos. Están en el BCRP, en los principales organismos regulatorios, en el sector privado, en la docencia; y lo mejor, algunos ayudando a gobiernos subnacionales a mejorar actividades en gestión de finanzas públicas o a su región en proyectos de microfinanzas. Muchos ya han hecho sus maestrías en el extranjero y están de nuevo aquí, haciendo patria.

Siendo sincero, yo no estaba seguro de ser un buen profesional en mi carrera antes de llevar el curso. De hecho éste me abrió más interrogantes, pero también me afirmó algunas intuiciones: lo que aprendía me gustaba y quería seguir aprendiendo más. Entendí que un economista no estudia «matrices N dimensionales» para ir explicándolas fuera de su ambiente laboral. Más bien, aprovecha el esquema de pensamiento disciplinado, ordenado y sistemático impuesto por el ritmo de estudio, para mejorar continuamente como profesional y como persona. El curso me aportó eso y potenció mi labor como docente, me afirmó como científico social, y me permitió saber que podía hacer de esas ganas de aprender y compartir lo descubierto, un estilo de vida útil para servir al prójimo.

29
expertos extranjeros fueron parte de la plana docente entre 1979 y 2010.

Curso de Verano 1975. Profesor Sergio Málaga (exgerente del BCRP) dictando la asignatura de Macroeconomía.

Juan Aguilar

Catedrático principal de la Facultad de Ingeniería Económica en la Universidad Nacional del Altiplano de Puno
Universidad Nacional del Altiplano de Puno
Curso de Verano BCRP / Promoción 1994

Como estudiante de provincia, mi ingreso al curso del Banco siguió dos etapas: primero, la del curso de actualización en agosto, y luego el curso de extensión durante los meses de enero a marzo. Recuerdo que durante la primera etapa de selección había mucha expectativa y algo de nerviosismo entre los compañeros de mi facultad que deseaban dar la prueba de selección. La preparación en ese entonces se hacía con libros convencionales: Macroeconomía de Dornbusch, Teoría económica de Folke Kafka, Econometría de Gujarati y Matemáticas de Chiang, los únicos libros existentes en la biblioteca de mi facultad. Además, me fue útil repasar algunos exámenes de selección de años anteriores. De los resultados y de mi ingreso al curso del Banco me enteré a partir de una carta que le llegó al decano con la relación de los ingresantes. Grande fue mi sorpresa al saber que era el único alumno de Puno.

Antes del curso, mi expectativa estaba orientada en lograr el título profesional y comenzar a trabajar en alguna institución pública o privada. Sin embargo, una vez concluido ambos cursos en el BCRP (el de actualización y el de verano), el cambio fue radical, ya que permitió posicionarme rápidamente en el mundo académico, y luego seguir la maestría en la Católica y el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid en cuyo ranking terminé en el primer lugar en el orden de méritos. Además, tuve la oportunidad de conocer a premios Nóbel, como Joseph Stiglitz, Erick Mashkin, Amartya Sen, entre otros.

Los primeros días del Curso de Verano fueron muy agitados y con mucho material para leer. El primer día recibimos abundate material de lectura, destacando entre los principales: Apuntes de Matemáticas de Nikaido, Intrilligator, así como los apuntes hechos a mano del profesor García-Cobián, los libros de Parkin, Microeconomic Theory, en inglés, de los cuales solo entendía los gráficos, ya que en esa época en nuestras universidades no se tenía tanta exigencia sobre la lectura de material en idioma extranjero y lo único que entendía era la palabra *market clearing*.

El curso que más recuerdo es el de Matemáticas, por la exigencia del profesor y por los conceptos que nunca había abordado en los estudios de pregrado en mi universidad. El curso fue superintenso y no estaba acostumbrado a ese ritmo, fue chocante en un inicio, pero tuve que acostumbrarme paulatinamente, lo que implicaba dormir menos horas. Por suerte, tuve amigos que ayudaron anímicamente en este proceso, uno de ellos fue David Jaulis, un compañero ayacuchano muy noble y colaborador. Recuerdo que obtuvimos una nota desastrosa en el primer parcial de Matemáticas, y, un poco acongojados por el resultado, nos propusimos estudiar y practicar con mucha intensidad para recuperar la nota y así aprobar el curso.

A pesar de ello, para mí, el estar dentro del grupo de los treinta y cinco estudiantes de economía a nivel nacional era ya un paso trascendental para poder incursionar rápidamente en el ámbito laboral. Por ello, un año después de concluir el curso, participé en un concurso para cubrir la plaza de profesor auxiliar en la Facultad de Ingeniería Económica de la Universidad Nacional del Altiplano, donde tuve éxito gracias a la preparación de alto nivel que recibí en el curso del BCRP. A partir de ahí, fui posicionándome dentro del ámbito profesional logrando escalar posiciones muy rápido, así como obtener el reconocimiento por parte del mundo académico y en el campo de la investigación.

Por todo lo descrito, considero que el Banco debe seguir realizando los cursos con mayor énfasis, pues ofrece a los egresados un mejor desarrollo de sus capacidades y ayuda a elevar el nivel académico en las universidades por el nivel de competencia que promueve.

120
mil dólares constituyeron la primera partida del fondo especial que el BCRP estableció en 1982 para estudios de posgrado de sus empleados. El monto permitió enviar a ocho funcionarios a realizar estudios de especialización en el extranjero.

35
alumnos llevan el curso de extensión del 2011. De ese grupo, 15 vienen de provincias y 20 son de Lima.

Luis Palacios

Director de Servicios de Investigación de la Wharton Business School, de la Universidad de Pennsylvania
Universidad del Pacífico
Curso de Verano BCRP / Promoción 1986

Imposible olvidarse del curso. No tuve fines de semana durante todo ese verano. Me la pasé estudiando como nunca lo había hecho antes. En lo personal, más allá del conocimiento que adquirí, el curso me disciplinó en el estudio. Y, por supuesto, tuve más amigos que hasta ahora conservo: Adrián Armas, Mauricio de la Cuba, Walter Otiniano, Víctor Roca, por mencionar unos pocos.

Recuerdo que las clases eran en el sótano 1 del museo del Banco y que el aire acondicionado funcionaba mal. Era un frigorífico. Hacía tanto frío que Adrián se enfermó y casi no acaba el curso. También me acuerdo de un compañero peruano-argentino, el «che», que podía hacer cualquier tipo de preguntas en la clase (sí, de cualquier tema, sea relevante o no). Nos entretenía mucho.

Lo que me atrajo del curso fue la idea de seguir aprendiendo economía, sobre todo Macro. Tenía mucha curiosidad. En esa época solo me faltaba un año para acabar la universidad y estaba buscando un lugar para iniciarme como economista. Era el jefe de práctica y asistente de investigación de Germán Alarco, quien estaba construyendo junto con Bruno Seminario un modelo macroeconométrico en el Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP). Recuerdo haberle comentado del curso y me contó que él también lo había llevado. Me dijo que complementaría lo aprendido en la universidad y que haría buenos amigos. De otro lado, Alfredo Dancuart (jefe del departamento de análisis monetario del Banco en aquella época) era mi profesor de Teoría Monetaria. Fueron esas clases las que me motivaron a postular. Y saber que el Banco podía financiar mis estudios en el exterior fue decisivo.

Gracias a esa decisión, pude ingresar al Banco. Tuve el privilegio de elaborar las cuentas monetarias del BCRP y poder seguirle el pulso a la hiperinflación. Fue mi primer trabajo de verdad (antes daba clases de matemáticas) y el que me dio independencia financiera. Dentro, aprendí mucho del sistema financiero y de cómo todas las operaciones de un banco central se reflejaban en la creación de dinero. Definitivamente, mi percepción de la economía cambió. Si bien la teoría económica es una buena herramienta analítica, el conocimiento de la data era fundamental.

Más tarde, en 1990, el Banco me becó para ir a estudiar a Cornell University, donde hice los primeros dos años de doctorado. Regresé al Banco a finales de 1992, al Departamento de Análisis del Sector Monetario, del cual luego fui jefe. En 1996, fui ascendido a Subgerente de Análisis Global. Me acuerdo que cerrábamos el blue book (el cierre del programa macroeconómico del BCRP) y seguíamos las metas con el FMI. Trabajé en el banco hasta agosto de 1999, luego regresé a Cornell a terminar mi PhD. Fue una decisión difícil.

En el año 2002, fui contratado por la Wharton Business School en un pequeño research center (WRDS) encargado de crear aplicaciones financieras para investigación en escuelas de negocios (donde la investigación empírica se centra en el mercado de valores). Estas aplicaciones se basan en gigantescas bases de datos financieras de los Estados Unidos. En el 2007, fui nombrado el Director de Servicios de Investigación de este centro, que ya no es nada pequeño y tiene más de 250 instituciones afiliadas que incluyen escuelas de negocios y distintos bancos centrales alrededor del mundo.

Estoy seguro que de no haber sido por el curso y por el Banco Central no hubiera entendido mejor mi profesión. En el Banco percibí claramente que economía no solo era teoría sino también implementación. Y que una parte fundamental de ello incluía entender la información económica de manera minuciosa. El curso me formó en mi método de estudio y el Banco en la importancia de conocer el detalle de los datos para entender fenómenos económicos y financieros de una manera más profunda. Para un economista, creo que no existe una institución en el Perú de la talla del BCRP que te ofrezca todo eso.

79
economistas trabajan en la Gerencia de Estudios Económicos, de los cuales 9 poseen el grado de doctor y 32 han culminado sus maestrías en el extranjero.

Miguel Palomino

Director Gerente del Instituto Peruano de Economía (IPE)
Universidad del Pacífico
Curso de Verano BCRP / Promoción 1981

Fue un sábado, durante un partido de fulbito, que me avisaron que Jurgen Schuldt (que en ese momento estaba a cargo del Programa de Economía) quería hablar conmigo. Yo era un chiquillo de 21 años que acababa de terminar el cuarto año de la universidad y que solía jugar los fines de semana en la cancha de la universidad. Jurgen me mandó llamar para hablarme del curso del BCRP. Quería que los mejores alumnos postularan porque era una gran oportunidad y porque había que dejar bien el nombre de la universidad. Para nosotros trabajar en el BCRP era la aspiración máxima de un economista. Así que estuve de acuerdo: al poco tiempo me presenté al examen e ingresé al curso.

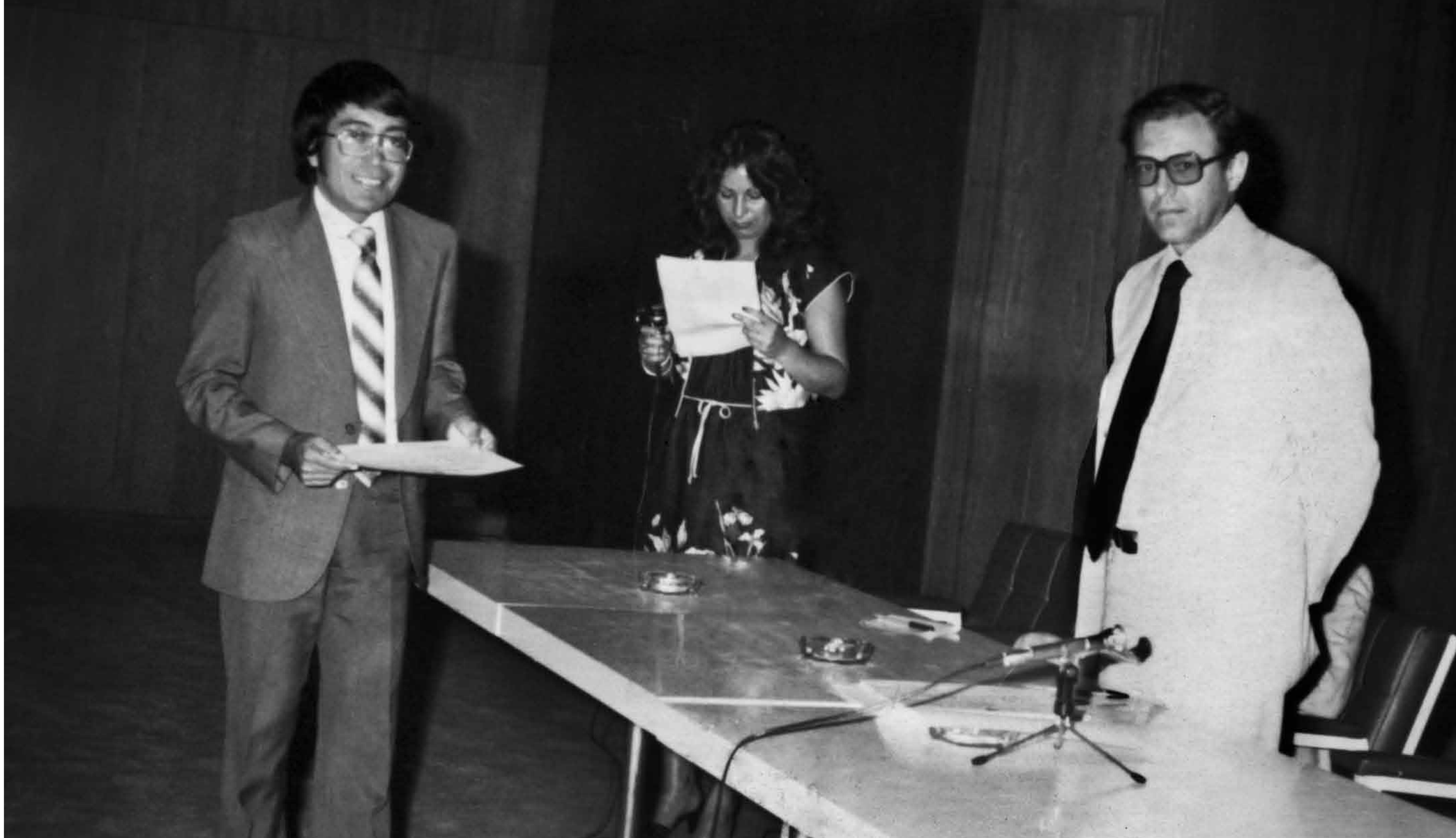
Recuerdo que entramos cinco alumnos de mi universidad: Raúl león, Omar Otiniano, Daniel Silva, Daniel de la Torre y yo. Durante todo el curso cuatro de nosotros parábamos siempre juntos, estudiando. Aunque teníamos una buena preparación y los de la Católica también, había que estudiar fuerte pues solo teníamos tres meses. Los compañeros de provincia, la tenían aún más dura: ellos estudiaban muchísimo más pues muchos arrancaban con una desventaja en lo académico. Por eso les costaba más, pero eran muy talentosos.

Folke Kafka (quien había sido mi profesor en la universidad) era un gran maestro y destacaba porque su curso era clarísimo. Pepe Valderrama enseñaba muy bien Macro, pero como su voz era bien pasiva y nos tocaba con él después del almuerzo, a veces teníamos que luchar contra el sueño. El curso que para mí fue el mayor reto fue el de Teoría Monetaria, dictado por Paul Beckerman, un profesor que habían traído del extranjero y cuyo enfoque era novedoso y muy interesante en ese momento. A pesar de que hoy discrepo con él en algunos enfoques, debo decir que nos hacía pensar mucho y nos daba perspectivas que no habíamos tenido. Todo ese entrenamiento fue muy bueno. Cuando terminó el verano y con mi grupo volvimos a la universidad, destrozábamos en toda la parte monetaria. Mientras que mis otros compañeros habían estado en la playa tres meses, nosotros veníamos de estudiar a morir ese mismo tiempo. Incluso, hacíamos preguntas al profesor que lo ponían en aprietos.

Mi grupo era una sarta de locos. Me acuerdo que en la clase de Pepe Valderrama, Raúl León sacaba una cajita de fósforos, prendía uno, lo apagaba y ponía el palito caliente en el brazo del que se había dormido. Esa era la ley: si te dormías, te quemabas. Al que más quemamos fue a Omar Otiniano. Cuando acabó el curso, el pobre Omar tenía como cuatro o cinco cicatrices en el brazo. También le poníamos un apodo a cada uno. Había un amigo de la universidad de Trujillo al que le decíamos «John Wayne» porque tenía la misma cara del personaje. Manuel Marchese, que tenía el cabello bien lacio y se lo cortaba con una especie de cerquillo, era «pelo de bebe». Había una chica de Cusco que era superbuenita, con sus lentecitos, siempre tomando nota, aplicadita, a la que le decíamos «la profe». En esa época Sendero Luminoso no era visto aún como una amenaza, así que a Manuel Deza, como era de San Marcos, le decíamos «sendero». A Raúl León, por su pinta, le decíamos «Pepe del Salto». Nos divertíamos mucho y buscábamos integrarnos con los demás.

Aunque luego de terminado el curso ya no regresé a trabajar al Banco me alegra que, a pesar del tiempo, el modelo basado en el mérito haya sobrevivido. Por suerte, ningún gobierno ha conseguido acabar con eso. Hoy nadie puede entrar a dirigir la parte de política económica del Banco, si no ha pasado por el filtro del curso y la carrera en el Banco. Gracias a la meritocracia, el BCRP es de las pocas instituciones del Perú que es una institución de verdad.

92%
de aprobación obtuvo el BCRP en una encuesta entre ejecutivos peruanos realizada en el 2006 por Apoyo.



Curso de Verano 1981. Alumno Luis A. Suárez Cunza recibiendo su certificado de manos del profesor Richard Webb en ceremonia de clausura.

César Peñaranda

Director Ejecutivo del Instituto de Economía y Desarrollo Empresarial de la Cámara de Comercio de Lima
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Curso de Verano BCRP / Promoción 1965

Entré al Curso de Verano en la época en que la carrera de Economía recién empezaba en el Perú. Tenía 22 años, era estudiante del cuarto año de Ciencias Económicas y Comerciales en San Marcos y acababa de ingresar al Ministerio de Trabajo como economista júnior en el área de Análisis Económico. A pesar de ello, no tenía muy claro lo que quería hacer. Afortunadamente, el curso del Banco me ayudó a perfilar hacia donde debía orientar mi carrera.

Recuerdo que solo éramos quince en el curso. Un grupo pequeño integrado por gente del mismo Banco y estudiantes de los primeros puestos de San Marcos y Católica. Ese año el Banco seleccionó a los mejores alumnos de las facultades de Economía y a los segundos puestos les tomaban un examen para conseguir un cupo. Como yo estaba en el segundo puesto en mi clase, me invitaron a dar el examen. Salí primero en el ranking.

En esa época Richard Webb había ingresado al BCRP como jefe de Cuentas Nacionales. El director de Estudios Económicos era Emilio Barreto y Carlos Rodríguez Pastor era el gerente general. El primer día de clases, los tres nos dieron la bienvenida con una charla introductoria y nos explicaron la mecánica que iba a tener el curso. Me quedé impactado al inicio porque me di cuenta que iban a ser tres meses intensos.

Estudiábamos en el local antiguo del Banco, donde ahora funciona un museo. Nuestro salón era pequeño. Tenía una especie de tabladillo y nos sentábamos frente a la pizarra en dos o tres filas. Nos facilitaban los libros en la biblioteca y como no había computadoras en esa época, hacíamos los cálculos en hojas de papel. También tuvimos charlas que nos iban formando en cómo aplicar la teoría que íbamos aprendiendo. Una de esas charlas memorables fue la de Daniel Schilowsky, profesor de Harvard, quien nos habló sobre política económica y mostró en una gráfica de cuatro cuadrantes algo que se suele ver en varias páginas de un libro respecto del tema de equilibrio general, para nosotros novedoso en ese entonces. Nos explicó cómo ese esquema podía aplicarse y ser útil para el diseño de la política económica del país.

También me gustó mucho cómo Felipe Cebrecos llevó el curso de Macroeconomía, porque siempre comentábamos y discutíamos lo que leíamos y él compartía ideas muy interesantes. Al respecto debo indicar que siempre nos preparábamos antes de ir a clase pues sabíamos que íbamos a interactuar con el profesor y otros alumnos. El trato era muy amical.

Los buenos amigos tampoco faltaron. Julio Paz, por ejemplo, era mi compañero en la universidad, ambos entramos al curso, estudiábamos juntos y éramos concientes que competíamos por el ingreso al Banco y por las becas de estudios en el extranjero. De hecho, éramos tan unidos que nos conocían como «Paz-Peñaranda». Era muy gracioso porque había personas que creían que se trataba de un solo alumno con ese apellido. Lo grato fue que los dos ingresamos al Banco y los dos salimos becados: él hizo su postgrado en John Hopkins University y yo me fui a Cornell University. Hasta ahora somos muy amigos, de hecho somos compadres: él es padrino de uno de mis hijos y yo soy padrino de una de sus hijas.

Terminé en segundo puesto en el curso. Ingresé al BCRP en 1966. Tan pronto empecé en el Banco postulé a algunas universidades de Estados Unidos para hacer mi doctorado. Me aceptaron siete, de las cuales elegí estudiar en Cornell University, porque además de ser una de las diez mejores de Estados Unidos tenía solo diecinueve personas admitidas al programa de doctorado. El grupo era más selecto y los profesores prácticamente serían nuestros asesores. Fue una linda experiencia pero muy competitiva.

Hoy puedo asegurar que este Curso de Extensión ha sido quizás lo que más ha contribuido al desarrollo de la carrera de Economía en el país, pues no solo permite que un número importante de profesionales peruanos se capacite en el extranjero y adquiera un nivel alto, sino que eleva el estándar de la profesión de Economía en el Perú.

6
meses duró el primer Curso de Extensión Universitaria, en 1961. A partir de 1966, el curso dura tres meses y se realiza durante los tres meses de verano.

231
horas de clase es la carga académica promedio que se imparte en los tres meses de verano a los alumnos del curso, al margen del tiempo que dedica cada uno por su cuenta en los tres intensos meses de verano.

José Gallardo

Coordinador de la Maestría en Economía y profesor asociado de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)
Pontificia Universidad Católica del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1990

Estaba en mi último año de pregrado en la Católica y deseaba llevar el curso. Casi no postulo, por la cantidad de obligaciones que tenía como asistente de cátedra en la universidad. Por suerte algunos amigos míos también postularon y eso me terminó por animar. El Curso de Extensión es muchas cosas a la vez. Para el Banco, por ejemplo, es un componente importante de su institucionalidad y una herramienta extraordinariamente eficiente para reclutar a su personal. El BCRP, entonces, «se ata de manos» y no contrata a nadie que no haya pasado por el curso. Como práctica institucional es un caso único en el Perú. Una de las razones por las que el BCRP es percibido como la institución pública por excelencia del país.

Para los alumnos, el curso es una experiencia única. El Banco los recluta deliberadamente en todo el país. Si, por ejemplo, eres un chico de la Universidad Nacional de San Agustín en Arequipa y tienes talento, seguramente el Banco te reclutará para su curso, lo cual posteriormente te da la oportunidad de movilizarte hacia un mercado laboral más grande como el de Lima. Otras instituciones del sector público, bancos, centros de investigación, empresas privadas y consultoras, están atentas a identificar a los que son capacitados por el BCR. Ser un egresado del curso de extensión es una señal de prestigio muy fuerte en el mercado.

Pero el curso mismo es también un referente, un modelo que ha sido imitado por otras instituciones. Cuando era Gerente de Estudios Económicos de OSINERG, creamos un curso de extensión inspirado en el curso del Banco Central. OSIPTEL, que es otro regulador, así como la SBS o el Indecopi también tienen su propio curso de extensión. Todos, son cursos muy buenos, pero que aún están en camino de consolidarse dentro de sus instituciones.

El curso también es un ejemplo en lo referente a su constante actualización. El curso trata de complementar la formación de los alumnos con profesores de universidades del exterior que vienen con nuevas metodologías y técnicas de investigación. Por todo ello me atrevería a decir que el Curso de Verano es una institución en sí misma.

Cuando lo llevé, yo era asistente de investigación en la universidad, así que trataba de organizarme para asistir a las clases. El ritmo era muy agotador. En el salón existía un ambiente de competencia, pero también de amistad y compañerismo. Recuerdo con mucho cariño a los amigos que hice allí. Edmundo Murrugarra, Jorge Luis Morales y Alberto Humala eran algunos de ellos. El curso era intenso, estudiabas mucho, pero también te relacionabas bastante. Armábamos grupos de trabajo con gente de diferentes universidades y tratábamos de apoyarnos. Existía un espíritu de cuerpo, como si se tratara de una tropa militar, lo cual en cierto sentido es natural porque el economista tiende a pensar en el país, y suele tener una gran dosis de generosidad.

Más tarde, cuando egresé del curso, si bien no fui seleccionado para trabajar en el Banco, seguí vinculado al curso. Primero, fui el jefe de prácticas de Tito Pasco Font dos años. Luego, Edmundo y yo ingresamos a trabajar a GRADE pues queríamos hacer un récord de investigación para ganar becas de doctorado. Posteriormente, en el año 1998 y luego a partir del 2002, fui profesor de varios Cursos de Verano y de actualización.

Finalmente, diría que el curso es uno de esos pocos sitios donde la economía es una suerte de religión. Todos, alumnos y profesores, tienen un respeto especial por la economía. Los alumnos se esfuerzan por aprenderla mejor y estudiarla para ser mejores profesionales. Es el espíritu profesional del BCRP que se traslada al curso. Es por eso que estos chicos luego son tan exitosos: profesionales que tienen un sentimiento especial por la carrera y con una enorme contribución con las instituciones y con el país.

500
postulantes es el promedio de universitarios que se presentan cada año al examen para seleccionar a los alumnos que ingresarán al curso.

José Arista

Presidente del Gobierno Regional de Amazonas
Pontificia Universidad Católica del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1982

En la facultad de economía, todos los estudiantes del último año sabíamos que el BCRP realizaba este curso año tras año y que no era tan fácil ingresar. Recuerdo que fuimos un grupo de estudiantes de la Católica a dar examen en la universidad universidades del país de San Marcos. No hice ninguna preparación especial, solo un repaso de los cursos básicos de Micro y Macro y me enteré de mi ingreso leyendo el diario El Comercio, donde se había publicado la lista de ingresantes. Nunca olvidaré universidades del país ese día porque fue el día en que murió mi abuelo.

Recuerdo mucho también a los amigos que hice de las diferentes universidades pero sobre todo a mis compañeros más cercanos: Renzo Rossini, Oscar Hendrick, Carlos González, Javier Oyakawa y Socorro Heysen, solo por mencionarte a algunos de mi promoción. Si hablamos de los maestros, creo que los tres o cuatro profesores que nos dictaron el curso estaban a la altura de las circunstancias. Particularmente recuerdo a Folke Kafka y su pasión por el orden, la letra clara y sus problemas de Micro.

El Curso de Verano es bastante competitivo. En especial la gente de la Católica, de la Pacífico y de la de Lima no están allí para aprender más, sino para competir y entrar a trabajar al Banco. Las diferencias entre los puestos eran décimas y hasta centésimas, y como solo ingresaban cuatro o cinco, la competencia se hacía cada vez más dura. Me acuerdo que una vez en el último examen de Micro, uno de los cinco que estaban en los primeros puestos presentó su reclamo. Los demás, entonces, buscaron la sinrazón también para presentar su respectivo reclamo. Folke, obviamente, a nadie le aumentó un solo punto.

Por otro lado, era preocupante la heterogeneidad de la formación profesional en el Perú (el caso de los estudiantes de provincia era evidente). Por eso, el BCRP con mucho criterio comenzó a realizar sus cursos de nivelación a favor de las universidades de provincias. Me agradó la enorme preocupación del Banco en ese sentido.

Terminado el curso, me dieron la buena noticia de que yo iba a ingresar al Banco. Entré a trabajar en Análisis Global y recuerdo que Renzo Rossini, el primer puesto con justicia, tenía su escritorio a solo dos metros del mío. Además recuerdo que mi primer jefe fue Jorge Cortez, toda una institución en la Universidad del Pacifico y en el BCRP.

Si bien no estuve mucho tiempo en el Banco, debo mencionar, sin temor a decir una gran mentira, que fue el BCRP y su gente los que me dieron otra filosofía de vida, de responsabilidad social y sobre todo de integridad tanto personal como profesional. Porque, siendo sincero, antes de entrar al BCRP solo aspiraba a ser un empleado público y creía que con la formación que había obtenido era más que suficiente para tener una vida personal sin sobresaltos. Sin embargo, en el Banco aprendí que en el Perú uno debe sentirse privilegiado al haber estudiado en la Católica o en la Universidad del Pacifico y trabajar en el Banco, que uno debe corresponder a ese enorme privilegio con mayor entrega, y sobre todo, más profesionalismo. Y aprendí, sobre todo, que la estabilidad laboral más que un concepto legal es una actitud y que uno lo logra con su trabajo y su empeño diario.

El curso, en suma, cambió mi vida. Todo el paradigma de lo que significa institución e institucionalidad lo he aprendí del BCRP y lo he mantenido a lo largo de mi vida profesional. Ése es mi *benchmark*. Pocas instituciones en el Perú tienen mecanismos de ingreso laboral tan competitivos y transparentes como las del Banco, que se preocupa por otorgar becas para estudios en universidades de primer nivel. Con todo esto es imposible decir que pasar ese verano en el Banco no te cambia la vida.

6
meses duró el primer Curso de Extensión Universitaria, en 1961. A partir de 1966, el curso dura tres meses y se realiza durante los tres meses de verano.

95
horas de clases corresponden al curso de Macroeconomía, 80 horas al de Econometría y Matemáticas y 50 horas a Microeconomía.

Curso de Verano 1975. Emilio Barreto, entonces presidente del BCRP, exponiendo ante los alumnos del curso.

Guillermo Díaz

Economista principal de Políticas Públicas y Competitividad de la Corporación Andina de Fomento (CAF)
Pontificia Universidad Católica del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1993

Durante mi último año de carrera, un tío que es economista me dijo: «Sobrino, tienes que entrar al BCR». A los 22 años, en ese momento no tenía eso en mente. A esa edad piensas más en terminar la universidad, trabajar en algo e irte de vacaciones a la playa. Afortunadamente, decidí postular al Curso de Verano e ingresé. Ese fue el inicio de una experiencia que me marcó para siempre.

Para un economista recién egresado de la Católica e interesado en la Macroeconomía, el BCRP era el lugar de trabajo ideal. Y pasar por ese curso intensivo era obligatorio para obtenerlo. El curso era muy fuerte. Yo veía a mis profesores y decía «pucha, son gente de peso». Luego venía la presión de las clases y los exámenes. Hubo mucha competencia, pero también tuve tiempo para conocer a grandes amigos. Uno de ellos fue Mario Farcic (quien sacó el primer puesto en el curso) de la Universidad del Pacífico. Recuerdo que iba a la casa de Mario a estudiar. Pasábamos tantas madrugadas allí, que ya me conocía a toda su familia. En otras ocasiones nos quedábamos en el salón estudiando hasta la medianoche, porque allí había pizarra.

También me acuerdo que hicimos un grupo muy bueno y que metíamos chacota en clase. Éramos cinco. Mario era el más «chancón» pero a la vez el que más se prestaba para la «chacota», y con él empezábamos a fastidiar a la gente. También almorzábamos en el comedor del Banco y mientras veíamos pasar a todos los funcionarios, empezábamos a identificar a las chicas más guapas y elegíamos a la miss BCRP.

Al final del curso, quedé en cuarto puesto del ranking y entré al banco en 1993 al área de Indicadores de la Producción, en el Departamento de Estadística. En esa época Fujimori había declarado la reestructuración del BCRP en esa época, así que durante dos o tres años seguidos los primeros puestos no ingresaron a trabajar al banco inmediatamente como era la costumbre. Recién en 1993 ingresaron los del curso del 91', 92' y 93', todos al mismo tiempo. Fue un ingreso masivo, como diecinueve economistas en Estudios Económicos y todos chibolitos y con la teoría fresca. Fue un choque muy fuerte para el statu quo del Banco. Hoy, 18 años después, uno ve que parte de esa «camada» ya está en puestos directivos. El Curso de Verano tiene mucho mérito en lograr eso y en darle al Banco el prestigio que tiene hoy.

Pero 1993 también fue especial por varias razones. Conocí a la que luego sería mi esposa y a mi gran amigo Gabriel Rodríguez, que hoy es, probablemente, uno de los profesores de mayor renombre del departamento de Economía de la Católica. Ese año, Gabriel y yo realizamos un trabajo de investigación, ganamos un concurso entre de técnicos de bancos centrales y nos fuimos a Uruguay. Luego ganamos otro concurso, me fui a República Dominicana y luego el Banco me envió a Chile para seguir un curso de estadísticas. Era alucinante: solo tenía 22 años, era nuevo en el Banco, me había enamorado y me iba de viaje.

Me quedé en el BCRP hasta 1997, año en que me fui a estudiar mi maestría en la Universidad de Michigan y luego fui del Banco el 2003. No obstante, luego de ello he dictado algunas conferencias a los alumnos del Curso de Verano y en el Curso de Actualización para profesores de provincia. Siempre voy feliz porque siento mucha gratitud por el BCRP y porque me gusta enseñar. Siento que de alguna manera contribuyo con mi granito de arena para acortar esa brecha de conocimiento que aún existe. El curso fue la semilla que determinó mi vida profesional (gracias a él pude trabajar en el Banco diez años: el primer empleo que tuve en toda mi vida). Si no lo hubiese llevado, no imagino donde estaría ahora.

1.800
alumnos han egresado a lo largo de los 50 años de existencia del curso, lo que representa más de 400 mil horas de capacitación.

Edmundo Murrugarra

Economista Senior del Banco Mundial (BM) en temas de desarrollo humano
Pontificia Universidad Católica del Perú
Curso de Verano BCRP / Promoción 1990

Para mi generación, era natural saber del curso. Recuerdo que antes de postular revisamos algunas preguntas típicas del examen y los libros básicos de nuestros cursos. Mis expectativas estaban poco formadas, así que postular al curso era parte del proceso natural de mi generación y que ayudó a confirmar mi interés por la economía. Recuerdo que mi profesora Socorro Heysen (exalumna del curso), me avisó de mi ingreso al programa del Banco, mientras recogía algún examen al final de clase. Nunca imaginé lo importante que iba a ser esa noticia en mi vida profesional.

Los primeros días fueron de conocimiento de este nuevo mundo con estudiantes de otras universidades, algunas de las cuales no había escuchado. El compañerismo fue inmediato pues todos queríamos conocernos y hacer un buen trabajo. La formación de grupos de trabajo fue atinada pues combinó personas de distintas escuelas y permitió una mayor interacción entre todos.

El nivel académico fue muy bueno. Como es natural, todos los profesores tenían diferentes estilos, niveles de exigencia y formas de comunicación, pero verlos a todos juntos en unas pocas semanas fue lo mejor. Me acuerdo mucho de Armando Cáceres (Macro), Mario Tello (Micro), Ramón García Cobián (Estadística y Econometría) y de un profesor francés de Economía Monetaria que me marcó y me motivó personalmente. En las últimas clases habló de pragmatismo en política económica. La frase que me impactó fue la que decía que ser pragmático no es estar en un bote e ir adonde el viento te lleva, sino usar el viento para ir a donde uno quiere llegar. En s universidades del país u clase final nos dijo: «Ahora, ustedes tienen que matar al maestro». Obviamente, no entendimos lo que quería decir, pero a través de los años creo que hemos entendido el mensaje.

El curso fue intenso y con mucho estrés. Por suerte, las relaciones entre alumnos y la comunicación entre nosotros permitieron aliviar el problema. Recuerdo alguna tarde donde alguien simplemente dejaba salir su tensión a través de fastidio, llanto, o burlas, y quien estaba o estábamos alrededor apoyaba desde donde podía. El compañerismo que se generó fue muy positivo. Conversar con estudiantes que venían con diferentes grados de formación y diferentes experiencias personales nos obligó a ver nuestras ansiedades desde un punto de vista distinto, con mayor madurez.

Recuerdo conversaciones en una tarde de trabajo grupal con un compañero de la Universidad San Antonio Abad, sobre las experiencias que tuvo y como veía la profesión de economista, la realidad del Perú y el escenario político (¡era verano de 1990!). Al acabar la conversación, seguimos trabajando con mayor tranquilidad sabiendo que todos queríamos un país mejor. Debido al escenario político y económico de entonces, los cinco primeros puestos de mi promoción no recibimos ofertas inmediatas de trabajo en el Banco. Por suerte, al salir del c universidades del país urso recibí una oferta de GRADE donde empecé a trabajar como asistente de investigación. Meses más tarde, me llamaron del BCRP para ofrecerme un puesto pero ya estaba muy enganchado en el trabajo de investigación y con un excelente grupo de compañeros.

Mis compañeros de clase también desarrollaron carreras exitosas. José Gallardo, por ejemplo, ha tenido cargos importantes de dirección técnica y de regulación en el Perú, y ahora está haciendo un gran trabajo en la Maestría de Economía de la Católica. Alberto Humala y Jorge Luis Morales Bustamante están en el BCRP. En mi caso, ahora me desempeño como economista del Banco Mundial en temas de desarrollo humano (pobreza, empleo, saludos, migración, programas sociales) y he trabajado en Europa del Este y Asia Central (varios países), Asia del Sur (India), Medio Oriente (Marruecos), y América Latina (Brasil, Ecuador, Uruguay y El Salvador).

Hoy, veinte años después, pienso que lo más importante fue vivir esa experiencia. Esto lo corroboré después como profesor del curso, cuando vine de mi doctorado. Aprendí además, gracias a mis profesores, consejos y maneras de presentar los temas de manera técnica pero también de una forma más humana.

86,8%
es el índice de aprobación obtenido por el BCRP según la VII Encuesta Anual a líderes empresariales sobre la confianza en organismos públicos, elaborado por la Universidad de Lima (octubre-noviembre de 2006).

Jymdey Yeffimo

Research Fellow en el Sector de Integración y Comercio (INT) del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Washington DC
Universidad Nacional de Piura
Curso de Verano BCRP / Promoción 2003

Llevé el curso poco después de haber culminado la universidad. Mi perspectiva era ingresar a trabajar al BCRP, sin embargo, en las primeras semanas me di cuenta de que la competencia era muy dura y de que iba a ser una tarea difícil. Luego del primer mes y medio opté por cambiar mis objetivos. Las oportunidades de trabajar haciendo investigación aplicada eran escasas o nulas en Piura, así que mi meta sería encontrar trabajo en Lima aunque no fuera en el banco.

El nivel de las clases y de los profesores superó ampliamente mis expectativas. Recuerdo tres cursos en especial. El de Matemática lo dictaba Diego Winkelried, un chico genio que a los 23 años estaba dando clases de matemática avanzada, con quien revisamos temas de optimización dinámica. El curso de Econometría con Javier Kapsoli fue muy difícil, full teoría econométrica; y Programación Lineal, que estuvo a cargo de Jorge Loyola, elevó la competencia a tal punto que muchos compañeros no querían ni revelar los documentos de investigación que estaban usando en sus trabajos.

El estrés era constante, sobre todo al principio. Yo estudiaba siempre y no dormía bien. Por desgracia, la falta de sueño me pasó la factura en el momento menos adecuado: mientras daba el examen parcial de Econometría II, que dictaba Eduardo Morón, me quedé dormida en pleno examen. Moraleja para las próximas generaciones: antes de un examen hay que dormir bien.

Jamás olvidaré el primer día de clases: quince alumnos de la clase nos quedamos atascados en el ascensor durante media hora y tuvieron que retrasar la inauguración del curso.

También recuerdo que la noche de San Valentín salimos a comprar comida y encontramos que en el supermercado estaban vendiendo salchichas, pero nosotros no teníamos cocina en el Hotel Maury, entonces le pedimos a la señorita promotora que las cocinara ahí mismo, y aceptó. Luego nos fuimos a comer nuestros sánguches al hotel. Así decidimos celebrar el día de la amistad. Fue linda esa época.

Aunque no pude ingresar al banco, luego de esos tres meses fui a trabajar al Ministerio de Economía y me quedé allí cuatro años. Durante ese tiempo tenía ganas de estudiar un doctorado. Así que postulé a la beca Fulbright y la obtuve. Pero no logré la admisión de las universidades que me interesaban y las dos que me aceptaron no me convencían: una no me daba beca y la otra me daba beca pero era la universidad doscientos y algo en el ranking de las mejores universidades del mundo. No estaba conforme con el resultado, así que decidí renunciar a la beca. Fue la mejor decisión que pude tomar. Después de un tiempo me di cuenta de que un doctorado en Economía no era para mí, así que al año siguiente postulé nuevamente, esta vez a maestrías en Políticas Públicas.

A diferencia de esa primera vez en que apliqué para ocho o diez doctorados, en la segunda ocasión sólo apliqué a cuatro universidades, tres de las cuales me dijeron que sí y me ofrecían becas. Así que acepté feliz ir a estudiar una maestría en Desarrollo Internacional en la Universidad de Harvard. El Curso de Verano fue, definitivamente, el primer impulso que me permitió lograrlo.

Sin duda, me ayudó a darme cuenta de lo importante que es estar siempre estudiando, actualizándose y, sobre todo, lo importante y necesario que era salir a estudiar un posgrado fuera. En lo personal, más que una enseñanza, me dejó un legado y muy buenos amigos con quienes hemos compartido alegrías y tristezas. Gente con quien me acompañé mientras empezaba mi nueva vida en Lima. En esos tiempos, ellos fueron mi familia, quienes celebraron conmigo mi primer día de trabajo, mi primer sueldo, mi cumpleaños. Amigos a quienes hasta hoy, a pesar de la distancia, no he dejado de recordar.

5
becas al año otorga el BCPR para estudios de maestría o doctorado en el exterior de los alumnos más destacados del curso.

Curso de Verano 1964. Alumnos en el almuerzo de clausura.

Adrián Armas

Gerente Central de Estudios Económicos del BCRP
Universidad del Pacífico
Curso de Verano BCRP / Promoción 1986

Cuando estaba en el cuarto año de la carrera y con 20 años recién cumplidos, leí un artículo en la revista de la universidad escrito por un alumno que había estado en el Curso de Verano del año anterior. En esa época no había mucha información sobre este tema, así que ese artículo me iluminó. Resulta que el autor del texto era Gustavo Yamada (hoy, catedrático de la Universidad del Pacífico) quien contaba su experiencia: en qué consistía el programa, que había que dar un examen, que los primeros puestos del curso entraban a trabajar al BCRP, y que tenías la posibilidad de continuar aprendiendo más de economía a través de posgrados en el exterior. Leer sobre todo eso me fascinó. Así que al año siguiente, en octubre de 1985, decidí dar el examen.

Desde el principio, hubo varios aspectos del curso que me gustaron. Uno de ellos fue la sana competencia académica y la resistencia que desarrollas ante un ritmo de estudio intenso. También había bastante confraternidad y solidaridad. Como anécdota, recuerdo que hacia el final del verano estuve enfermo, con fiebre y no podía ir al banco, así que mis compañeros iban a mi casa a llevarme los materiales para estudiar. También conocí y me hice amigo de varios compañeros de diferentes partes del país. Había todo tipo de personalidades: gente alegre, bromista, seria, pero en general era un grupo bastante ameno y competitivo. Todos ponían lo mejor de sí. Como mi curso se realizó en 1986, se debatía mucho acerca del pago de la deuda externa y la inflación, sobre todo en la clase de Macroeconomía. Nuestros profesores nos ayudaban a hacer un balance de esas posturas, entre la teoría que estudiabas y las cosas prácticas.

Ese año, el curso no se realizó en el sótano 1 como siempre. La Contraloría había ocupado esa aula, así que a mi clase le tocó estudiar en el sótano del antiguo local del BCRP, donde ahora funciona un museo. En esa época, como es obvio, no había Internet, así que ir a la biblioteca era muy importante. Había frecuentes carreras para llegar primero y coger el libro que necesitabas. A veces era difícil, pues si tenías que leer un *paper* para algún trabajo y no lo encontrabas, debías buscar a quien lo tenía para sacarle fotocopia al menos. Las clases duraban casi todo el día y el resto de tiempo –incluidas las noches y los fines de semana– estudiábamos para tratar de salir lo mejor posible. En mi caso, armamos un grupo de estudio y nos quedábamos hasta la una o dos de la mañana.

Muchos de esos amigos que estudiaron conmigo ahora están en sitios importantes. Luis Palacios, por ejemplo, está trabajando en una oficina de investigación en Estados Unidos, viendo temas financieros. Rita Mesías trabaja en el Departamento de Estadísticas Fiscales del FMI. En el BCRP están Mauricio de la Cuba, actual jefe del Departamento de Economía Mundial; Walter Otiniano trabaja en el Departamento de Promoción Financiera; Adolfo Ibargue es el subgerente de Operaciones Monetarias; entre otros. Como puede notarse, se trataba de un grupo muy competitivo. Todos nos mirábamos con bastante respeto.

Al final del verano, obtuve el segundo lugar en el curso. Ingresé al área de Análisis de Sector Externo del Banco, que tiene que ver con la economía internacional, temas de aranceles y tipos de cambio. Ese año, por suerte, entramos como ocho o nueve personas de mi curso, pues el banco necesitaba personal capacitado. Recuerdo que celebramos eso según una tradición: toda la clase se iba a festejar el final del curso en la casa del primer puesto. Así que todos nos fuimos a la de Luis Palacios.

Mi primer trabajo en el banco fue analizar políticas nacionales. En la universidad la carrera había sido más teórica, pero de pronto comencé a aplicar esa teoría en la práctica: interpretar datos, sacar informes, saber comunicar esa información. Habilidades importantes que el Banco me permitió perfeccionar hasta el día de hoy.

Moisés Urbina

Jefe de la Oficina de Administración de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria (SUNAT) - Sede Piura
Universidad Nacional de Piura
Curso de Verano BCRP / Promoción 1997

Desde que ingresé a la facultad de Economía me puse como meta entrar al Banco Central de Reserva vía el Curso de Verano. Me habían recomendado postular incluso antes de iniciar la carrera, pues mis hermanos tenían un amigo que había logrado una importante posición a través del curso y era muy respetado. Recuerdo que nos convocaron para rendir un examen en la sede del Banco en Piura y nos indicaron el lugar y fecha de la publicación de resultados en el mismo lugar. Logré ingresar y hacer un excelente curso que sin duda cambió mi vida profesional.

Debo separar dos etapas. Primero, la del Curso de Actualización para ingresantes de provincias, que fue una experiencia maravillosa para estudiantes de todas partes del país. De ese periodo no puedo olvidar la asignatura de Matemáticas para Economistas con el maestro Ramón García-Cobián: creo que no exagero al decir que fue una de las mejores experiencias académicas que he tenido. En todos los conceptos y axiomas explicados no puedo olvidar su excelente capacidad para ir de lo particular a lo general de una forma pedagógicamente admirable.

Luego siguió el Curso de Extensión Universitaria, que comenzó en enero del año siguiente. Recuerdo que para llegar a tiempo al primer día de clases, tuve que viajar el mismo 31 de diciembre y pasé el Año Nuevo en el bus. No me importó demasiado eso, pues vislumbraba una excelente oportunidad en mi vida profesional que debía aprovechar al máximo: sabía que la exigencia era muy fuerte. Un curso que me encantó durante ese verano fue el de Econometría. El profesor, un excelente funcionario del Banco Central de Chile, tenía una capacidad pedagógica envidiable. Gracias a esas clases me avoqué a la econometría por ser una importante herramienta para entender las relaciones económicas que la teoría nos expone.

Si hablamos de los amigos, ese verano también fue una buena época para conocer muchos. Me llevaba bien con todos, sobre todo con los más cercanos: Teresa Gallo, el 'Chino' Chui y Ruy Lama. Los días previos a los exámenes de mitad o fin de curso siempre generan algo de estrés, pero manejable. Las noches de estudio eran intensas y tratábamos de aprovechar el tiempo al máximo. Era necesario: entre los estudiantes de provincia, la capacitación era muy importante para ponerse al nivel de los egresados de las facultades de Economía más prestigiosas del país.

No pensaba radicar en Lima, nunca me gustó. Sin embargo, tenía una mala percepción de la realidad. Cuando finalicé el curso, fueron varias las ofertas de trabajo que se me presentaron y elegí aquella para la cual tenía más aptitud: la docencia. Empecé a trabajar en la Universidad San Ignacio de Loyola como jefe de prácticas de cursos de economía (Microeconomía, Macroeconomía y Econometría), en el primer ciclo me ascendieron a profesor principal de dos cursos. Gracias a ese primer trabajo, he vivido en Lima desde 1997 hasta el 2008 en que regresé a mi natal Piura para hacerme cargo de la administración de la SUNAT en esta jurisdicción.

Por todo eso, pienso que la experiencia de pasar por ese programa fue maravillosa y la recompensa, muy grande. El curso te da mucho prestigio en el ámbito laboral (público y privado), tener en tu hoja de vida que has llevado con éxito el curso de extensión del BCRP te abre muchas puertas.

Han pasado muchos años y sería muy gratificante que el Banco Central de Reserva realizara un reencuentro de todas las promociones del Curso de Verano, que nos permita compartir las experiencias de todos los que pasamos por el programa. Y estoy convencido de que es necesario hacerlo extensivo a todos los egresados del país. Sería la mejor manera de construir una base de profesionales que nos permita convertirnos en una nación del primer mundo.

Carlos González

Gerente de Estudios Económicos de ADEX
Universidad Nacional de Trujillo
Curso de Verano BCRP / Promoción 1982

Todos los que estábamos llegando al último año de economía en mi universidad, vimos el curso del BCRP como el trampolín para llegar a ser profesionales exitosos. Sabíamos que el Curso de Verano era hacer un pos-grado. Por ello, siempre había una competencia entre las universidades de provincia por las plazas pues como eran pocas, debías prepararte mucho para poder acceder a una. Por suerte, un amigo mío me animó a dar el examen de ese año.

Yo aún estaba en el octavo ciclo de la carrera pero conocía bien el valor del curso. Los profesores, comprometidos en que pudiéramos ingresar, nos preparaban en microeconomía y macroeconomía después de las clases regulares. Gracias a esa preparación, luego me daría con la sorpresa de que me habían seleccionado para seguir la primera fase: el curso de actualización.

Luego de aprobar esa etapa, pude estar con mejor base para competir en el Curso de Verano. Durante esos tres meses, las diferencias eran muy marcadas. El desempeño de los alumnos de Lima a los de provincia se notaba. No obstante, a mí no me fue tan mal. Quedé en cuarto lugar en el cuadro de méritos.

En el primer día de clases sentí un poco de temor. Casi no hablaba con nadie. Pero luego hubo mucha calidez en la organización del curso. Yo hice muy buena amistad con los alumnos de la Católica y de la Pacífico. Me acuerdo de Socorro Heysen, José Arista y Renzo Rossini, compañeros con los que hice amistad. Me acogieron muy bien y eso me ayudó muchísimo para poder mejorar mi desempeño.

Como en esa época aún estaba terminando la carrera, algunos trabajos y exámenes de la universidad se cruzaban el Curso de Verano. Por suerte, mis profesores en Trujillo pasaron por alto mi ausencia en clases y viajaba algunos días para dar los exámenes pendientes. Mis amigos y mi hermana me conseguían todos los materiales para poder estudiar. Fueron personas claves en esa etapa.

Para ser sincero, me chocó un poco la experiencia de venir a Lima. Si bien nací en la capital, yo había estudiado toda mi vida fuera de ella. Así que el llegar al BCRP fue algo impresionante: era un mundo nuevo y grande para mí, un mundo desconocido y difícil. Pero luego me encontré con un ambiente muy acogedor gracias al curso.

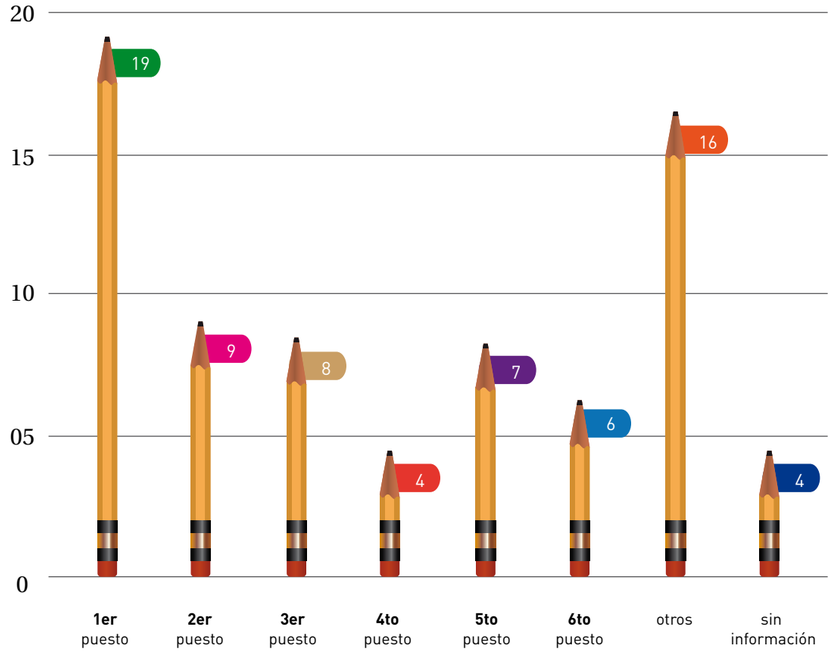
Era un momento muy particular el que se vivía en esa época. Acabábamos de salir de un ambiente muy convulsionado, con huelgas, muy penetrado por el pensamiento de la izquierda y los comunistas. Pero luego llegó el segundo gobierno de Belaúnde presentando un equipo de economistas, con una política económica totalmente distinta a la que se llevó en los setenta. Se trataba de una nueva escuela: Pedro Pablo Kuczynsky, Roberto Abuzada, Jorge González Izquierdo y un conjunto de economistas que regresaban de fuera y venían a prestar sus servicios al país. Eso, como estudiantes, nos marcó mucho.

Al terminar el curso, luego de algunos meses y mientras terminaba el noveno ciclo de la universidad, entré a trabajar al BCRP. Entré al área de Análisis Global, donde estaban los más pensadores, los que veían de manera conjunta toda la economía. Eso me ayudó mucho, no me encasillé en un solo sector. Trabajé en el Banco durante seis años, dentro de los cuales pude hacer la maestría en la Universidad de Ottawa.

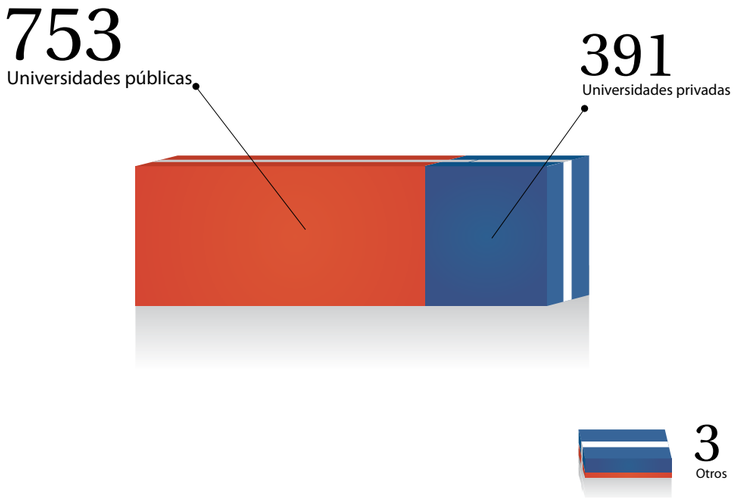
Hoy, ahora que me desenvuelvo en el sector privado, me atrevería a decir que en el mundo de los economistas haber llevado el Curso de Verano es casi como llevar un sello distintivo. El paso por el BCRP marcó mi forma de realizar las cosas y la visión que tenía de la economía. Fue la piedra angular de lo que construí después en mi vida profesional.

4.
EL CURSO EN NÚMEROS

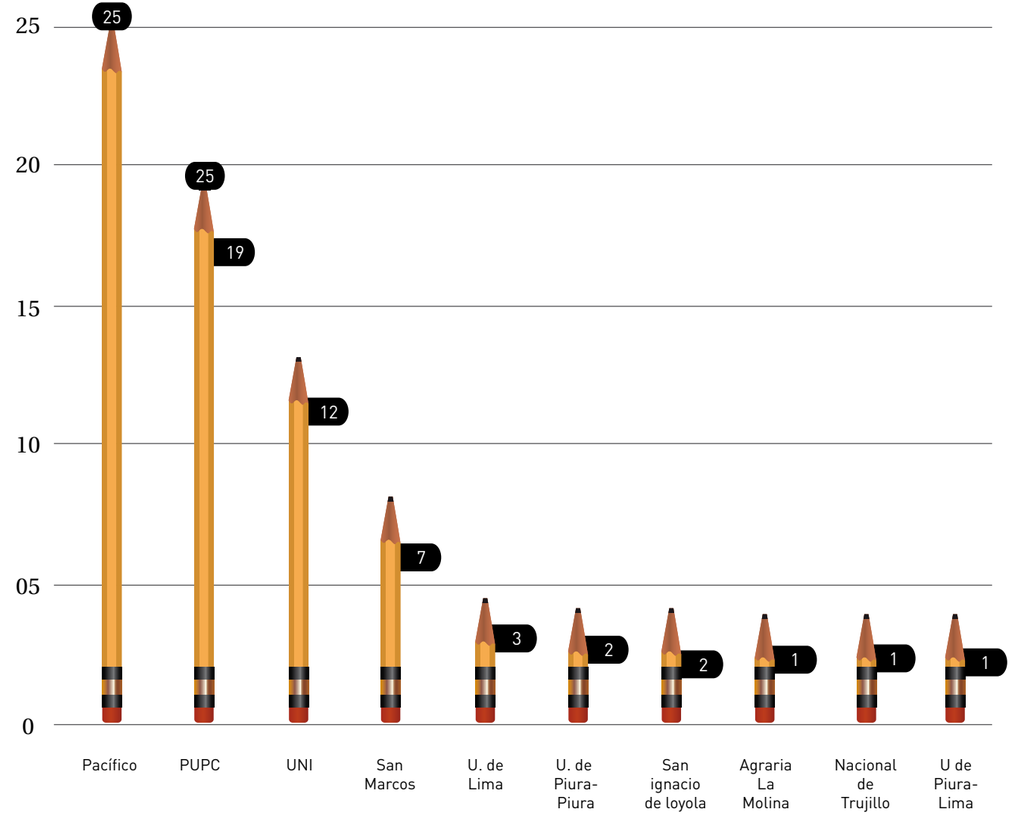
Ingresantes al **BCRP** por puesto en su universidad **1979-2010** ▸



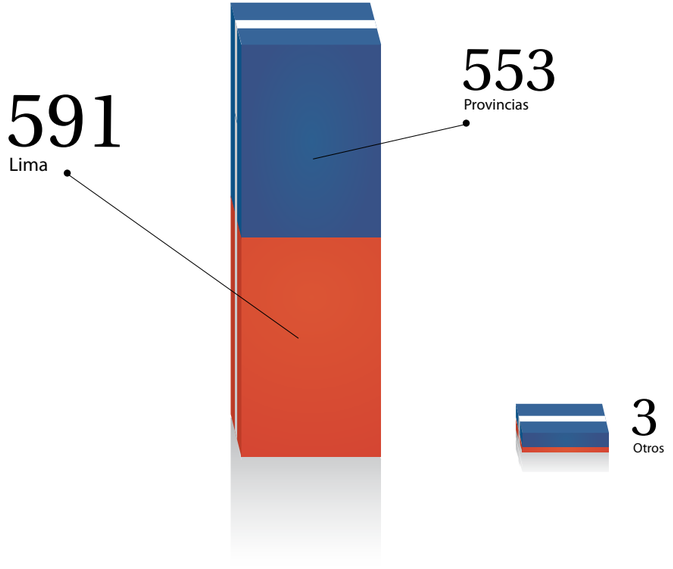
Número de alumnos por tipo de universidad **1979-2010** ▶



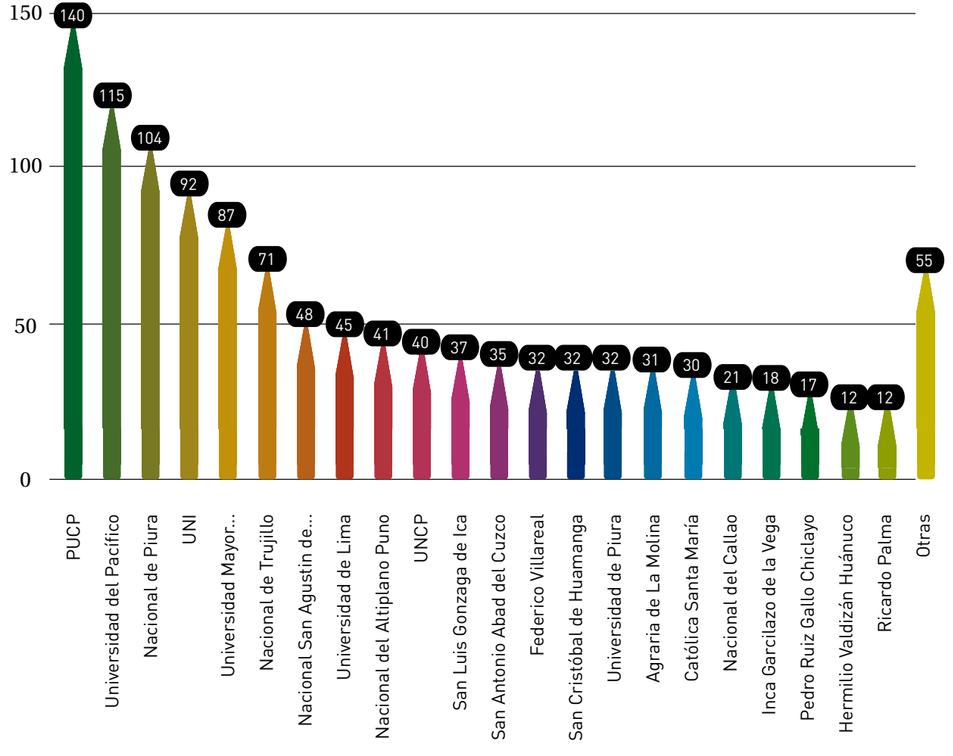
Universidades de procedencia de alumnos que ingresaron luego del curso al **BCRP 1979-2009** ▸



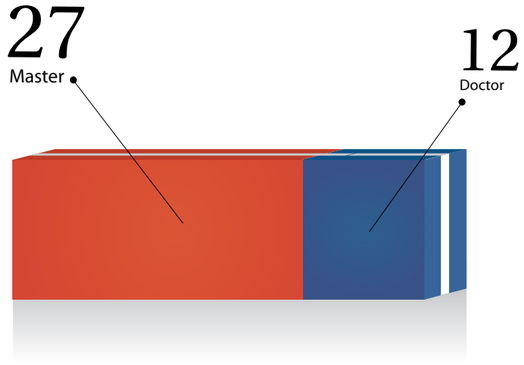
Número de alumnos por origen de universidad ▶



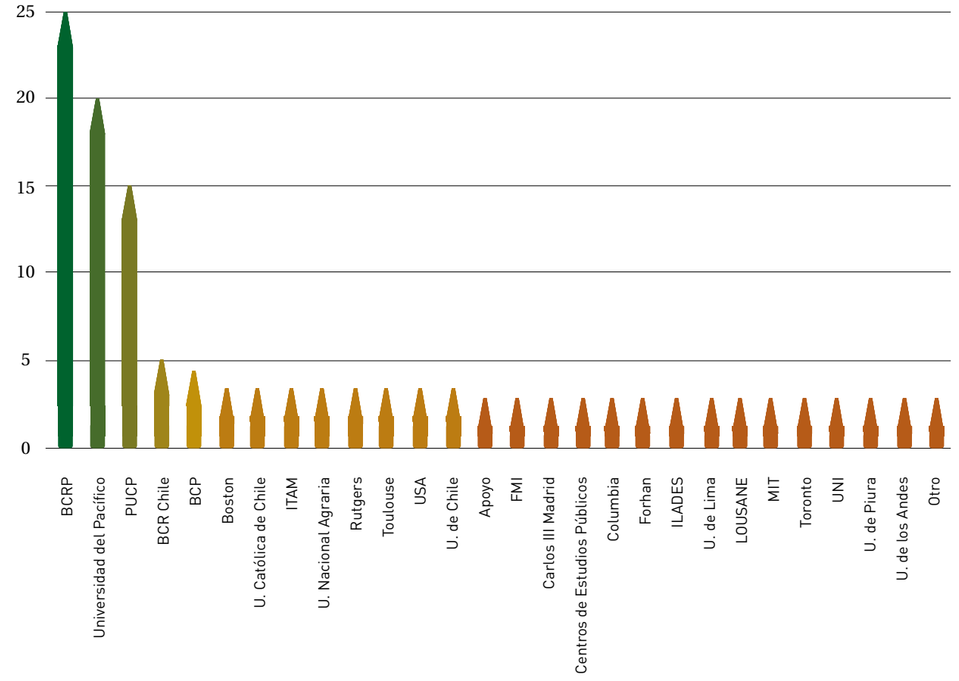
Alumnos del Curso de Verano por universidades **1979-2011** ▶



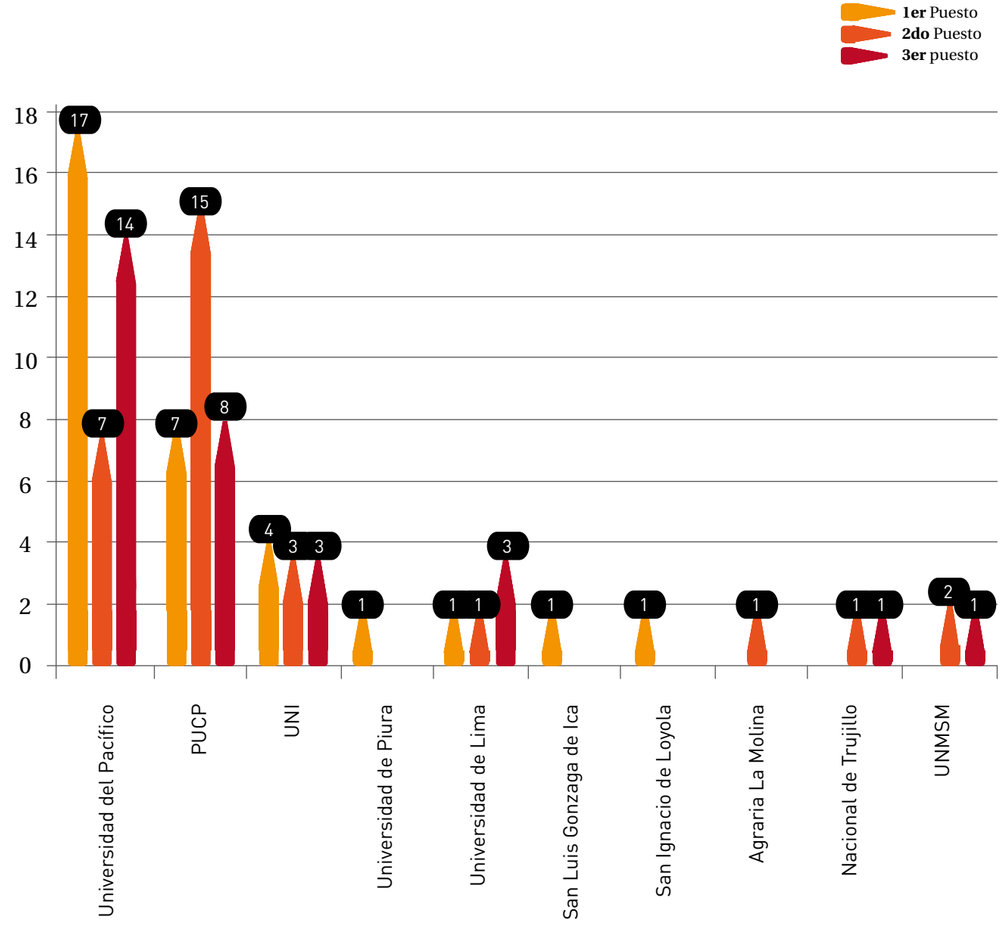
Nivel de especialización del personal de la Gerencia de Estudios Económicos **Diciembre 2010** ▶



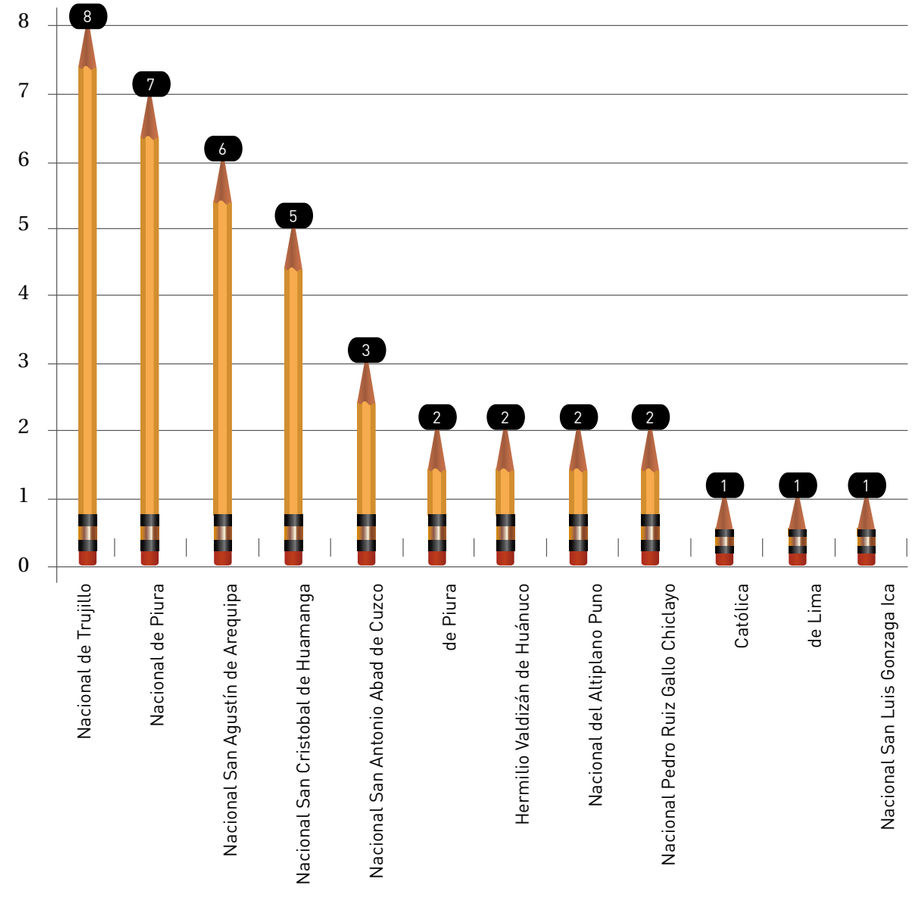
Procedencia de los profesores del curso, por instituciones **1979-2010** ▸



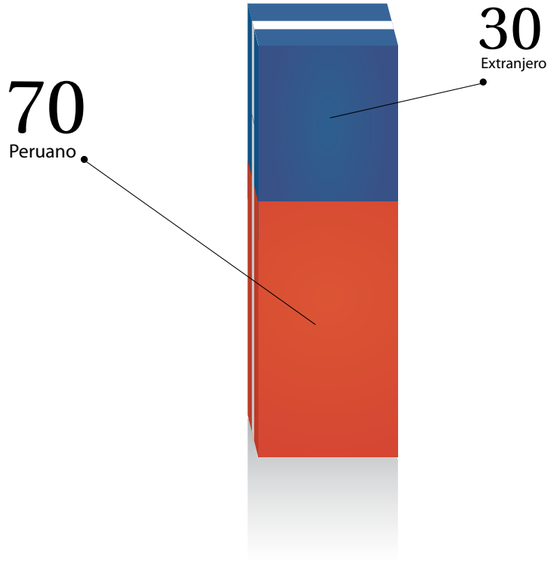
Primeros puestos del curso por universidades **1979 – 2010** ▸



Universidades de origen de alumnos que recibieron becas de maestría del **BCRP 1980-2009** ▸



Procedencia de profesores, en porcentajes **1979-2010** ▶



Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias al testimonio de diversas personas que han participado en la gestación del Curso de Verano o han sido parte de las generaciones que se formaron en él durante el último medio siglo.

Agradecemos el tiempo otorgado por Richard Webb, Guillermo Calvo, Germán Suárez, Zenón Quispe, Adrián Arias, Saki Bigio, Hugo Perea, Alfredo Dancourt, Renzo Rossini, Waldo Mendoza, Oscar Hendrick, Limberg Chero, Juan Aguilar, Luis Palacios, Miguel Palomino, César Peñaranda, José Gallardo, José Arista, Guillermo Díaz, Edmundo Murrugarra, Roberto Abusada, Carlos González, Moisés Urbina, Jymdey Yeffimo, Gabriel Rodríguez, Javier Luque y Segundo Dioses.

A través de los años la responsabilidad del diseño de la parte académica del curso ha estado a cargo de una Junta integrada por funcionarios del Banco, con grado de maestría o doctorado. Actualmente, este comité está presidido por Paul Castillo, cuyo testimonio también ayudó para esta memoria. También lo integran Alberto Humala, Jorge Loyola, Sandra Mansilla, Eduardo Costa, César Téllez y Pedro Rodríguez, quien además lidera el Departamento de Eventos de la Gerencia de Comunicaciones, encargado de la ejecución operativa y administrativa del curso en la actualidad.

Este equipo está integrado por Mirtha Reyes, Martha Sueyras, Zoila Documet, José Miguel Nieri, Miguel Fuentes Castro, Julia Vivanco, Aurora Vanini y María Arias.

Gracias a todos ellos y a los alumnos de la promoción 2011, que renuevan las expectativas de éxito del programa y su permanente contribución al país.